Lo esencial es invisible a los ojos

Reflexiones a partir de “El Principito”

Edgardo Sosa



Lo esencial es invisible a los ojos



EDITORIAL
1030 BUENOS AIRES: Larrea 44/50, *(Estacionamiento para clientes)*
Telefax (011) 4952-5924 y líneas rotativas - Fax directo de 18 a 09 hs.
editorial@paulinas.org.ar

DISTRIBUIDORA
1030 BUENOS AIRES: Larrea 44/50, *(Estacionamiento para clientes)*
Telefax (011) 4952-5924 y líneas rotativas - Fax directo de 18 a 09 hs.
ventas@paulinas.org.ar

LIBRERÍAS
3760 AÑATUYA (Santiago del Estero): Av. 25 de Mayo 69,
Telefax (03844) 421661 / amsolidaridad@yahoo.com.ar

8000 BAHÍA BLANCA (Buenos Aires): Zelarrayan 189,
Tel: (0291) 4502740, paulinasbb@yahoo.com.ar

1030 BUENOS AIRES: Larrea 44/50, Telefax (011) 4952-5924
y líneas rotativas - Fax directo de 18 a 09 hs. / ventas@paulinas.org.ar

1419 BUENOS AIRES: Nazca 4249, Tel. (011) 4572-3926
Fax 4571-6226 *(Estacionamiento propio para clientes)*

1428 BUENOS AIRES: Mendoza 2469, Tel. (011) 4706-1081

3400 CORRIENTES: Calle San Juan 936, Telefax (03783) 429974,
paulinascor@arnet.com.ar

5500 MENDOZA: San Martín 980,
Telefax (0261) 429-1307, paulinasmz@arnet.com.ar

3500 RESISTENCIA (Chaco): Arturo Illia 178
Tel. (03722) 427188, Fax (03722) 442110 / paulinasres@arnet.com.ar

4000 SAN MIGUEL DE TUCUMÁN: Maipú 320,
Telefax (0381) 4217837 / paulinastuc@arnet.com.ar

3000 SANTA FE: San Jerónimo 2136,
Telefax (0342) 4533521, paulinassfe@arnet.com.ar

11100 MONTEVIDEO (Uruguay): Colonia 1311,
Tel. (00598-2) 900 68 20, Fax (00598-2) 902 99 07 / paulinas@adinet.com.uy

ASUNCIÓN (Paraguay): Azara 279 (casi Iturbe),
Tel. (00595) 21440651, Fax (00595) 21440652 / paulinas@pla.net.py

FAMILIA CRISTIANA
1030 BUENOS AIRES: Larrea 44, Telefax (011) 4952-5924 y líneas rotativas,
Fax directo de 18 a 09 hs. / familiacristiana@paulinas.org.ar

RADIO SOLIDARIDAD
3760 AÑATUYA (Santiago del Estero): Av. 25 de Mayo 69,
Telefax (03844) 421661 / amsolidaridad@yahoo.com.ar

Edgardo Rodolfo Sosa

Lo esencial es invisible a los ojos



17 Sosa, Edgardo Rodolfo
SOS Lo esencial es invisible a los ojos - 3ª ed. -
Buenos Aires : Paulinas, 2000
192 p. ; 20 x 14 cm.
ISBN 950-09-1154-X
I. Título - 1. Ética - 2. Ensayo

Diseño de tapa e interior: Martín Glas

1ª edición, julio de 1997
3ª edición, enero de 2000
1ª reimpresión, abril de 2006

Con las debidas licencias - Queda hecho el depósito que ordena la ley 11.723.

ISBN: 950-09-1154-X

Paulinas
Larrea 44/50, C1030AAB Buenos Aires, Argentina
Telefax: (011) 4952-5924 y líneas rotativas. Fax directo de 18 a 09 hs.
E-mail: ventas@paulinas.org.ar / editorial@paulinas.org.ar
www.paulinas.org.ar

A todos aquellos que
creen que, en la vida,
lo que "se ve"
no es todo lo que se podría
"llegar a ver".



Prefacio

Hace veinte años, hice mi primera incursión en el maravilloso mundo de *El Principito*, con mi ensayo *El Principito y su revolución psicológica.*

Más allá de la lógica gratificación que me han producido sus hasta ahora cinco ediciones en castellano (Guadalupe, Bs. As.) y dos en portugués (Paulus, San Pablo, Brasil), considero que la "obra cumbre" de Saint-Exupéry ofrece una temática demasiado amplia, profunda y fascinante, como para no osar aventurarme en un nuevo intento de explorar su inagotable veta de riquezas humanas y humanizantes.

En el hacer más urgente este acicate interno, ha influido el invalorable estímulo de lectores, colegas escritores, docentes, amigos, estudiantes universitarios —argentinos y extranjeros— profesionales y muchos otros, que de alguna manera se acercaron a mí para brindarme generosamente sus observaciones, sus inquietudes y sus críticas constructivas, todo lo cual agradezco profundamente.

Pero hay dos personas a quien debo un agradecimiento mucho más íntimo y significativo: en primer término, a mi adorada esposa, que me supo acompañar en todo momento, con su paciencia en escuchar, con su criterio, tanto profesional como humano en juzgar sin concesiones y su irrenunciable compartir los tiempos, los logros y las dudas, las ansiedades y las expectativas.

En segundo lugar, a mi muy querida hija adolescente, Andrea, que con su ansioso interés por ver editada esta obra y, fun-

damentalmente, por su identificación con la tarea que su papá realiza y su temprano amor por las letras, me hizo sentir que mi vocación de escritor se amalgama maravillosamente con la de padre, en una tierna simbiosis creativa.

De aquí esta nueva aventura editorial, que tiene el presuntuoso objetivo de tratar de encarar la apasionante aventura de internarme en el "bosque virgen" de lo que para mí —y ciertamente para muchos— constituye el núcleo y la médula del "mensaje" que transmite nuestro escritor por boca del amigo zorro:

> *No se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.*

En alguna medida, en mi ensayo anterior abordé este tema en forma genérica y ambientada en una exégesis de casi todo el texto de *El Principito*. En este ensayo, mi intención es desarrollarlo en forma específica y, por lo tanto, con mayor profundidad.

Cabe aclarar que el tema de *lo esencial*, en Saint-Exupéry, no aparece solamente en *El Principito*. Ciertamente, en esta obra adquiere su mayor elocuencia literaria, desde el punto de vista de la eficacia comunicacional del lenguaje. Pero creo que es necesario bucear en otras obras del genial escritor francés, para poder descubrir el sentido más recóndito y humano del "secreto".

De aquí el espontáneo recurso a otros escritos de nuestro autor, más o menos precursores y más o menos puntos de eclosión de la inspiración que lo llevó a escribir *El Principito*.

En este sentido, el libro al que con mayor frecuencia cito en esta obra es *Tierra de Hombres*, en cuyas páginas se encuentran en ciernes, ya como semillas, ya como retoños o ya como árboles frondosos, toda o casi toda esa estupenda flora que luce sus mejores perfiles y colores, en el apacible jardín de *El Principito*.

En efecto, para quienes hayan leído *Tierra de hombres* resulta fácil constatar que en ese libro aparecen todas o casi todas las

imágenes del entorno perceptivo y temático que encontramos en *El Principito*: por ejemplo, el avión, el desierto, el accidente, el pozo, el agua, la rosa, el zorro, la serpiente, los planetas, el rey negro, el oasis, los bosques vírgenes, los ritos y, por supuesto, lo *esencial* y los *principitos*.

Naturalmente, esas imágenes juegan un papel contextual y argumental distinto en ambas obras. En *Tierra de hombres* configuran —por así decir— un valle amplio y multicolor en el que discurre el río impetuoso y serpenteante de la vida, vivida como una aventura. En *El Principito* —para seguir con la analogía—, trazan el perfil de una pirámide en cuya cumbre confluyen armoniosamente los rostros y gestos de la vida, la realidad, el misterio y la sabiduría.

Pese al uso cotidiano y hasta popular que se hace de la expresión: *Lo esencial es invisible a los ojos...*, por lo cual la podemos encontrar, tanto en una viñeta de algún matutino porteño, como eslogan de una propaganda televisiva o como texto de enganche en una revista que publicita productos medicinales, la máxima no ha perdido todavía su original profundidad ni significado. Precisamente por este motivo, resulta necesario sacudir ese polvo de cotidianeidad que, de hecho, ha caído en cierta medida sobre ella, para que, con el correr del tiempo que produce inexorablemente un desgaste en la significación de las palabras, no quede degradada finalmente a ser poco menos que un alegre y sonoro lugar común de un lenguaje pseudocultural o un recurso altisonante de estrategias publicitarias.

El *secreto* del zorro está muy lejos, naturalmente, de asemejarse siquiera a cualquier clase de proclama ideológica o doctrinaria, como a menudo sucede en la palestra de cierta política que sabe más de retórica que de sustancias.

Tampoco tiene que ver, por supuesto, con alguna clase de eslogans de corte proselitista, que se puede aprender fácil y rápi-

damente de memoria y luego volcarse, con idéntica fluidez, aquí y allá, sin que quienes lo propalan tengan, por lo general, alguna vaga idea de lo que están diciendo.

Y ni siquiera tiene mucho que ver —aunque exista alguna analogía— con el hecho de que un padre dé consejos a su hijo o un abuelo a su nieto, como herencia y tradición de sabiduría.

La razón es muy simple: mientras una proclama se anuncia a viva voz, un eslogan se pregona a tiempo y a destiempo y un consejo se da o se transmite, un secreto generalmente se revela. Esta es la imagen que supuestamente cabría en la narración. Pero —y aquí nos encontramos con una de las tantas sorpresas que nos depara *El Principito*—, ni siquiera este hecho se da en el cuento. El zorro no dice al niño: *Te revelaré un secreto*, sino: *Te regalaré un secreto.*

No se trata, pues, de un misterio que se explica ni de un enigma que se aclara, como podría haberse esperado como lógica narrativa. Por el contrario, ese secreto es un regalo que el propio destinatario debe desatar y desenvolver cuidadosamente. Como si ese don fuese en realidad un cofre que guarda un valioso tesoro, pero es el propio destinatario quien debe buscar la llave que le permitirá abrirlo y descubrir de qué se trata.

La temática que desarrollo en este ensayo abarca una parte del secreto del zorro: *Lo esencial es invisible a los ojos.* Dejo para un segundo libro el tratamiento de la otra parte de ese secreto: *Sólo se ve bien con el corazón.*

A nadie que haya leído *El Principito* escapa que la expresión completa del mensaje ha sido invertida, ya que originalmente es: *No se ve bien sino con el corazón; lo esencial es invisible a los ojos.*

El motivo de ello es de carácter puramente metodológico y de estrategia literaria que he creído oportuno adoptar con el fin de lo que considero un desarrollo más lógico de la temática que subyace debajo de la globalidad significativa del secreto.

Resulta necesario aclarar al lector que en más de una página de esta obra, va a encontrarse con algún desarrollo conceptual de carácter más bien teórico, desde el punto de vista psicológico. Pese a que la lectura de esos textos pueda resultar más o menos densa, creo que, precisamente por respeto a quien lee, es útil aclararle de qué estamos hablando, en los términos y entorno conceptual que corresponde. El mismo Principito hacía preguntas concretas a su interlocutor, acerca de *qué quería decir* con tal o cual palabra que este pronunciaba en el curso de la conversación. El motivo es muy simple: tomaba muy en serio el significado de cada vocablo, porque lo consideraba un ingrediente esencial del entendimiento mutuo. Pero, además, porque tomaba muy en serio el diálogo con el otro, ya fuera este un piloto, un zorro, una flor, un hombre de negocios o una serpiente.

De todos modos, el lector podrá comprobar que este esclarecimiento conceptual que, por otra parte, trato en todos los casos de redactar de la manera más simple y llana posible y, pese al requerimiento de una lectura más pausada y atenta, nunca es superfluo, sino muy útil —yo diría indispensable— para la comprensión acabada del desarrollo y contenido temático de este ensayo.

Por resultar en esta obra el blanco de un especial cuestionamiento, cabe hacer una breve referencia a lo que ha sido dado en llamar la *postmodernidad*, es decir, el momento histórico que está viviendo la humanidad y que no es otra cosa que una *nueva edad de la cultura* —como ha sido descripta— y que se ubica en la época posindustrial, a partir de los '80 y cuyas características más globales podríamos describir sintéticamente con los términos de Alain Finkielkraut, en su libro *La Derrota del Pensamiento*:

> *Ya no se trata de convertir a los hombres en sujetos autónomos, sino de satisfacer sus deseos inmediatos, de divertirles al menor costo posible. El individuo posmoderno, conglomerado desenvuelto de necesi-*

dades pasajeras y aleatorias, ha olvidado que la libertad era otra cosa que la potestad de cambiar de cadenas y la propia cultura algo más que una pulsión satisfecha.[1]

Es obvio, que, a través del tiempo, el entorno del hombre —como diría Ortega— o lo que análogamente es su calidad de vida, se ha visto enriquecida por los invalorables aportes de la ciencia y la tecnología, en sus más variadas manifestaciones.

Es innegable, además, que en términos de producción y crecimiento industrial, en los últimos treinta años, la humanidad ha dado un verdadero salto hacia un presente y un futuro caracterizado por un despliegue prodigioso de objetos de consumo masivo que han hecho, hacen y seguramente harán cada vez más cómoda y confortable la vida del hombre sobre el planeta, en todos los aspectos.

¿Quién puede negar que todo ello se inserta positivamente en lo que denominamos desarrollo, crecimiento, progreso y calidad de vida? Pero, a la luz del pensamiento saintexuperiano, cabe hacer una pregunta:

¿Ha crecido, está creciendo o hay perspectivas de desarrollo y enriquecimiento de la calidad de la vida humana?

Dicho de otra manera: frente a ese crecimiento y valorización productiva de las cosas del hombre.

¿Ha crecido, crece o se vislumbra alguna perspectiva cierta o probable, a corto, mediano o largo plazo, de enriquecimiento vital y vivencial del hombre como tal, es decir, de su ser, de su esencia?

Este ensayo pretende poner un grano de arena que se sume constructivamente a tantos otros, en una de las tareas más

trascendentales —y en la actualidad más urgentes y necesarias que nunca, sobre todo desde el punto de vista educativo y cultural— que tiene la humanidad y el hombre de hoy: *rescatar el valor de lo esencial de la invisibilidad en que lo ha sumido el velo de la cultura posmoderna.*



I. Una "ceguera" existencial

Hace muchos años vi una película de Walt Disney, titulada *El Puma*. No recuerdo todo el filme, pero sí algunas escenas y diálogos que me impactaron y que trataré de reproducir aquí, apelando un poco a la imaginación, para poder llenar de alguna manera los baches que, obviamente, quedaron en mi memoria.

La historia se desarrolla en una zona montañosa del Oeste de los Estados Unidos, parecida a la que los mendocinos tenemos en una muy bella región del Alto Potrerillos, a los pies de la cordillera andina, y que llamamos Valle del Sol.

El escenario del hermoso largometraje es un vasto latifundio al que su propietario, un recio y testarudo montañés, por apremios económicos, está decidido a transformar en un atractivo coto de caza mayor. Por supuesto, no le faltan clientes. Entre ellos se encuentra un grupo de amigos que aplauden entusiastamente la idea. Ellos no ignoran que en esas montañas se pueden rastrear muy buenas piezas de fornidos felinos que son un verdadero desafío para los cazadores más experimentados y un blanco inmejorable para probar la precisión de las miras telescópicas y los nuevos rifles de caza que las páginas de las revistas especializadas promueven con lujo de detalles técnicos.

Cierto día, cuando los últimos gestos del crepúsculo ceden su turno a los primeros ademanes de los duendes nocturnos, el patrón llama al encargado de la estancia, Etio, para comunicarle que dentro de unos días van a llegar unos amigos con quienes firmará un contrato por el cual les será permitido cazar en el lugar.

Etio, sencillo y curtido hombre de montaña, no solo conoce perfectamente cada roca, cada cañadón, cada vertiente y cada cerro, sino que los ama y disfruta tanto, como ama y disfruta pastorear su rebaño de ovejas y la misma presencia de los animales salvajes que habitan en valles y lomas, no muy lejos del casco de la estancia. Con estos mantiene una rara pero estrecha relación, sobre todo la que existe con una puma madre, a la que Etio llama Sita, un gato de extraordinaria belleza, que a la sazón está criando tres pequeños cachorros. Naturalmente, entre todos ellos se ha creado un vínculo de mutuo respeto, por lo que, hombre, rebaño y animales salvajes viven en perfecta armonía.

La relación con Sita va mucho más allá: se trata de una verdadera amistad entre el hombre y la bestia, más cercana a la leyenda que a la realidad. En más de una ocasión, cuando Etio se interna por alguna empinada ladera, Sita lo escucha con atención, sentada sobre una roca, como escucha el can a su amo.

El neófito y esperanzado negociante de caza mayor sabe de la existencia de Sita. Ocasionalmente la ha podido ver mientras el animal saltaba ágilmente de roca en roca, pero no sabe mucho de la estrecha relación que hay entre su fiel peón y el hermoso felino. Lo que sí sabe es que esa fiera es un ejemplar que más de un cazador querría tener en su haber como inigualable trofeo. Así lo ha dicho orgullosamente a sus amigos cazadores, como un elemento publicitario objetivo y atrapante.

Etio, naturalmente, se queda perplejo ante la noticia que le da su patrón. En su eternamente bronceado rostro se dibuja la angustia, la perplejidad y el desasosiego. Con modestia y sumisión, pero no sin seguridad en el tono de sus palabras, atina a objetar:

—*Pero, patrón, ¿va a permitir que esos hombres maten a Sita y que sus tres cachorros queden huérfanos y abandonados, víctimas de los*

depredadores? ¿Va a permitir que una feliz familia de pumas quede destruida, así nomás?

El hombre trata de explicarle:

—*Etio, tú sabes que necesito dinero. No tengo otra forma de conseguirlo ahora que alquilando mi propiedad como coto de caza.*

Etio insiste:

—*Pero, ¿y la venta de la lana, señor? Este año esquilaremos mayor cantidad que el pasado.*

—*Sí, es verdad —replica el patrón—, pero lamentablemente, por los vaivenes del mercado, el precio de la lana ha bajado a más de la mitad. Por eso, aunque te duela y te mortifique, debo hacerlo.*

Con ojos que ya no pueden contener las lágrimas, Etio reclama:

—*Pero, ¿para qué la quieren matar a Sita? ¿Para hacer con ella una alfombra que todos van a pisar en algún lujoso living de ciudad? ¿Para que esos amigos suyos se sientan héroes y campeones por haber terminado con la vida de una puma madre que hasta ahora ha vivido feliz con sus cachorros, en la montaña, que es su hogar? ¿Va a permitir, señor, que las laderas de nuestros valles y quebradas se queden sin calor y sin brincos y las piedras y las yerbas silvestres aparezcan de pronto manchadas de sangre y con olor a muerte? ¿Va a dejar, señor, que la diversión destruya a la vida?*

Mientras Etio empieza a caminar nerviosamente en cortos zig-zags, hacia atrás y hacia adelante, y sus pasos borronean informes huellas sobre la tierra, el dueño del coto se queda unos ins-

tantes en silencio. Deja vagar por un momento su mirada sobre el ya casi diluido perfil de los cerros, como buscando razones de la sinrazón. Finalmente, intenta una explicación que resulta un rápido telón al tenso, aunque sereno intercambio de opiniones. Tomando por los hombros a Etio y mirándolo a los ojos, como un padre mira a su hijo, le dice con voz entrecortada:

—Etio, tienes que comprenderme... No tengo otra salida...

El pastor agacha calladamente la cabeza. Lentamente y en silencio se vuelve, como vuelve la impotencia de una desigual lucha contra lo inevitable, y sus pasos se pierden en el ya consolidado imperio de las sombras...

Esa fresca noche de primavera, la luna llena engarza su plata entre las oscuras rocas, recortadas sobre el fondo de un cielo diáfano, ebrio de soledades que no conocen la polución ni el bullicio, amalgamadas en la paz de un silencio sólo interrumpido a veces por las nostálgicas voces de la montaña...

A la orilla de un pequeño arroyo que baja jugueteando entre las piedras que brillan como gemas, libres de ambición y marquesinas, se dibuja una pequeña y quieta figura humana. Es Etio, el pastor. Está allá, sentado debajo de una enorme roca saliente que le sirve de refugio. Parece una estatua o más bien una estática materialización del espíritu de la piedra. Piensa. Medita. Reflexiona. Se hace mil preguntas, pero no puede encontrar las respuestas.

Después de recorrer vanamente los rebeldes asombros de sus porqués, tan simples como la eterna adolescencia del paisaje y tan verdaderos y fuertes como la energía vital del universo, triste, pero no resignado, mientras piensa en Sita y sus cachorros y esas imágenes se mezclan dramática y caóticamente con rifles y miras telescópicas y unas lágrimas caen por sus apergaminadas mejillas, le dice a la soledad y al silencio:

—*Así es la realidad, Sita, en la vida hay cosas que no podemos ver...*

Pasó el tiempo. Recordé y conté alguna vez esas escenas de la película que tanto me había impactado. En todas esas oportunidades me pregunté por qué era tan verdadera y tan concreta la realidad que señalaban las palabras de Etio: *En la vida hay cosas que no podemos ver...*

Pero nunca supe responderme.

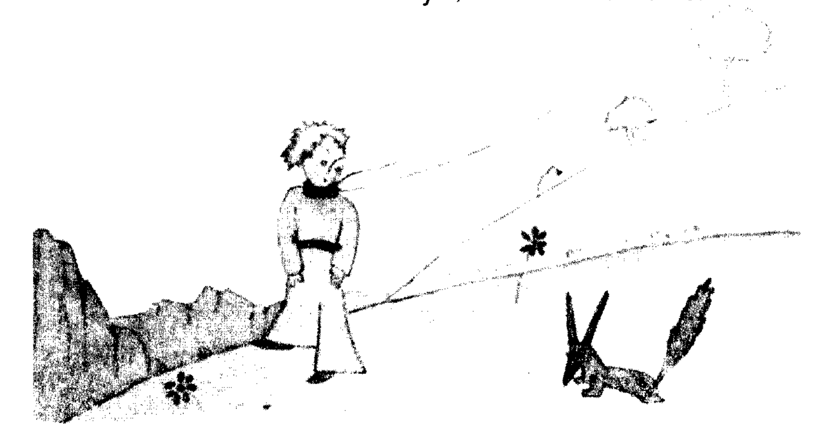
Hasta que, hace algunos años, leí un cuento que, entre una muy variada riqueza de situaciones, narra la escena de un pícaro zorro que se dejó domesticar por un pequeño príncipe que bajó de las estrellas.

Cuenta la narración que cierto día, para consolar al niño de una gran desilusión que había tenido a causa de una rosa vanidosa, el zorro le regaló un secreto.

¡Cuál no fue mi sorpresa, al comprobar que precisamente en las palabras con que el zorro comunica a su amigo ese secreto, se encontraba la respuesta que por tanto tiempo yo había buscado!

Hay cosas que no podemos ver, como decía Etio, porque:

Lo esencial es invisible a los ojos, como dice el zorro.



II. "Lo esencial" de cada día

En la vida hay cosas que no podemos ver, porque *lo esencial es invisible a los ojos.*

¿Quién puede dudar de que estas expresiones de un sencillo pastor y de un astral principito expresan una verdad con la que nos encontramos cotidianamente?

¿Quién no ha vivido y vive hechos que no puede comprender, situaciones vivenciales complejas ante las cuales se ha quedado a mitad de camino, sin poder llegar al fondo de su explicación?

¿A quién no le resulta difícil entender, en el otro, qué hay más allá de una mirada esquiva, de una palabra que no esperábamos, de una lágrima imprevista o de una insólita pregunta suya que nos saca de pronto de nuestras expectativas cotidianas de comportamiento?

¿Quién puede decir que realmente conoce a los seres humanos que lo rodean, que conviven con él y comparten un mismo techo?

¿Quién, ante el repentino aparecer de una crisis, de un conflicto, de una experiencia dolorosa, de una pérdida irreparable o un deterioro físico, puede *ver* con claridad qué hay más allá de esa *invisibilidad* que nos impide o dificulta comprender su sentido y su razón de ser?

¿Quién puede entender acabadamente que la fe es, como decía Romano Guardini: *el coraje de permanecer en la duda*, o sea, *el coraje de caminar seguro en medio de la imposibilidad de ver?*

Estamos rodeados de misterios que no podemos develar, de oscuridades que no podemos iluminar; de velos que no podemos correr y de profundidades a las cuales no podemos llegar. Y esos misterios, esas oscuridades, esos velos y esas profundidades, casi siempre nos ocultan cosas que son importantes, vitales, significativas, esenciales que, como tales, no se compran ni se venden, no se pueden medir ni contar, ni depositar en un banco; cosas por las cuales vale la pena vivir, sufrir, trabajar, postergar, esperar; cosas que son tesoros escondidos, como una *semilla que duerme en el secreto de la tierra* o como un *pozo en medio del desierto,* como dice *El Principito.*

Lo esencial siempre está más allá de lo que simplemente *se ve.* Esa imagen que se ve es a menudo la que impide ver lo esencial.

Se ven rostros, gestos, acciones, conductas; no se ve la emoción que engendró ese gesto, ni el proceso interior que condujo a esa acción, ni mucho menos la intención que dio origen a esa conducta.

- Se ve la noticia, no los seres humanos que hay detrás de ella.
- Se ven hechos, no la trascendencia personal ni social que conllevan.
- Se ve la corrupción, no el déficit ético y cultural que la sustenta.
- Se ve la violencia, no la falta de educación en el amor, que la inspira.
- Se ve la adicción a las sensaciones negativas de la droga; no la insatisfecha avidez de emociones positivas que la promueve.
- Se ven los derechos; no las obligaciones.
- Se ven accidentes de tránsito; no el desprecio por la vida propia y ajena que a menudo suponen.
- Se ve el pescado que se le da a un pobre; no la necesidad que este tiene de que también se le enseñe a pescar.

- Se ven roles, no los seres humanos que los ejercen.
- Se ven alumnos que estudian, no personas que piensan y sienten.
- Se ven niños y jóvenes, no reclamos ni esperanzas de vida.
- Se ven enfermedades, no enfermos.
- Se ve el mal que la información grita, no el bien que habita en el silencio.
- Se ven efectos, no sus causas.
- Se ve el rostro de las apariencias, no el alma de la realidad.

En la vida de todos los días, *se ve* la avidez por el consumo y por tener, pero *no se ve* que más importante que tener y consumir es vivir satisfechos de lo que uno es, de lo que uno tiene y de lo que uno hace.

No es fácil ver lo esencial, porque no es fácil lograr —con otros ojos— ver lo cualitativo más allá de lo lo cuantitativo; lo emocional, más allá de lo intelectivo; el sentimiento, más allá del pensamiento; la ternura y el amor, más allá del sexo; la felicidad, más allá del placer; los significados y las trascendencias, más allá de las palabras, los mensajes y las imágenes; el sentido de la vida, más allá de lo vivido; al hombre, más allá de sus circunstancias; a Dios, más allá de todo.

Y así como *lo esencial es invisible a los ojos*, las cosas que no son esenciales se ven a simple vista. Se pueden comprar y vender, medir y contar, adquirir, usufructuar, tener, cambiar, guardar, consumir. Ellas no esconden misterios, están siempre disponibles en la marquesina de una cotidianeidad sin sorpresas, porque su figura se destaca fácilmente en el mundo de las cosas.

Tampoco existen velos que las oculten ni profundidades en donde haya que bucear para encontrarlas, ni oscuridades que haya que iluminar, para descubrirlas y disfrutarlas.

¿Cómo podrían haber *visto* los amigos del dueño del coto de caza las realidades esenciales que vibraban en ese mágico mundo

de vida, de paz y de maravilloso equilibrio entre la naturaleza y el hombre, si no conocían —ni mucho menos estaban identificados con ellas— las vibraciones de energía vital que brotan de cada piedra, de cada yuyo, de cada aroma a tierra mojada después del rocío primaveral, de cada grito animal que reclama a su pareja o llama a su prole, de cada palpitar de estrellas, en el ancho regazo de la noche?

Ellos venían del mundo de la ciudad, en donde la vida se viste de ajetreo, de prisa, de ruido, de vertiginoso movimiento vehicular y de todas las formas de consumo. Tan poco real y auténticamente humana es esa vida que, cuando por cualquier causa, las calles y las aceras de la urbe están casi despobladas de personas, de vehículos y del movimiento que cotidianamente vibra en sus frías entrañas, se dice: *la ciudad está muerta.*

Nadie duda de que esto se dice en sentido figurado; pero, en el fondo, se está expresando una triste verdad: la vida de la ciudad es en gran medida la agitación y el ruido. Cuando por alguna razón eso falta, falta la vida. *¡Pobre vida de ciudad, si esa es tu sangre, tu energía, tu vitalidad y tu destino!* —podría decir algún poeta.

Mucho más contundente es Saint-Exupéry cuando, en *Tierra de hombres,* dice:

En las ciudades no hay ya vida humana.[2]

Al afirmar esto, nuestro escritor no se refería solo a la toxicidad ambiental, sino también y principalmente a la contaminación psíquica debida al stress producido por la rutina, la agitación, el ruido, el desasosiego, la inseguridad, el sobresalto y los nervios crispados que tristemente caracterizan, en general, a la cotidianeidad de las ciudades.

Por otro lado, ¿puede haber vida humana en las grandes ciudades, donde ni siquiera es posible ver claramente un cielo estrellado, porque su imagen aparece opacada por una cúpula de gases

tóxicos o desdibujada por el resplandor de los letreros luminosos? ¿Puede haber "vida humana" en las grandes ciudades, en donde la gente vive hacinada en inmensos y apretados hormigueros de cemento?

Los cazadores no podían *ver* lo esencial de la vida, porque ya desde muy niños, sus ojos físicos, su ojos mentales y, sobre todo, sus ojos emocionales habían sido acostumbrados y condicionados a *ver* la muerte como un hecho más, una imagen más y una noticia más. Por eso la muerte ya no los asombraba, como, en general, no asombra a quienes viven en la ciudad.

La razón es simple: la muerte había aparecido siempre ante ellos, que eran gente de ciudad, como un ingrediente obvio de la cotidianidad: hoy es el luctuoso saldo de un accidente de tránsito del que se puede ser testigo directo en cualquier esquina; mañana, la noticia de un asesinato, con lujo de detalles macabros y morbosamente destacados —sobre todo en los noticiosos televisivos—; y todos los días los miles y miles de muertes que aparecen en imágenes, tan realistas y comunes, como sangrientas y horrorizantes, de las que son testigos asiduos los ojos de nuestros niños y adolescentes y que vomita sin descanso la televisión, tanto en esos informativos como en muchas series, películas y hasta dibujos animados.

Ellos no pertenecían a ese mundo de alturas, quebradas y riachuelos, donde el paisaje, el silencio, la paz y la soledad no saben de invasiones intempestivas, de la diversión que promueven los disparos, ni del regocijo de una gratificación personal y pasajera, que no sabe *ver* el sentido de la vida y de la muerte.

Etio sabía *ver bien*, porque vivía en un mundo donde todo es importante: una brizna de gramilla a la vera del camino, una flor con una sola hilera de pétalos al lado del arroyo, una piedra que se desprende de la ladera del cerro con un grito de victoria y baja presurosa a beber el agua que amalgamó en un pequeño char-

co, a los pies de la montaña, la última lluvia; el vuelo de un cóndor solitario en la inmensidad azul; el canto de un cabecita negra, mientras revolotea sobre el arroyo o el insistente y sereno reclamo de un zorzal en la cima del majestuoso ciprés.

Decimos con Etio: *Hay cosas que no podemos ver* y agregamos con el zorro: *...porque son esenciales.*

Es cierto. Pero muy a menudo, en un sector mucho más modesto de la realidad, *no vemos* o no *sabemos ver* cosas que, sin ser esenciales, son muy importantes y, sobre todo, visibles. Son las pequeñas cosas de la vida, las más simples e informales, pero de cuyo tejido está hecho el acontecer diario, en su más elemental textura.

El *ver* esas cosas calladas y pequeñas no depende de la agudeza intelectual, de la reflexión profunda o de un pensar esclarecido, sino simplemente, del respeto, la consideración y la atención por el otro, de las buenas maneras, de la delicadeza de trato y, fundamentalmente, del sentido común, la educación y la cultura.

Nuestra vida cotidiana está llena de hechos que dan fe a nuestras afirmaciones. Así:

- en un banco u oficina pública, no se ve al cliente o usuario que hace rato está esperando y no es atendido, mientras dos empleados toman alegremente un café detrás de sus respectivos escritorios;
- no se ve el intruso colorinche y la burda contaminación visual que implica el arrojar por la ventanilla del auto, en plena ruta o en las calles de la ciudad, una lata de gaseosa, una cáscara de fruta, un envase de cartón o simplemente una colilla de cigarrillos;
- no se ve que esa contestación grosera, burda o descortés que se da a un padre, a un hijo, a un profesor, a un alumno, a un cliente, a un paciente o a cualquiera que nos solicita algo o dialoga con nosotros, no sólo demuestra la pobre personalidad de quien la profiere y molesta y mortifica a quien la recibe, sino que degrada a ambos;

- no se ve que un ¡muchas gracias!, un ¡cómo no!, un ¡con mucho gusto!, un ¡enseguida!, un ¡disculpe!, un ¿puedo ayudarlo en algo?, una sonrisa o simplemente un silencio de discreción y respeto, pueden contribuir a hacer más serena y gratificante la convivencia;
- no se ve en el rostro del otro, ese gesto de malestar, de incomodidad, de vergüenza, de humillación o de fastidio, que le produce nuestra falta de discreción, nuestro humor irónico y pretendidamente chistoso, nuestro reírnos de cosas que para él son serias, nuestro culpable ignorar el mal momento por el que está pasando.

Hace algunos días, en un noticioso televisivo, un joven lisiado se quejaba precisamente de este *no saber ver* de la gente las cosas cotidianas y esenciales de la vida:

> *Nos hacen rampas para que podamos circular sin dificultades por la ciudad. Está bien. Pero una mirada de afecto y de atención es mucho más que eso. Las rampas se ven; la silla de ruedas se ve. No se ve nuestra sed de afecto, de la calidez de una mano que nos palmee el hombro, de una sonrisa que nos haga sentir que, pese a nuestra desgracia, estamos vivos y queremos ser importantes para alguien. Y agregaba: Realmente, lo esencial es invisible...*

Podríamos llenar páginas y páginas de ejemplos como estos tal vez más significativos, pero no es necesario, porque el lector seguramente es testigo y quizás protagonista de esta cotidiana y básica incapacidad de *ver*, que tan poco armónica y serena suele hacer la vida de relación.

Pero, en definitiva: ¿qué es rescatar lo esencial que planteamos en el prefacio de este libro?

Es replantear, reactualizar y revitalizar la esencia y trascendencia que tienen las cosas serias e importantes de la vida, las cosas que el tiempo no desgasta, cambia ni consume; las cosas que, por su intrínseca riqueza de sentidos, merecen ser recuperadas y reintegradas a una armónica jerarquía de valores que el hombre posmoderno ha olvidado, ha perdido o ha tergiversado.

Son las cosas cuya voz sólo puede escucharse en el silencio *de afuera y de adentro* y cuya imagen aparece sólo cuando se apagan los resplandores de lo cotidianamente visible, de lo obvio y rutinario.

El Principito nos habla sutil y poéticamente, entre líneas, de la especial atención que hay que prestar para poder percibir ese algo de la realidad, que es esencial.

> *No se ve nada. No se oye nada. Y sin embargo,*
> *algo resplandece en el silencio...*
> *...Ya se trate de la casa, de las estrellas o del*
> *desierto, lo que los embellece es invisible*
> (cap. XXIV).

¡Cuántas cosas esenciales, que a su vez son cercanas, se tornan invisibles, porque no logramos *ver* a nuestro alrededor sino tan solo los reflejos y las imágenes cotidianas siempre iguales de una realidad que está mucho más allá de un primer plano sin profundidad, sin relieve, sin sorpresas y sin asombros!

Sin embargo, si lográramos *ver bien*, ¡cuánto bien y cuánta paz interior nos podría producir repetir de vez en cuando aquellas simples palabras de la canción:

> *¡Gracias a la vida, que me ha dado tanto!*

Rescatar lo esencial supone un reencuentro del hombre con su propia identidad, con su propia naturaleza, con su propia capacidad de ser, de pensarse y de sentirse tal. Por eso también es reencontrarse con el hermano y con la vida.

Rescatar lo esencial es *humanizar*. Humanizar la vida de familia, la educación, los medios de comunicación; humanizar la política, la economía, el consumo, las relaciones sociales; humanizar la ciencia, la tecnología; humanizar la vida de ciudad, el tránsito, el periodismo, la informática; humanizar las relaciones internacionales y las condiciones y medios de una paz universal y estable.

Por muchas causas cuyas consecuencias no siempre se alcanza a *ver* en su real proyección para un futuro inmediato y mediato, es indudable que la humanidad ha recalado en un momento de su historia en que las macro-opciones que le presentan o que en breve lapso deberá indefectiblemente enfrentar no son las que se plantean, por ejemplo, entre ciencia y ética, entre guerra y paz o entre hombre y cibernética, sino entre lo humano y lo inhumano. Considero que esta es la macro-opción que engloba más universal y originalmente a las otras y la que puede resultar más peligrosamente invisible a los ojos.

Pero, ¿qué entendemos por *humanizar*, desde una perspectiva saintexuperiana?

Es el retorno a la subordinación

- de lo material a lo espiritual;
- de lo cuantitativo a lo cualitativo;
- del progreso a la civilización;
- del vivir al sentido de la vida;
- de lo secundario a lo esencial.

Humanizar es también *culturalizar*, porque la cultura es la ética y la estética del crecimiento, tanto individual como comunitario, y el espejo en donde todo ser humano puede reconocer su condición de tal.

Digo ética, porque la cultura es un acto humano y todo acto humano se ubica, como tal, en algún escalón de la escala de valores; y digo estética, porque la cultura es armonía de las formas

que identifican y dignifican el lirismo del ser, del hacer, del pensar y del sentir del hombre.

Por todo ello, se podría decir que quizás el drama más acuciante que le toca vivir al hombre contemporáneo es el haber alcanzado un grado tan elevado de dominio sobre la energía y la materia y el no poder *verse* humanamente reflejado en ese espejo. Y eso porque desde su condición bíblicamente decretada de amo y señor de lo creado, corre peligrosamente el riesgo de descender a los niveles de simple usuario, consumidor, o, peor aun, de siervo de lo que precisamente él mismo creó y estimuló como progreso científico y técnico, para dominar la Tierra.

Héctor Mandrioni, en su estupendo libro *Pensar la técnica*, profundiza estos conceptos:

> *La técnica surge en el seno de la vida y por las mismas exigencias de la vida. Luego se emancipa de ella, hasta conformar un reino autónomo, con lógica propia. Y, al final, lo mecánico, que nació y se desenvolvió al servicio de la organicidad vital, acabó mecanizando el organismo al que servía. La vida humana..., de colonizadora de la materia, se convirtió en colonizada por el mismo artefacto.*[3]

Tal vez ello sea consecuencia de que hemos puesto demasiado el acento en la cultura del conocimiento, y no tanto en la cultura de la sabiduría; en la ciencia de las cosas, y no tanto en la ciencia de la vida. Quizás nos hemos preocupado demasiado por el hombre instruido, eficiente y productivo, y no tanto por el hombre sabio, feliz y satisfecho de sí mismo, de su entorno y del saber convivir armónica y constructivamente con la naturaleza y con los demás seres humanos.

Es muy claro y significativo Saint-Exupéry al respecto, cuando en *Ciudadela* nos dice:

...Porque poco me importa que el hombre esté más o menos cómodo. Lo que me importa es que sea más o menos hombre. No pregunto primero si el hombre será o no feliz sino qué hombre será feliz.[4]

Con estas palabras, Saint-Exupéry nos traza un escueto pero muy claro perfil de su humanismo esencializador. En efecto, la expresión:

...Porque poco me importa que el hombre esté más o menos cómodo,

es lo mismo que decir:

Me preocupa muy poco que el hombre viva más o menos confortablemente, sino que sea más o menos persona.

Y la expresión:

No pregunto primero si el hombre será o no feliz, sino qué hombre será feliz,

equivale a afirmar:

Lo esencial no es la felicidad del hombre, sino la clase de hombre que aspira a ella.

En cuanto a determinación del nivel de desarrollo y progreso de los países se refiere, tal vez hemos puesto demasiado el acento en los aspectos meramente *cuantitativos* tales como el PBI, la renta per cápita, el saldo de la balanza comercial —todos ellos con su secuela indescifrable de datos estadísticos, índices, porcentajes y otros similares— y no tanto en los *cualitativos*, como son la educación y la cultura.

Sin embargo, nunca se insistirá demasiado en que sin educación ni cultura no habrá desarrollo. Así lo han entendido y en-

tienden aquellos países que *ven* en esos dos pilares, las bases más sólidas y universales del progreso integral de sus comunidades. Ellos no pertenecen tanto al así llamado primer mundo, como al único mundo en donde crece y fructifica la verdadera civilización. Y civilizar, en definitiva, no es otra cosa que humanizar.

Por eso, sería necesario revisar un concepto de progreso que está fundamentado sólo o principalmente en el grado de adelanto alcanzado por la ciencia, la tecnología o de cualquier manera por los logros productivos y económicos. Nadie puede negar que las conquistas científicas, tecnológicas y económicas, constituyen elementos necesarios e importantes del desarrollo. Pero, ¿agotan esos elementos el concepto y la realidad de lo que globalmente es el crecimiento de un país? ¿Es acaso el progreso algo que depende única y exclusivamente de los números o, más allá de ellos, hay toda una realidad humana en función de la cual esos números deberían tener sentido?

¿No es la gente, los seres humanos que lo habitan, lo que define y constituye esa realidad que denominamos país, y no tanto su geografía, su producción, sus potencialidades físicas o su ubicación dentro de una jerarquía artificial y parcializada de mundos?

De esta línea de pensamiento surgen otros interrogantes afines:

¿Es el nivel de consumo alcanzado por un país, garantía o indicador suficiente para determinar si su pueblo *vive* más feliz que otro, en el cual ese nivel es más bajo?

Para poder responder a esa pregunta, previamente habría que interrogarse acerca de cuál es el verdadero parámetro para medir esencialmente el grado de felicidad que puede alcanzar un hombre. ¿Será quizás su posibilidad material de una ininterrumpida y nunca sosegada avidez por tener, acumular o producir más?

¿O tal vez es fundamentalmente su capacidad de satisfacción vital serena y estable lo que hace en definitiva que un hombre sea

feliz, porque esa felicidad le viene desde adentro y no depende de condicionamientos o circunstancias externas que hacen meramente a la calidad de vida, con sus ingredientes de confort, seguridad y capacidad de consumo? ¿No es acaso la calidad de la vida, que pertenece a la dimensión del ser, mucho más importante que la calidad de vida, que es sólo condición del bienestar?

En *Ciudadela,* Saint-Exupéry nos ha dejado una enseñanza que vale la pena meditar:

> *La experiencia me ha enseñado que. . . donde los bienes se encuentran en mayor número, se ofrecen al hombre más oportunidades de engañarse sobre la naturaleza de sus alegrías. Porque, en efecto, pareciera que ellas vinieran de las cosas, cuando, en realidad, sólo provienen del sentido que tienen las cosas. Entonces, en la prosperidad es donde se puede dar más fácilmente que se cieguen y corran más a menudo tras riquezas banales.*[5]

Y en *El Principito* encontramos esta misma profundidad, con distinto ropaje literario:

> *En tu tierra —dijo el principito— los hombres cultivan cinco mil rosas en un mismo jardín... Y no encuentran lo que buscan... Y, sin embargo, lo que buscan podría encontrarse en una sola rosa o en un poco de agua... Pero los ojos están ciegos...* (cap. XXV).

La ceguera que denuncia el Principito no es precisamente falta de visión por una carencia sensorial, sino más bien trastrocamiento de los planos perceptivos existenciales, que hace que lo esencial se oculte en un campo de oscuridad y de sombra.

En este *rescatar lo esencial,* se inscribe también la necesidad de revalorizar todas aquellas realidades que pertenecen a la di-

mensión de las emociones positivas, a las cosas del corazón y a los sentimientos. (De este tema me ocupé con amplitud en mi ensayo anterior *El Principito y su revolución psicológica* y lo profundizaré en mi próximo ensayo, por lo que me eximo en este de un mayor análisis).

De todos modos, no puedo dejar de recalcar aquí que, en definitiva, es el amor que ponemos en algo o en alguien el que transforma ese algo o a ese alguien en algo importante y esencial para nosotros. Por otro lado, y como dice Wukmir en su libro *Psicología de la orientación vital:*

> *¿No somos unos seres en los que una sonrisa y una muestra de cariño producen siempre más bien y efecto que cualquier saber exacto?*[6]

Pero es la Palabra divina la que mejor y con mayor incisividad caracteriza este hecho. Jesús nos dice en su Evangelio:

> *Donde está tu corazón, está tu tesoro..*

Y el zorro dice al Principito:

> *Sólo se ve bien con el corazón* (cap. XXI).

Rescatar lo esencial es salvar la naturaleza del indiscriminado avance de un progreso físico y material, que arrasa implacablemente con el manso imperio del verde, del paisaje y de la vida en todas sus manifestaciones y prever con medios adecuados —y sobre todo con preocupación consciente y activa— toda forma de alteración de su equilibrio.

Ante esta verdadera tragedia que resulta absurdamente invisible para los ojos de quienes siguen alentando su vocación de muerte, extinción y caos ambiental, las voces de los ecólogos por misión u opción, como otros tantos Etios, nos alertan con dramática insistencia:

¡No maten el rostro y el alma de la creación, no maten el amplio equilibrio de la energía universal, no maten el corazón, los pulmones y el color de la vida!

Y así, a través de mucho tiempo de hacer sentir sus voces, contra viento y marea, nadie ignora ya la importancia que tiene la ecología en la vida del planeta y en la supervivencia de la humanidad.

Tal como lo hicieron y lo hacen los defensores de la ecología de la naturaleza, lo están haciendo, en número cada vez más creciente y concientizado, los promotores de lo que podríamos llamar *ecología del hombre*: padres, educadores, psicólogos, pedagogos, sacerdotes, empresarios televisivos y radiales, animadores de programas de televisión en vivo, escritores, instituciones y grupos de reflexión cultural y religiosa; jóvenes, hombres maduros y todos aquéllos que aún creen que no sólo no todo está perdido, sino que hay mucho material para devolverle al hombre su estatura de tal.

Frente a cualquier clase de desánimo, retroceso o claudicación, en esta batalla sin cuartel, desde las páginas de *Tierra de hombres*, Saint-Exupéry nos alienta:

Nuestra casa se hará, sin duda, poco a poco, más humana.[7]

Por eso, los defensores de la ecología del hombre, para quienes la esperanza es un precepto, no debemos dejar de gritar a tiempo y a destiempo:

¡No maten los valores, no maten la dignidad humana, no maten la cultura, el espíritu, el pensamiento; no maten la esperanza, la fe, el amor, la poesía; no maten las emociones positivas; no

maten la ética, la solidaridad, las buenas costumbres, la libertad de espíritu y el diálogo entre las generaciones; no maten el bien, la justicia, la belleza y la verdad; no maten el asombro de los niños, la energía vital de los adolescentes, la esperanza de los jóvenes en un mundo mejor; no maten la calidad de la vida; no maten lo importante, no maten lo serio; no maten lo esencial...!

Lamentablemente, la voz de la *ecología del hombre* no puede hacerse oír con la misma eficacia con que lo hace la *ecología de la naturaleza*, pese a que esta no tiene sentido sino en función de aquella. La razón es muy simple: mientras la *ecología de la naturaleza* se refiere a cosas que se ven —una playa patagónica repleta de aves empetroladas, un bosque subtropical arrasado, una especie faunística que se extingue—, la *ecología del hombre* se refiere a cosas que no se ven, a cosas que son invisibles, porque son *esenciales*.

Rescatar lo esencial es salvaguardar la opinión pública de la distorsión conceptual a la que suelen conducirla los así llamados comunicadores sociales que se muestran secuaces del muy cotizado circo del: todo se compra y todo se vende.

Lamentablemente, hay periodistas que suelen confundir tendenciosamente objetividad con sensacionalismo; información con espectáculo; opinión con inducción; realismo con morbosidad, *cultura informativa* con trivialización informativa, mostrarlo todo con venderlo todo, *rating* con calidad e ilustrar a la comunidad con llenarla de perplejidades y dudas.

Cabe preguntar: ¿tiene conciencia ese periodismo de que la información en general es esencialmente —o debería ser— un instrumento comunicacional que desempeñe, además de su fun-

ción específica, un protagonismo cultural en la sociedad, cuyo entorno y supuesto básico debería ser siempre la preservación de la higiene mental pública?

¿O será que para esa clase de comunicadores sociales su accionar está más allá de los límites naturales que surgen de la prudencia, de la conveniencia, del sentido común y de la propia ética profesional? ¿Y no se ubican todos esos ingredientes dentro de lo que Saint-Exupéry en *Ciudadela* ha dado en llamar la moral interior?

Naturalmente, habría que preguntarse si esos periodistas tienen una moral interior o si, teniéndola, son conscientes de sus imperativos. Tal vez no se den cuenta de que, si apelan a la libertad, están necesariamente —aunque lo ignoran— involucrando los límites intrínsecos que ella tiene.

Nuestro escritor no deja dudas al respecto, en un texto que quizás escribió pensando en esa clase de periodistas:

> *Eres libre de construir, pero no de rapiñar ni de destruir, por un uso inadecuado de tus prerrogativas, como aquel que escribe mal y extrae sus efectos de esas licencias, destruyendo así su propio poder de expresión... Los que reclaman la libertad reclaman la moral interior a fin de que el hombre se controle, a pesar de todo...*[8]

Por eso es absolutamente absurdo pretender que, en nombre de la libertad de prensa, sea lícito *promocionar* —como de hecho y no raramente sucede— *lo antisocial; darle espacio y voz a quienes nada tienen que ver con la democracia, con la ética, con nuestra cultura, con nuestros valores y nuestras costumbres y, fundamentalmente, con el sentido común y la normalidad.*

Habría que preguntarles a estos comunicadores si la libertad de prensa que promueven y defienden es un derecho absolu-

to, o su ejercicio —como sucede con todos los derechos ciudadanos— termina donde empiezan los de los demás; por ejemplo, el derecho que tiene la comunidad a que la información no se transforme en una manipulación de la opinión pública en función del *rating* y la *primicia*, en un doble mensaje o en un mensaje cuyas consecuencias sociales negativas a menudo traspongan el plano de lo meramente teórico.

Merced a su tratamiento muy poco autocrítico —por no decir irresponsable— de la elección de la noticia y sus protagonistas, esa clase de periodismo contribuye a menudo y en significativa proporción a que las realidades esenciales del diario acontecer y su sentido experiencial constructivo sigan siendo invisibles detrás del opaco velo que lo superficial, lo trasgresor y lo vacío de contenido extienden sobre aquéllas.

Sin embargo y afortunadamente, no es invisible a los ojos el hecho de que la gente comienza a experimentar y a expresar abiertamente un cierto cansancio y hasta un cierto hastío, frente a esta verdadera invasión audiovisual de frivolidades y disvalores y, consecuentemente, a esta casi total carencia de aportes comunicacionales esenciales. Es que esos periodistas no alcanzan a *ver* que la comunidad está ávida de imágenes y mensajes, que se difundan en función, no ya de una curiosidad pasiva o distorsionante de la realidad, sino de una sana y objetiva formación de opinión, de una adecuada estimulación del espíritu crítico y de una concreta participación en la construcción y consolidación de los valores de nuestra cultura que redunden en el mejoramiento cualitativo de las actuales y de las próximas generaciones.

Y este hecho es constatable, no sólo con relación a la información en general, sino con respecto de todo lo que se consume básicamente como imagen televisiva. Prueba de ello es el creciente *rating* que paulatinamente van ganando los canales de televisión que transmiten exclusivamente programas culturales y la popula-

ridad que van adquiriendo esos espectáculos en donde sus creadores y sus conductores no están en lo trivial o en lo malsano, sino que saben apelar a lo cualitativamente útil y significativo, no sólo para informar, sino para formar, y no sólo para entretener, sino también para instruir y, sobre todo, educar.

Merced a este hecho, es gratificante reconocer que —sin constituir aún una mayoría— al lado de ese periodismo barato, aprofesional y mercenario, existe un periodismo serio y verdaderamente profesional, que no se vende ni se prostituye, sino que se juega frontal y valientemente por la verdad y el bien común; que es perfectamente consciente de que los medios son un servicio a la comunidad y que su poder tiene tantas posibilidades de construir como de destruir, de esclarecer como de confundir; de esencializar como de trivializar el hecho comunicacional; de adormecer demagógicamente la conciencia del observador no participante, como de despertarla a la responsabilidad solidaria.

Las realidades esenciales son simples y transparentes. Por eso, no se debe mezclar lo fantasioso con lo real, como lo hacen, por ejemplo, todos aquellos mercaderes de *lo mágico* que lucran con la buena fe, la ingenuidad, la credulidad y hasta la desesperación de la gente.

Entre esa verdadera plaga de adivinadores, astrólogos y futurólogos —muchos de ellos baratos en lo pretendidamente profesional, pero caros en cuanto a honorarios y remuneraciones— se encuentran quienes prometen felicidad inmediata, dinero fácil y en abundancia, sorpresivas promociones laborales y muchas cosas maravillosas más. Y lo hacen a través de la complicidad consumista de los medios de comunicación, con profusión de estímulos publicitarios sorprendentes y seductores, que siempre atrapan a los incautos y a los menos prevenidos.

Afortunadamente, hay quienes en algunos medios de comunicación se han atrevido a desenmascarar públicamente a algunos

de estos nefastos traficantes de esa verdadera droga psíquica que venden los eternos vivos que saben aprovecharse de los zonzos. Sin embargo, queda mucho aún por concientizar —y purificar— en este terreno.

Pero cabe preguntarse: ¿depende este concientizar y este purificar sólo de esas voces aisladas que eventualmente alguien hace oír en algún medio o también y, principalmente, de las críticas y los reclamos aunados de una comunidad que ha aprendido a generar anticuerpos de autoestima, autoinmunización y, sobre todo, espíritu de cuerpo?

Por eso, *rescatar lo esencial*, en este campo, es tratar de tener bien en claro que una cosa es la madura fe en Dios, en las cosas de Dios, en la gente de Dios y en las experiencias extraordinarias que suelen acompañar su prédica y su oración —como es el caso de los sacerdotes sanadores— y otra cosa es la fácil credulidad en ciertos astrólogos, mentalistas y charlatanes que, con su magia de utilería, infantilizan y confunden a la gente y degradan las realidades más sublimes, sagradas y esenciales.

De lo que en esto se trata es de aclarar confusiones que infantilizan a los espíritus y que no les permiten acceder a la propia posibilidad de recurrir a decisiones autónomas ni asumir actitudes maduramente cimentadas en las cosas serias y adultas de la vida.

En efecto, ¡cuánta gente hay que no atina a tomar una decisión más o menos importante y aun de trascendencia meramente cotidiana, sin consultar previamente el horóscopo! Cuánta gente —incluso algunas de ellas supuestamente *creyentes*— no titubea en hacerse tirar las cartas, en colgarse del cuello el último amuleto que publicita tal revista, en llamar por teléfono o en ir al consultorio del astrólogo tal, a quien no le resulta difícil convencer a sus clientes de que van a encontrar mágica e insólitamente la solución a todos o casi todos sus problemas existenciales, la respuesta acerca de qué les depara el futuro en general y muchas

cosas más que están supuestamente escritas en el inerte y frío vientre de los astros.

Todos los que mezclan y confunden las realidades esenciales, merecen el mismo reproche y condena que el Principito hace al piloto:

¡Confundes todo! ¡Mezclas todo! (cap.VII).

Es como si hubiera dicho:

Tergiversas el sentido que tienen las cosas esenciales de la vida; deformas la armonía de las realidades simples; trastrocas la jerarquía de valores y trivializas las cosas que por su propia naturaleza son serias.

- Simples son el amor, el sexo y la heterosexualidad.
- Simple es la vida y la dignidad del hombre.
- Simple es el asombro incontaminado de los niños y el sueño adolescente en un presente y un futuro mejores.
- Simple es la esperanza educativa de los hogares en los cuales aún se cultiva el diálogo, la comunicación y el espíritu de familia.
- Simple es la fe del verdadero creyente, que no necesita las muletas de la magia mercenaria, para caminar libremente los caminos de la vida, ya sea en las multiformes vueltas del pasado, en los trazos definidos del presente, como en las múltiples opciones del futuro.
- Simple es la *verdad* que, como dice el Divino Salvador: *...os hará libres.*

Saint-Exupéry, tal como escribe en *Tierra de hombres*, tenía de las realidades humanas una percepción en la que no cabía ningún tipo de mezcla o confusión, porque veía con simpleza y claridad las cosas esenciales:

Tengo una extrema necesidad de considerar que todo es sencillo. Es simple nacer, es simple crecer. Y simple morir de sed.[9]

En la misma obra, nos dice:

Pero la verdad, vosotros lo sabéis, es lo que simplifica el mundo y no lo que crea el caos. . . la verdad no es lo que se demuestra, es lo que simplifica.[10]

Rescatar lo esencial es reactualizar y revitalizar el auténtico valor de las palabras. Hoy, más que nunca, es necesario llamar a las cosas por su nombre. Porque, no es lo mismo falta de transparencia, que corrupción; error, que mala fe; acuerdo, que negociado; deslindar responsabilidades, que esquivar responsabilidades; olvido, que indiferencia; casualidad, que causalidad; instrucción, que cultura; sexo, que genitalidad; trasgresión que arte; libertad de prensa, que liberalidad de prensa e infinidad de palabras que han perdido su significado o han sido transformadas en eufemismos o reemplazadas por términos carentes de las connotaciones y usos que alguna vez tuvieron.

Rescatar lo esencial es reinstalar el reino de lo espiritual, como contrapartida de una materialización cada vez más incisiva y alienante.

Sólo en esa dimensión humana es posible encontrar *alas de libertad* que nos permitan remontarnos, como otros Juan Salvador Gaviota, a las alturas desde donde es posible *ver* esos gestos de la realidad que tan a menudo escapan a nuestra prisa, a nuestro ruido interior y a nuestras distracciones e indiferencias.

Es que lo espiritual es ese ámbito inconmensurable del ser, dentro del cual al hombre no le es posible instalarse en una existencia pusilánime, chata, sin proyección y sin metas y nos hace *ver*

bien desde sus siempre renovadas demandas de plenitud, las cosas importantes de la vida.

Lo esencial, en el mundo de la interioridad humana, es que en él todo se vivifica, todo sana, todo se recrea y revaloriza, todo tiene sentido y trascendencia, todo se aclara, todo se humaniza.

Por eso, allí no caben los sedentarismos, ni las pasividades, ni las indiferencias, ni los descuidos, ni las rutinas, ni los acostumbramientos.

Saint-Exupéry nos ayuda a profundizar esta verdad cuando en *Ciudadela* escribe:

> *No amo a los sedentarios de corazón. Los que nada cambian y nada llegan a ser. Y la vida no bastó para madurarlos. Y el tiempo se desliza para ellos como el puñado de arena y los pierde...*[11]

Y la última frase de *Tierra de hombres,* con la energía y vitalidad que sólo surgen de lo vivido intensamente, nos da la clave para interpretar con mayor profundidad esas expresiones:

> *Sólo el Espíritu, si sopla sobre la arcilla, puede crear al Hombre.*

III. La aventura humana del "ver"

Se ha dicho muy acertadamente que *las cosas no son como las vemos, sino que vemos las cosas como somos.*

La cultura popular, aunque con otras palabras, dice algo muy parecido: *Las cosas son del color que tiene el lente con que se las mire.*

Jesucristo decía: *Si tu ojo es puro, todo tu cuerpo estará iluminado*, con todo el simbolismo vivencial que esta sagrada expresión encierra.

Tal es la importancia que, desde la cultura popular hasta la religión, se otorga al *ver.*

En *El Principito,* el *ver* representa lo que la textura y la tonalidad es a un cuadro. Así como estos dos elementos configuran la estructura y el fondo más inmediato y unificador de la obra de arte, en nuestro libro el *ver* constituye originalmente el entorno temático y el sello más elocuente de su personalidad literaria.

En nuestro pequeño gran libro, todo gira alrededor de ese centro sensorial y vivencial que es el fenómeno de lo perceptivo, en el sentido más amplio del término.Y así es en nuestra vida, como vimos en el capítulo anterior. Por eso, se podría afirmar: *Dime qué y cómo ves, y te diré quién eres.*

En esta atrevida aventura de intentar explorar y desentrañar la verdad que encierran las palabras del secreto que el zorro regala al Principito, habrá que ir cumpliendo etapas, teniendo en cuenta aquello de: *Una mirada al libro y dos a la vida*, para nutrir al mismo tiempo, inteligencia y emotividad, pensamiento y experiencia, interés y reflexión.

Hace dos o tres años leí un libro en el que me encontré con un párrafo referido al *ver*, cuya profundidad me impactó. Se trata de *El fenómeno humano*, de Teilhard de Chardin. El texto de ese párrafo es el siguiente:

> *Ver. Se podría decir que toda la vida consiste en esto si no como finalidad, por lo menos sí esencialmente. Ser más es unificarse cada vez más... Sin embargo, lo comprobaremos más aun: la unidad no se engrandece, si no está sustentada por un acrecentamiento de la conciencia, es decir, de la visión. He aquí por qué, sin lugar a dudas, la historia del mundo viviente consiste en la elaboración de ojos cada vez más perfectos, en el seno de un cosmos donde es posible siempre discernir cada vez con mayor claridad.*[12]

Se podría decir que toda la vida consiste en esto.

¿No hay en estas palabras una significativa analogía con aquello de Jesucristo de: *Si tu ojo es puro, todo tu cuerpo estará iluminado*? Pero, también se puede preguntar: ¿No es exagerado Teilhard? ¿No es —con el debido respeto— extremista Jesucristo? ¡Por supuesto que no!

La razón es simple: el *ver* en *El Principito,* está relacionado con el *comprender* y el comprender es una de las pautas esenciales de nuestra condición humana. Por otra parte, es sabido que en casi todas las lenguas modernas y antiguas, el verbo *ver* es sinónimo de entender, considerar, captar, juzgar, asimilar, analizar. Por eso, decimos: *¿No* ves *que el tema no* es *este? Ya* veo *que no me entiendes. Habría que* ver *mejor este asunto* y, así, muchas otras expresiones de uso cotidiano.

Y en *El Principito,* cuando el escritor-niño mostraba a las personas grandes la imagen de la *serpiente boa que tragaba a un ele-*

fante, en esa suerte de inocente pero eficaz test proyectivo, lo hacía con una intención muy clara:

> *Quería ver si era verdaderamente comprensiva*
> (cap. I).

Es decir:

> *Deseaba saber si sabía ver bien.*

Además de los significados que hemos visto, para Teilhard, el *ver* es también unificarse, es decir, ser uno mismo, tener una conciencia yoica sólida y maduramente estructurada —como diría Freud— y es un desarrollar el ser consciente para poder discernir mejor que, en definitiva, es uno de los cometidos más importantes de la vida, si se quiere vivirla en plenitud. En este sentido, el pensamiento de Saint-Exupéry concuerda totalmente con el de Teilhard de Chardin.

Lo cierto es que, entendido de esta manera y con esta profundidad, el *ver*, y sobre todo el *ver bien*, fue para nuestro escritor, desde muy joven, una suerte de condición *sine qua non*, no sólo para saber adaptarse y asumir la realidad, sino también en circunstancias en las que se pretende producir algo importante.

Desde París, en 1924, escribe una carta a su madre, en la que le cuenta que está enseñando a redactar a un joven en quien detecta algunas fallas: *Por lo tanto, primero le enseñé a X qué es lo que tenían de artificial e inútil las palabras que hilvanaba y que el defecto no era falta de trabajo —lo que es fácil de corregir—, sino un defecto profundo en su manera de ver, que es la base de todo y que había que reeducar, no sólo su estilo, sino todo en su personalidad: inteligencia y visión, antes de escribir.*[13]

Seguramente, se habrá dado cuenta el lector de la notable similitud que hay entre lo que afirma Teilhard de Chardin y lo que escribe Saint-Exupéry. Ambos dicen taxativamente que el *ver* re-

presenta una pauta de conducta totalizadora, en el sentido de que constituye un ingrediente previo, concomitante y universal, de todo hacer, de todo pensar y de todo sentir:

Toda la vida consiste en esto, dice Teilhard, y:
...es la base de todo, escribe Saint-Exupéry.

Obviamente, el hecho de la necesidad de *ver* para poder ubicar planos y perspectivas, y, consecuentemente, decidir u optar bien, no es una pauta de conducta que fue descubierta por Saint-Exupéry. En todos los órdenes de la vida, desde siempre y con distinto interés e intensidad, el hombre trata de *ver*, como condición previa y elemental a toda acción o decisión en general. Baste pensar en el estudio de mercado de los economistas, antes de aconsejar tal o cual operación a un empresario; en el análisis organoléptico del terreno que realizan los ingenieros agrónomos, antes de sugerir tal o cual plantación al dueño del campo y, en definitiva, en todo lo que implica saber dónde se está parado para orientar eficazmente la propia vida.

Sin embargo, si bien es cierto que no es original el hecho de que Saint-Exupéry ponga de relieve tan elocuentemente esta pauta de conducta, sí es absolutamente original el sentido esclarecedor con que el *ver* aparece en su vida y en sus escritos. Allí ya no se trata de un recurso más o menos práctico, dirigido a una eficaz adecuación de medios y fines, en general, sino de una actitud esclarecida ante las multiformes opciones que nos presenta la vida.

Es la misma actitud que se nota cuando, por ejemplo, en la vida cotidiana se suele decir: *Y... habría que ver. Déjamelo ver un poco y luego te contesto. A esto hay que verlo con profundidad. Antes de decidir, hay que ver esto nuevamente.*

Este ver para iluminar el juicio y las opciones es tan importante que marca la profunda diferencia que existe entre quien pa-

sa por la vida *mirando sin ver* y el que lo hace *viendo para discernir* y para *saber optar*.

Quien *mira sin ver* es como aquel ocasional visitante de una pinacoteca que se coloca delante de un cuadro y no logra apreciar planos, perspectivas, contrastes tonales, estilos, ritmos de la forma y el color y mucho menos el tema central de la obra y sólo atina a decir: *Me gusta* o *no me gusta*, sin saber explicarse por qué. O como aquel turista que mira una estatua de Miguel Ángel, y no descubre, detrás de esas incomparables formas de mármol, al genio que la hizo.

Y aquel gustar que deriva de un mirar sin ver es el mismo que, por ejemplo, manifiesta un egresado de la secundaria que quiere seguir una determinada carrera simplemente porque le gusta, sin haber visto previamente sus reales posibilidades psicofísicas, sus características de personalidad, su conocimiento acerca de la profesión que desea seguir; las exigencias de la facultad a la que piensa ingresar; las concretas oportunidades de ocupación laboral que presenta o podría ofrecer en el futuro esa carrera; las necesidades concretas que tiene el país respecto de tal o cual tipo de profesionales, y otros requerimientos que hacen a una elección atinada.

A causa de este *mirar sin ver*, muchas veces el árbol nos oculta el bosque; un detalle, la totalidad; un gesto, la persona; una ola, el mar anchuroso; un contratiempo, todo lo positivo y valioso que tiene nuestra existencia; un traspié o una caída, el camino que aún nos queda por recorrer. Más aun, aquellos que se quedan en una visión mezquina, reducida y aislada de la realidad, se pierden la riqueza de la vida. Es como admirar una flor, sin tener en cuenta el jardín; una cima nevada, sin llenarse los ojos con la inmensidad cordillerana. Porque, como decía Rilke:

> *La felicidad del árbol, para ser plena, exige como trasfondo la felicidad de la pradera.*

Pero en la vida no sólo habría que aprender a *ver* y a *mirar*, sino también a *contemplar*. El *contemplar* es mucho más que *ver* y *mirar* porque en aquel hacen falta los ojos del alma, cuya luz, campo y grado perceptivo, nunca son un regalo de las circunstancias físicas, sino una verdadera conquista interior. Y ello es así, porque la contemplación, en el sentido más estricto del término, sólo tiene cabida en el reino de la paz y armonía espirituales.

En *Ciudadela*, Saint-Exupéry nos ha dejado profundas reflexiones al respecto:

> *...he meditado largo tiempo el sentido de la paz.*
> *Viene de los recién nacidos, de las cosechas logradas,*
> *de la casa por fin en orden. Viene de la eternidad,*
> *donde penetran las cosas cumplidas. Paz de granjas*
> *llenas, de ovejas que duermen, de lencerías plegadas,*
> *paz de la sola perfección, paz de lo que se transforma*
> *en regalo de Dios, una vez bien hecho.*[14]

El *contemplar* no pertenece al mundo de la exterioridad, sino al de la interioridad, que es aquella ciudadela imperial en la que habita, enérgico y dinámico, el más auténtico ser sí mismo. En muy pocas palabras, Saint-Exupéry, en *Tierra de hombres*, expresa bellamente esta feliz condición humana:

> *El imperio del hombre es interior.*[15]

Contemplar es *mirar* y *ver* con admiración, pero fundamentalmente con amor, como contemplaba el Principito su cordero:

> *Después sacó el cordero del bolsillo y se abismó en*
> *la contemplación de su tesoro* (cap. III).

Como, desde su avión —como dice en *Tierra de hombres*— el propio Saint-Exupéry contemplaba el arrebatador encanto del paisaje:

Colores de la tierra y el cielo, huellas del viento sobre el mar, doradas nubes del crepúsculo, (el piloto) no los admira, sino que los medita.[16]

En esta última cita de *Tierra de hombres*, estamos frente a un sutil y muy claro *acrecentamiento de la conciencia* —como diría Teilhard—, en Saint-Exupéry. En efecto, no se trata aquí simplemente de *ver*, de *mirar* o de *contemplar*, sino de algo mucho más íntimo y que, por lo elevado de su aspiración, tiene mucho de ese misticismo que pasea su majestuosidad entre las arcadas de las catedrales góticas.

Como contemplaba Etio el albo manto que teje tímidamente sobre las cumbres el primer intento artesanal del invierno; como contempla una madre el rostro y la presencia de su hijo recién nacido; como contempla el alma a su Dios, desde la intimidad confiada y feliz del *hágase tu voluntad*...

Más significativo resulta el último texto citado de *Tierra de hombres*, por cuanto la realidad a la que alude contextualmente constituye la contraposición que el autor descubre entre el *ver* de los pasajeros del avión, con el del piloto que lo conduce.

Para los primeros:

...las olas observadas desde lo alto no ofrecen relieves y los paquetes de espesas neblinas parecen inmóviles.[17]

Y esto es así, porque —más aun en la actualidad— los pasajeros de un avión por lo general no saben ni se interesan en leer las señales que les envía callada pero elocuentemente el paisaje. Y, como no saben leer esas señales, tampoco atinan a interpretar sus signos, a admirar la riqueza de sus detalles y mucho menos a meditar sobre algunos *secretos de la naturaleza*, de la que se desprende una verdad que es universal, como leemos en el libro citado.

En este momento cabe hacernos una pregunta: ¿no es esto, acaso, lo que nos sucede a menudo a las personas grandes, pasajeros del avión de la vida, cuando volamos sobre la existencia, sin interesarnos por distinguir alguno de los mil rostros que dan perspectiva, profundidad, relieve, fondo, horizonte y perfiles a ese siempre insólito paisaje?

Nuestro piloto no asiste simplemente a un espectáculo visual, sino que se mete en la esencia de las cosas inanimadas y de los seres vivos que detecta o percibe desde el desplegado parabrisas de su aeroplano. En *Tierra de hombres* nos dice:

> *Semejante al campesino que recorre sus tierras, que prevé por mil señales la marcha de la primavera, la amenaza del hielo, el anuncio de la lluvia, el piloto de oficio... descifra los signos de la nieve, los signos de la bruma, los signos de la noche bienaventurada.*[18]

Resultará muy esclarecedor e interesante internarnos aun más en lo que concretamente significó para nuestro escritor el haberse desempeñado como piloto aeropostal, en la incipiente empresa Latecoère (germen de la actual Air France), en 1926, cuando se inició en esta profesión y en las experiencias que vivió, cuando fue aceptado por los Aliados como piloto de reconocimiento, en 1939.

En el cumplimiento de esa delicada y difícil función, sobre todo en la década del 20, el *ver* representaba una herramienta fundamental de trabajo; más aun, una condición de orientación y supervivencia. Hay muchos textos elocuentes en este sentido, en varios de los libros de nuestro escritor. Elijo dos de *Tierra de hombres*, que me parecen demostrativos de lo que acabo de afirmar:

> *La magia del oficio me abre un mundo donde afrontaré, antes de dos horas, los negros dragones y las crestas coronadas de relámpagos azules, donde,*

al llegar la noche, liberado, leeré mi camino en los astros.
A bordo de los aviones descubiertos, había que inclinarse durante el mal tiempo fuera del parabrisas, para ver mejor.[19]

Algunos años posteriores a la época en que estas expresiones eran una realidad concreta en la vida profesional de San Exupéry, su *ver* no enfocaba ya ni los negros dragones, ni los relámpagos azules, ni los astros.

Como piloto de reconocimiento, en la Segunda Guerra Mundial, su *ver* no estaba ya en función de orientación en el espacio —los Lightning P 38 ya contaban con tecnología más avanzada que sus antepasados, los Laté 25—, sino de investigar, descubrir imágenes e indicios significativos para la preparación del ataque o la defensa bélica. No se trataba, entonces, del ejercer una función de guía para un corto viaje de recreo o de piloto aeropostal, sino de un cometido estratégico que tenía el claro objetivo de ganar terreno en la conflagración.

En este punto, se me ocurre una pregunta:

¿No es acaso ese previo *saber ver*, como lo intentaba nuestro escritor, cuando era piloto de guerra, lo que nos permite ubicarnos estratégicamente frente a las inevitables contiendas de la vida?

Me he extendido un poco en estas consideraciones biográficas, porque sin ellas sería difícil comprender el porqué de la casi fijación de Saint-Exupéry por el tema del *ver*, que finalmente hizo creadora y sabia eclosión en el *ver lo esencial* de *El Principito.*

En ese libro, ambos personajes, el niño y el piloto, desde diferentes perspectivas, aunque con el mismo sentido y análogo compromiso emocional, viven un largo proceso interior para llegar a *ver bien* y, finalmente, lo esencial.

En el primero, ese proceso va desde un simple e ingenuo *deleitarse viendo el sol ponerse cuarenta y tres veces*, hasta *ver* que su *rosa* era única en el mundo. En el segundo, comienza con un mezquino y pobre *ver sólo cosas serias*, hasta buscar con el corazón, para luego *aprender a ver corderos a través de las cajas* y, finalmente, a descubrir la médula de *lo que vale la pena*, más allá de la *corteza* de lo secundario y transitorio. Y en ambos, desde un anclaje perceptivo en el ancho mar de lo visible, hasta orientar la proa de su retina interior hacia un puerto en donde es posible ver y contemplar las riquezas esenciales que hasta ayer fueron invisibles.

Y esas riquezas esenciales son tesoros escondidos que aguardan expectantes la gratificación de verse por fin descubiertos.

IV. Más allá de un ingenuo "ver" de niño

En *El Principito* hay muchos tesoros escondidos. No es difícil encontrarlos, si se sabe respetar el requerimiento de su autor:

Pues no me gusta que se lea mi libro a la ligera (cap. IX).

Recuerdo que, cuando abrí ese libro por primera vez, me encontré tempranamente con un tesoro escondido. Está en la Dedicatoria que el escritor hace de la obra a su amigo Werth.

Leídas apresuradamente esas pocas palabras podrían pasar inadvertidas en su profundo significado y, sobre todo, en la proyección que ellas tienen tanto en el marco del desarrollo del relato, como en el sentido que encierra el secreto que el zorro regala al Principito.

Luego de haber pedido perdón a los niños, por haber dedicado este libro a una persona grande y de describir escuetamente algunos rasgos de personalidad y condición social de su amigo, el texto de la dedicatoria concluye con las siguientes palabras:

A León Werth, cuando era niño (dedic.).

Con esa expresión, Saint-Exupéry no quiere decir, ciertamente, que las *personas grandes*, representadas en Werth y que leerán el libro, deben volver a ser niños en el sentido real y concreto de la expresión. Esto es obviamente un absurdo.

Se me ocurre que habría que buscar una interpretación adecuada de esa frase, por el lado de la comparación con lo que el

Divino Maestro —con las debidas distancias—, cuando hablaba a sus discípulos acerca de las condiciones que debían reunir para poder *entrar en el reino de los Cielos*, decía:

> *Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los Cielos.*

Ahora bien, el Señor no dice: Si no os hacéis niños, sino: *Si no os hacéis* como *niños*. Lo primero es imposible; lo segundo, perfectamente posible, en determinadas condiciones.

Como se ve, en ambas expresiones, no se trata de volver hacia atrás, como si el tiempo pudiera retornar a ser, y con él, nuestro pasado, sino, en todo caso, de actualizar, desde una perspectiva adulta, la pauta esencial que caracteriza la forma de ver la realidad que tienen los niños.

¿Y cuál es esa forma esencial de ver la realidad que tienen los chicos? Su capacidad de asombro.

Si esta es la interpretación correcta de esas palabras de la dedicatoria, la expresión: *A León Werth, cuando era niño*, podría parafrasearse de la siguiente manera:

> *A León Werth, para que lea estas páginas con la misma capacidad de asombro que tenía cuando era niño.*

Este es el mismo mensaje que Saint-Exupéry dirige a todos sus lectores, representados en Werth. Es decir, que lean el libro con la misma libertad interior, sencillez y asombro que tienen los niños, recordando que ellos también alguna vez lo han sido.

Pero volvamos ahora un poco a la película *El Puma* y reflexionemos sobre ella con esta nueva perspectiva que nos ha desplegado *El Principito*.

Etio tenía capacidad de asombro, porque tenía alma de niño. ¡Cómo no tenerla, si sus ojos, sus oídos, su corazón y todos sus

sentidos externos e internos abrían cotidiana y espontáneamente sus puertas a la belleza natural, a la vida y a los lazos emocionales y afectivos que había creado con la maravillosa realidad de su entorno!

Él había sabido domesticar a Sita, como el Principito domesticó al zorro; cuidaba y se sentía responsable de su valle, de sus cerros, de sus manantiales y arroyos, como el Principito cuidó su pequeño planeta, deshollinó sus volcanes y dio de beber a su rosa. Etio había aprendido a respirar el primer aliento de vida de cada amanecer, y a esperar el melancólico momento del tránsito de la luz a la oscuridad, para ser un expectante testigo del nacer de cada estrella, como hizo el Principito, que contemplaba el *crepúsculo cada vez que lo quería* o como el farolero, que tenía una *ocupación útil, porque era linda.*

> *Es verdaderamente útil, porque es linda* (cap. XIV).

El asombro tiene mucho que ver con lo estético, porque nace de la armonía interior, que se recrea y retroalimenta en la armonía exterior. Por eso, tan a menudo escuchamos a los niños decir: *¡Qué lindo!* ante cualquier experiencia que los gratifique emocionalmente, ya se trate de un juguete, de una película, de una salida con papá y mamá, de una vuelta en calesita, de una fuente en la que juegan varios peces de colores o de una fiesta de cumpleaños.

Desde el punto de vista del asombro, también son un *tesoro escondido* las palabras con que Saint-Exupéry comienza su cuento:

> *Cuando tenía seis años, vi una vez una lámina magnífica...* (cap. I).

Al leer estas expresiones, parecería que nos encontráramos simplemente ante la descripción de una simpática escena, ambientada en épocas de infancia, tan llena de ese desborde de fantasías que nosotros mismos quizás hemos vivido alguna vez, cuando,

siendo aun pequeños, emprendíamos la apasionante aventura de inventar nuestros propios juegos.

Aunque obviamente este hecho no deja de ocupar un sector de realidad en el relato, creo que la forma en que el autor inicia su cuento, obedece a una estrategia bien definida, que va mucho más allá. Y esto es así, porque ese recuerdo de la niñez constituye una imagen esencial, sin tener en cuenta la cual no es posible entender la lógica y coherencia interna del desarrollo de la bella historia, ni mucho menos el sentido e interpretación del secreto que el zorro regala al Principito.

Pero —podrá alguien objetar—, en definitiva, ¿no se trata simplemente de un ingenuo *ver* de niño?

Para responder a este interrogante es conveniente hacer, a su vez, una pregunta:

¿Es siempre y necesariamente ingenuo el *ver* de un niño, sobre todo en la época en que nos toca vivir? Absolutamente, no. Por la simple razón —entre otras— de que nuestros chicos —para bien o para mal— reciben una enorme cantidad de información, estímulos y ejemplos de toda clase. Y esa información, estímulos y ejemplos los reciben en la calle, en el hogar, en la escuela, a través de la conversación de los adultos, de las charlas que tienen con sus hermanos mayores, de la televisión que está encendida varias horas por día y de publicaciones culturales y divulgativas de toda clase.

Claro que, sobre todo la información que proyecta en diferentes géneros la televisión resulta caótica en gran medida. Frente a ella, el niño no atina a distinguir entre imagen y mensaje, ni mucho menos —por supuesto— entre lo que es realidad y lo que es sólo fantasía o mera trivialización de lo real.

Lo cierto es que, con la televisión o sin ella, por todo lo que constituye en la actualidad los signos de los tiempos, los niños de hoy no son ingenuos como los grandes a veces creemos o como,

en épocas pasadas, tal vez nosotros mismos hemos sido. Lamentablemente los adultos no siempre somos conscientes de esta realidad, por lo que a menudo, a veces por subestimación y otras tantas por indiferencia o ignorancia, nos equivocamos en la forma en que los tratamos.

No resulta raro que, ante una reacción fuera de tono con que nuestro pequeño hijo nos puede de pronto sorprender, nos mostremos escandalizados o simplemente atinemos a decir:

¡Qué avivadito está el mocoso este! ¿no?

Y con esta expresión termina, de hecho, nuestra intervención educativa que consiste simplemente en poner un cartelito a nuestro hijo, al cual para nada le sirve, sino para que piense y se convenza de que: *Al fin y al cabo, no hay nada de malo en esto, porque mis padres no lo toman en serio.*

Precisamente, uno de los más importantes mensajes subyacentes en *El Principito* es el de que a los niños se los debe tomar más en serio, porque no son hombres en miniatura sino personas, es decir, *palabras de Dios que nunca se habrán de repetir.*

Pero, volvamos al comienzo de la narración.

Cuando Saint-Exupéry escribe: *...vi una vez*, no se trata de un *ver* ingenuo, estimulado por una curiosidad pasajera, sino de una conducta que produjo un verdadero impacto emocional y motivacional en él, a la medida de su corta edad. La prueba de ello es que esa temprana y simple experiencia visual despertó sus intereses y expectativas. Por eso dice:

Reflexioné mucho, entonces, sobre las aventuras de la selva.

Logré trazar con un lápiz mi primer dibujo.

Mostré mi obra maestra a las personas grandes
(cap. I).

Para ratificar concretamente el hecho de que nuestros niños son menos ingenuos de lo que nos parece y más despiertos de lo que pensamos, resulta útil narrar al lector una experiencia que viví hace cuatro años en una escuela primaria de mi ciudad.

Fui invitado a la escuela Tiburcio Benegas, de niñas, para presenciar la representación teatralizada de mi libro de cuentos *Pedrín canario*, en el que narro las alternativas de una asamblea de canarios que han hecho huelga de gorjeos caídos, convencidos de que su canto ya no tiene sentido en la ciudad, invadida por el ruido. Pedrín, que está en contra de la huelga, es el personaje que pretende detenerla, ayudado por Ruidito, el gorrión.

Al finalizar la estupenda escenificación que lograron esas niñas y que me hizo sentir profundamente conmovido, no sólo por su impecable actuación y sus originalísimos disfraces, sino por el trabajo que evidentemente habían hecho sus maestras, la directora del establecimiento me invitó a pasar a la sala de dirección, para autografiar los libros que las chicas tenían en su poder.

A medida que una tras otra me los iban pasando para que se los firmara, me entregaban un papelito cualquiera escrito con un corto mensaje que a sugerencia de sus maestras habían escrito inmediatamente antes de entrar. Todos ellos manifestaban la transparencia de esas almas infantiles y, a su vez, la profundidad con que habían captado el mensaje de mi obrita.

En una de esas notas, había un tesoro que siempre guardaré en mi corazón con gratitud a Dios y a la vida. Era de una niña que no tenía más de ocho o nueve años. En sus ojos relampagueaba un brillo que nunca podré olvidar. Su mensaje, absolutamente escueto y simple, decía:

¡Gracias, escritor, por haberme hecho pensar!

Con el corazón cargado de felices y tiernos sentimientos, desde el fondo de mi gratificada interioridad de persona grande,

a esa alumna de aquella eficiente escuela primaria mendocina le digo siempre en mi recuerdo:

> *¡Gracias, pequeña niña de la escuela Tiburcio Benegas de Mendoza, por haberme hecho vivir estos asombros, que renuevan la fe en el hombre, alegran el corazón y el espíritu y estimulan a seguir creciendo, creyendo... y soñando!*

Naturalmente, no nos podemos quedar simplemente en la lógica gratificación que producen estos insólitos asombros, sino que hay que saber responder a ese embrión de expectativas, que seguramente se anida no solamente en esa tierna cabecita sino —lo podríamos asegurar— en muchas más cabecitas de alumnos de escuelas primarias, como también de adolescentes y jóvenes estudiantes.

Ciertamente, ellos saben pensar y piensan, saben sentir y sienten, saben esperar y esperan, saben soñar y sueñan, saben juzgar y juzgan la realidad y, sobre todo, *nos* juzgan. No podemos defraudarlos, ni subestimarlos. No son hombres ni mujeres en miniatura. Son esencialmente personas, seres humanos, que en pocos años más, serán nuestros gobernantes, nuestros profesionales, nuestros educadores, nuestros padres y madres de familia.

Recuerdo que, siendo yo profesor de la escuela secundaria, mientras mis alumnos trabajaban grupalmente un tema de contenido humano, en más de una oportunidad me ha parecido verlos como pichones de cóndores, a los cuales apenas se les están consolidando las alas, pero sus plumas ya tienen vigor de vientos y vocación de alturas.

Piaget señalaba que, más allá de lo que actualmente se ve en el chico como negativo, conductualmente hablando, y que naturalmente nos choca y molesta, el adolescente es un idealista romántico, interesado en el pensamiento, en la construcción de uto-

pías, en las humanidades, en su mundo interno y en lo social. En *Seis estudios de psicología,* dice muy acertadamente:

> *Lo que resulta más sorprendente (en el adolescente) es su capacidad para elaborar teorías abstractas. Hay algunos que escriben y crean una filosofía, una política, una estética o lo que se quiera. ¡Otros no escriben, pero hablan! La mayoría de ellos incluso hablan muy poco de sus propias producciones y se limitan a rumiarlas de forma íntima y secreta. Pero todos ellos tienen teorías o sistemas que transforman el mundo de una u otra forma.*[20]

Por lo tanto, si nuestros adolescentes saben pensar, desarrollemos su capacidad de reflexión, de espíritu crítico, de discernimiento; de valoración de lo humano en todas sus formas, de consideración y respeto por el otro, y de todas aquellas opciones personales y sociales que son esenciales, no ya para sacarse una nota al terminar el bimestre, sino para saber enfrentar el examen con que cotidianamente nos reta la vida.

Si saben sentir, estimulemos entonces sus sentimientos y sus emociones positivas, como son las de *servir a los demás, de nutrirse en el espíritu de familia, de crecer y madurarse en la amistad, en el amor, en el trabajo, en la profesión, en la solidaridad y en la esperanza* en un mundo más civilizado, que ellos mismos deberán construir o reconstruir.

Si saben esperar, despleguemos ante sus ojos proyectos de vida por los cuales valga la pena estudiar, perfeccionarse científicamente, desarrollarse psicofísica, ética y espiritualmente y no tengamos miedo a mostrarles que el camino para lograrlo no es el facilismo, ni la improvisación, ni la inmediatez, ni la comodidad, sino el esfuerzo, la preparación y la maduración en el tiempo, la postergación de las expectativas, la incomodidad en la dis-

ponibilidad de instrumentos y medios y el tener que superar dificultades imprevistas, propias de toda ascensión. Ellos pueden entender perfectamente que: *La juventud no está hecha para el placer, sino para el heroísmo* como decía, en su grandeza de espíritu, Paul Claudel.

Si saben soñar, no los obliguemos a despertar de sus sueños. Es mucho más educativo —y sobre todo más humano— estimularlos a que nos los cuenten, para poder vivir junto a ellos esos asombros, esas ilusiones, esas esperanzas, esos proyectos que, precisamente porque muchas veces son utópicos —como dice Piaget— tienen el mágico ingrediente de intentar vivir la vida como un desafío, y no como un peso, como un error o como una tragedia, como muchas veces la vivimos las personas serias y razonables que somos los adultos, para los cuales, muy a menudo, sólo nos queda el pobre consuelo de aquel: *total, soñar no cuesta nada.*

Si saben juzgar, hay que tener en cuenta que no raramente son más objetivos, criteriosos y equilibrados en sus juicios que lo que nosotros creemos; aunque nos cueste mucho reconocerlo y, sobre todo, aprovecharlo. Los que hemos tenido el privilegio de ser docentes, podemos dar fehaciente testimonio de esta realidad. Y en sus juicios, no es raro que vayan a lo esencial de las situaciones y de las personas, mientras nosotros, las personas grandes, nos quedamos muchas veces en lo secundario, en lo superficial, en lo que no hace a lo que es verdaderamente importante, y a menudo nos cuesta mucho reconocer que tendríamos que cambiar.

¡Cuántos padres, maestros, profesores y educadores en general deberíamos hacer un sincero examen de conciencia con respecto de estas realidades esenciales!

Nuestros niños y nuestros adolescentes y jóvenes —pese a las apariencias— se demuestran particularmente sensibles a las

muestras de *confianza*, de *tolerancia* y de *cercanía* que les pueden demostrar sus educadores. Igualmente, no rechazan, en la mayoría de los casos, una justa, dialogada y razonable puesta de límites. Pero, para ello y al mismo tiempo, necesitan *ver* en nosotros, los seres serios y razonables que somos las personas grandes, *ejemplos de vida* que puedan imitar y modelos en quienes puedan identificarse.

Lamentablemente, para las nuevas generaciones no resulta fácil encontrar en los adultos —docentes o no— quienes levanten las banderas de *lo esencial*, que les hagan vislumbrar un mundo más preocupado por las cosas que son verdaderamente importantes, y no ya —como en la actualidad sucede y de lo cual ellos son testigos y víctimas— por las cosas que, como decía el Principito, no son *serias*.

Todo ello nos lleva a concluir que la pretendida ingenuidad que atribuimos a nuestros niños y jóvenes, es, no raramente, exclusivo patrimonio nuestro, porque no sabemos *ver* más allá de lo que aparece, de lo que parece ser, de lo obvio, de la noticia, de la opinión pública, del chisme o de las circunstancias que nos presenta la vida y todo lo que la rodea como imagen sin sustancia o como ruido fútil y vacuo.

Pero, si fuéramos capaces de una saludable toma de distancia de todos los espejismos y de todos los condicionamientos exteriores e interiores que caracterizan a la especial tipología de las personas grandes, nos atreveríamos a reconocer, como el piloto:

> *Pero yo, desgraciadamente, no sé ver corderos a través de las cajas. Soy un poco como las personas grandes. Debo de haber envejecido* (cap. IV).

Ello, tal vez, nos ayudaría a comprender que *envejecer no es el resultado biológico del paso de los años sobre nuestro organismo, sino el no haber sabido reservarnos, aunque más no sea un pequeño rin-*

cón del corazón, para contemplar, admirar y cultivar las cosas simples, ingenuas y prosaicas..., como escribí en mi ensayo anterior.[21]

Pero envejecer es, sobre todo, haber renunciado a la irrepetible aventura de tratar de *ver* más allá de *lo visible*.



V. En el mágico reino del "asombro"

En una conferencia que di hace algunos años en mi ciudad natal, Mendoza, alguien me preguntó qué entendía yo por *asombro*.

Para responder, recurrí al significado etimológico del término. Dije que asombro viene de "*a*", partícula privativa latina que significa "*sin*", y de *sombra*.

Es decir, *asombro* quiere decir "*sin sombra*" y, como el término adquiere significado concreto en la conducta perceptiva, es decir, en el ejercicio de la visión, significa: percibir la realidad sin oscuridades, sin velos, o sea: ver claro, sin condicionamientos, sin prejuicios, a plena luz, limpia y transparentemente, como suelen ver los niños, y como quería Saint-Exupéry que las personas grandes, simbolizadas en su amigo Werth, leyesen su libro.

Por eso, solemos decir: *Esa persona tiene ojos de niño* para expresar el candoroso vigor que refleja su mirada. Es la misma energía que traslucían los ojos de Etio, el pastor, cuando dejaba vagar su mirada por el entorno amigo. Es la misma vitalidad feliz que reflejaba el *ver* de Saint-Exupéry cuando, desde su avión, se entregaba a la irresistible seducción del paisaje, como nos lo relata en *Tierra de hombres:*

> *Pero, más lejos, los volcanes más antiguos están ya revestidos con un césped dorado. A veces un árbol crece en las hondonadas como una flor en un viejo pote. Bajo una luz color de crepúsculo, la planicie se vuelve lujosa como un parque civilizado por la*

corta hierba y apenas se comba alrededor de sus gigantes gargantas.

Al leer este texto, es fácil darse cuenta de que el de nuestro escritor no era un asombro que sólo se sentía atrapado por el equilibrio, la armonía y la pródiga belleza de la creación, sino que era un asombro que enriquecía lo que percibía

En *Ciudadela* encontramos muchos ejemplos de este asombro enriquecedor, que es como el pincel del artista que encuentra en su paleta los mejores tonos y colores para recrear en la tela la expresividad estética que atesora la incomparable originalidad de la naturaleza. He aquí uno de ellos:

Pero no te asombras de que el agua que bebes ni el pan que comes se hagan luz de tus ojos. Ni cuando el sol se convierte en ramajes y fruto y grano.[22]

Desde Casablanca, en 1921, escribe a su madre una carta, en la que se lamenta, con cierto dejo de nostalgia por esa carrera de pintor que —como dice en *El Principito*— cuando era niño las personas grandes le hicieron abandonar:

¡Oh, si supiera pintar acuarelas, cuánto color, cuánto color! Es un espectáculo mágico para el que sabe mirar. Paseos interminables por las calles ricas, en el estrecho pasaje se abren...[23]

Obviamente, el significado etimológico de un término nunca agota su contenido sus notas o comprensión, como diría la más pura lógica escolástica.

En *El Principito*, el asombro es una forma especial de *ver* que supone una especial forma de *ser*. Y esta forma de ser supone, a su vez, unos ojos interiores y exteriores que han aprendido a descubrir, más allá de la fachada de lo obvio y cotidiano, las cosas esenciales de la vida.

En una carta que Saint-Exupéry escribe a su madre, en 1921, encontramos un ejemplo conmovedor de lo que acabamos de decir. En esa tierna misiva, entre otras cosas, le dice:

> *Yo, cuando encuentro un arbusto, le arranco algunas hojas y las hundo en el bolsillo. Luego, en el dormitorio, las miro con amor, las doy vuelta con suavidad. Eso me hace bien.*[24]

Cuando leo cosas como estas, escritas por un muchacho de veintiún años, y que obviamente hoy suenan a muchos como cursilerí siento una profunda pena en el corazón.

La razón de ello es que no puedo evitar pensar en:

- ¡Cuánto ha perdido de hecho la juventud y la niñez de hoy de su capacidad de asombro por la naturaleza y la vida en todas sus formas!
- ¡Cuánto ha perdido la familia en su misión de estimular, alentar y desarrollar esos asombros!
- ¡Cuánto han perdido el verdadero progreso, la verdadera cultura y la verdadera educación, de sus sueños de ayer, en los que se vislumbraba un mundo lleno de asombros por todo lo bueno, lo bello y lo verdadero que tiene la vida!
- ¡Cuánto ha perdido la humanidad toda su capacidad de ver las cosas esenciales, en su improductivo cultivar los asombros triviales, efímeros y falazmente gratificantes de la cultura *light* posmodernista de nuestra época, con sus ráfagas de felicidades fugaces! Aprieta este botón y serás feliz, pregona al unísono el mundo cada vez más sofisticado de las máquinas electrónicas lúdicas.

Y pienso en los dormitorios de nuestros adolescentes, en cuyas paredes, junto a los ciertamente modernos y estilizados posters de ídolos, divos y divas del momento, raramente hay uno

de paisajes, de flores o de pájaros. Tampoco es fácil encontrar en sus mesitas de luz algún pequeño recipiente que sirva de improvisado florero para un ramillete de margaritas, un racimo de santa ritas o un puñado de violetas que les regaló el sol de la mañana y que sirvan como colorido homenaje a la foto del abuelo, o simplemente como privado rinconcito de naturaleza.

Épocas son épocas, diría algún improvisado filósofo de la calle *y no se puede volver hacia atrás.*

A lo que yo agregaría:

Todo lo que se quiera, pero sin sostener ingenuamente que to- do tiempo pasado fue mejor, ¿a qué se debe, entonces, que siempre nos conmovemos cuando alguien nos regala una flor, una planta o una pequeña piedra que un querido amigo nos trajo como recuerdo de su viaje a Europa y que él mismo recogió de un pueblito lleno de historias; o cuando, al desayunar en familia, nos encontramos con la gratísima sorpresa de que nuestra hija adolescente, entre las tazas y recipientes prolijamente distribuidos sobre la mesa, ha colocado algunos jazmines que ella misma escogió en el jardín del fondo de casa, porque se cumple un nuevo aniversario del matrimonio de sus padres?

Épocas son épocas. No hay duda, pero, ¿por qué será, entonces, que volvemos a vivir y a sentir que nuestra alma se llena de encuentros y reencuentros y se eleva por encima del estilo de vida agitada en que estamos inmersos, cuando un día cualquiera en un momento cualquiera, nuestra esposa o nuestro marido, sin la formalidad de los aniversarios, ni del *hoy es el día de...,* nos mira a los ojos con el mismo brillo que tenían cuando éramos novios y nos obsequia un simple: *Te quiero...,* como en una película de los años 50?

Épocas son épocas. Nadie lo discute. Pero, ¿a qué obedece el hecho de que muchas chicas —que ciertamente no son perfectas ni mucho menos—, consultadas acerca de cómo ven a los

chicos de hoy, afirman casi por unanimidad y entre otras cosas, que son *poco románticos*, con un dejo de nostalgia por un tiempo que ciertamente ellas no vivieron sino en su imaginación, pero que palpita en sus corazones como un ideal que valdría la pena vivir?

Épocas son épocas. Claro. Pero, ¿a qué se debe, entonces que un número cada vez más significativo de jóvenes ha empezado a elegir, como opción no rutinaria, las emociones del montañismo, de la vida al aire libre, del campamentismo, del enrolarse en campañas ecologistas, del participar en instituciones voluntaristas de solidaridad con los pobres, los enfermos y los más necesitados; del inscribirse en talleres literarios en donde aprenden entusiastamente a escribir poesía y narrativa; de ingresar en escuelas y facultades cuyas profesiones tienen mucho que ver con la vida al aire libre, la naturaleza, el arte, la artesanía, y menos con los números, las fórmulas y los fríos esquemas técnicos y científicos?

Pero cabe preguntarnos aun: ¿en qué no se puede volver hacia atrás?

Ciertamente no en el progreso industrial, ni en muchas otras cosas que hacen a las *formas* concretas en que la sociedad va desarrollándose en las múltiples ramas del crecimiento. Pero no sólo no se puede volver hacia atrás, sino que ni siquiera hace falta.

No se trata de volver, sino más allá del tiempo, del espacio y de los circunstanciales y pasajeros estilos de vida de las distintas épocas, se trata de hacer evolucionar y consolidar la dignidad del hombre y su armónica y siempre actual necesidad de insertarse constructiva y creadoramente en la armonía universal de la Creación.

El asombro que late en cada página de *El Principito,* supone una mirada que unifica la visión exterior y la interior, en una síntesis perceptiva que sabe *ver* más allá de lo que aparece como obvio.

Esa clase de asombro se puede sentir, por ejemplo, en un estadio cuyas gradas están colmadas de miles de jóvenes que corean al unísono aquello de: ...*tratar de estar mejor*..., de una canción moderna de nuestro *rock*.

Y todos a una, elevan sus manos abiertas hacia lo alto, meciéndolas cadenciosamente al son de la música, como sensores vivos que tratan de captar en las alturas una energía que no han podido encontrar en las pobres frecuencias del llano.

En esa imagen —emocionante por cierto—, que para muchas personas grandes seguramente no representa nada más que una masa de jóvenes que siguen al ídolo musical del momento, me parece más bien descubrir un símbolo: algo así como una especie de revancha generacional de los chicos, por los asombros gastados ante los espejismos que les proyectó y les sigue proyectando la generación adulta, en la pantalla de un horizonte humano sin ideales, sin ilusiones, sin proyectos de vida y sin amor.

Para *El Principito*, el asombro es, en definitiva, un *ver bien* porque implica vivir lo que se es, querer lo que se hace y disfrutar lo que se tiene, como vivía quería y disfrutaba Etio su mundo de verde infinito, de soledades que no conocen la polución ni el desenfreno y de cumbres en las que juega y se regocija de plenitud, la paz soberana y el silencio majestuoso.

En *El Principito* y en todos los libros de nuestro genial escritor, en distinta medida, el ver del asombro retroalimenta los ojos interiores del pensamiento reflexivo, de la imaginación creadora y de las emociones y sentimientos que elevan el espíritu y hacen la vida digna de ser vivida. Por eso, en ese libro, un simple dar de beber a un niño sediento o un recuerdo de infancia pueden desplegar un mundo inédito de imágenes que se enriquecen mutuamente con poesía y emocionalidad:

> *Levanté el balde hasta sus labios. Bebió con los ojos cerrados. Todo era como una fiesta. El agua no era*

un alimento. Había nacido de la marcha bajo las estrellas, del canto de la roldana, del esfuerzo de mis brazos. Era buena para el corazón, como un regalo (cap. XXV).

Luego de haber leído con cierto detenimiento este trozo, ¿quién puede dudar de que, detrás de estas figuras literarias que se *ven*, hay todo un mundo de asombros que podrían permanecer invisibles, si nos introdujéramos en él sin paz y sin sosiego interiores?

Y, si por ahora no nos sentimos preparados ni entrenados a *ver* desde la dimensión perceptiva que nos propone Saint-Exupéry, podríamos recurrir, al menos, a aquello de que *hay que cerrar los ojos para empezar a ver*, de una hermosa canción infantil. Como el pequeño Príncipe, que *bebió con los ojos cerrados*, como quien aprisiona entre sus párpados para no dejarlo escapar, un momento de dicha que rescató de algún arrinconado enjambre de recuerdos.

Es probable que, sumergidos en el reino de las sombras de esa ceguera momentánea y voluntaria, podamos tal vez vislumbrar y encontrar los *tesoros escondidos* que siempre y por doquier suele descubrir el ojo atento del asombro.

De esta manera, al releer ese trozo de *El Principito*, quizás nos encontremos con un *agua* que no sólo sirve para calmar la sed física, sino para nutrir los fecundos tiempos de la contemplación; para escuchar, lejos de los condicionamientos y las alienaciones de la cultura posmoderna, los sonidos de la vida y para reencontrarnos con la propia vitalidad de ser.

Y, como esa *agua*, a su vez, era hija de una constelación de imágenes afectivas, hermana de la música y compañera de lo simplemente humano, no sólo gratificaba la necesidad orgánica, sino que era *buena* para nutrir el ancho mundo de la gratuidad.

En *Ciudadela*, nuestro escritor describe magistralmente ese planeta de realidades, que está muy lejos del consumo, los números y la problemática cotidiana:

> *Y el hombre, ciertamente, tiene necesidad de muros para enterrarse y transformarse como la simiente. Pero también tiene necesidad de la gran Vía Láctea y de la vastedad del mar.*
>
> . . . .
>
> *Y conozco algunos que larga y duramente han escalado la montaña, desollándose las rodillas y las manos, desgastándose en la ascensión para ganar la cima antes del alba, y abrevar en la profundidad de la llanura, todavía azul, como se busca el agua de un lago para beber. Y se sientan y miran, una vez allí, y respiran. Y el corazón les late jubilosamente y hallan un remedio soberano para sus desganos.*[25]

Pero, ¿qué asombro hay más feliz y fascinante que el de lo viviente frente a la vida?

Alguna vez, quizás, hemos podido ser testigos presenciales de este hecho cuando, por ejemplo, descubrimos en nuestro jardín que una nueva rosa ha despertado una mañana de su corto letargo en el regazo del capullo y contempla extática ese cielo y ese sol que le otorgan vegetal identidad de vida y color.

Son los asombros del niño, frente al amor de sus padres; los del alumno, frente al generoso dar y darse de su profesor; los de ese chico o esa chica, frente al primer amor adolescente; los del alma frente a su Dios...

En verdad, para nuestros niños y jóvenes en general, estas expresiones podrían sonar como de otro planeta, un planeta de cosas irreales, imaginarias y fantasiosas.

Pero, precisamente podríamos preguntarnos: *¿qué sentido de lo real* pueden tener nuestros niños y adolescentes de hoy, cuando les toca vivir en una época en que pareciera que los sustitutos de la realidad —o simuladores de la realidad, como se los llama ahora— están avanzando cada vez más sobre la realidad auténtica?

Entre esas novedades, se encuentra la realidad virtual, que se define como la *simple simulación de la realidad* obtenida por medios electrónicos y tecnología informática.

Si el mismo concepto de simulación electrónica de la realidad nos hace poner los pelos de punta —como se dice comúnmente— con su simple enunciación, ¡cuánto más preocupante aun nos podrá resultar lo que manifiestan los especialistas respecto de los riesgos que la realidad virtual conlleva!

> *Los riesgos que conlleva una eventual confusión entre la realidad y lo virtual, es un temor compartido por todos los especialistas, que se interrogan sobre lo que pasará con todos los "enganchados" de la simulación que se desconectan de la realidad y a quienes luego les costará mucho volver a poner los pies sobre la tierra. Los psicólogos evocan ya una nueva patología llamada teleneurosis.*[26]

Ante estas consideraciones de personas que, por su profesión, están en condiciones de ver con sentido prospectivo la influencia nociva que podrán tener esta clase de chiches tecnológicos de última generación, cabe preguntarnos:

¿En qué momento de los adelantos tecnológico-informáticos vamos a detenernos, por lo menos para evaluar seriamente los peligros específicos o concomitantes a que pueden conducir?

¿Cuándo sabremos que habremos traspasado los límites entre lo normal y lo anormal?

En ese momento, ¿estaremos en condiciones de dar un paso hacia atrás o ya será demasiado tarde?

Por otro lado y refiriéndonos a algo más cotidiano, pero no menos alarmante, en nuestros propios hogares sucede que el televisor encendido tenga más espacio y vigencia que la *comunicación*, la *atención al otro* y el *espíritu de familia*. La televisión ha logrado hacer del círculo familiar un semicírculo y de la presencia y el diálogo hogareño algo pasado de moda o aburrido.

Es sabido que el estímulo audiovisual televisivo —no obstante sus innegables prerrogativas en el terreno de la comunicación audiovisual— puede influir negativamente en la misma base del proceso perceptivo, haciendo que nuestros chicos tiendan a huir de la *realidad normal cotidiana*, la rechacen en sus límites y dimensiones o por lo menos demuestren indiferencia y apatía ante ella y, además, imiten conductas, adopten formas de lenguaje e internalicen mensajes que aparecen a diario en la pantalla chica, no precisamente apropiados. O, peor aun, estructuren su jerarquía de valores, sus actitudes y motivaciones, sus proyectos de vida y sus formas de *ver* la realidad, en base al producto creativamente pobre y estereotipado, irreal e insano que desde allí se les suele ofrecer, como por ejemplo sucede, en general, con las telenovelas nacionales e importadas.

Habría que preguntarse qué imagen de *convivencia pacífica y solidaria* pueden tener hoy nuestros chicos y chicas, a quienes les toca vivir en una época en que la *cultura de la muerte y de la violencia* resulta un común denominador de lo cotidiano.

Pero son mucho más graves las consecuencias de la cultura de la muerte y de la violencia, si se consideran los mensajes subyacentes —es decir, aquellos que son invisibles a los ojos— que transmiten el cine y la televisión con esa clase de proyecciones, ya que suponen lo que podría denominarse una verdadera *moral de la fuerza*.

Y esa moral tiene sus postulados. No son explícitos ni declarados, por supuesto, pero resultan de hecho fácticamente asumidos en alarmante proporción por los jóvenes, los adolescentes y hasta los niños.

Podríamos sintetizar esos postulados subliminales, en los cuatro siguientes:

- El único poder válido es el de la fuerza.
- Héroe es quien tiene mayor poder destructivo.
- No hay nada más emocionante que agredir, destruir y matar.
- El otro es potencialmente mi enemigo.

No se necesita ser profesional de la psicología para captar en estos postulados, síntomas de lo que constituye una *paranoia audiovisualmente inducida.*

Por otra parte y situados en otro sector y nivel de la realidad, ¿no son estos mismos postulados los que están sobre la base de lo que universalmente se denomina armamentismo?

Desgraciadamente, la eficacia que los medios audiovisuales tienen para enseñar la moral de la fuerza y la cultura de la violencia es fácilmente comprobable en las crónicas policiales que el periodismo difunde a diario, y que a menudo involucran a niños y jóvenes.

Resulta alarmante en ellas ver que los mismos pequeños delincuentes que perpetraron ese asalto, que cometieron ese crimen aberrante o protagonizaron esa desalmada agresión física, suelen confesar que lo hicieron de la misma manera que mostró tal película, para no fallar en el intento o para sentir las mismas emociones que experimentaba el protagonista.

Afortunadamente, hay un sector importante de la niñez y juventud que, gracias al *sentido de realidad* y *de convivencia*, que le han transmitido y transmiten —entre otros— padres, maestros, educadores y comunicadores sociales sensatos y absolutamente com-

prometidos con el modelo de hombre civilizado, ha aprendido a vivir con los pies sobre la tierra y con la cabeza sobre el cuello.

Esta reconfortante realidad nos alienta a pensar que: pese a todo, todavía hay energías cotidianas positivas en qué creer y entre ellas, el *sentido común* de mucha gente de todas las edades, de todas las profesiones y de todos los niveles sociales, ocupa un lugar de privilegio.

Muy a menudo nos quejamos de que nuestros adolescentes y jóvenes son violentos, desfachatados, trasgresores, hipererotizados, rebeldes, asociales y con muchas deficiencias conductuales más. En general, no nos equivocamos en nuestra apreciación. Pero, si nos atreviéramos a preguntarnos a cerca del porqué de esta triste y cada vez más endémica realidad, tendríamos que golpearnos el pecho nosotros, los adultos, supuestamente serios y razonables —como dice *El Principito*— y reconocer con franqueza:

> *Porque nosotros mismos hemos hecho así, en gran medida, a la generación que nos sigue y porque, además, hacemos muy poco y nada para revertir esta situación.*

Es tan pobre y mezquino nuestro asombro, nuestro interés y nuestro tratar de *ver lo esencial* respecto de la influencia que una generación ejerce sobre otra, que mereceríamos el reproche lapidario del autor de *El Principito*:

> *¡Y ninguna persona grande comprenderá jamás que tenga tanta importancia!* (cap. XXVII).

Sin embargo, somos las personas grandes —y no los jóvenes ni los adolescentes y mucho menos, los niños— quienes, de hecho y pese a muy pocas excepciones, ejercemos el control y establecemos las pautas con que se movilizan los menesteres sociales más notorios, tales como el poder político, la justicia, la ley,

la educación, la familia, la cultura, el periodismo, las comunicaciones, la ciencia, la técnica, la moda, los espectáculos, la televisión, la diversión, la opinión pública y el comercio en todas sus manifestaciones lícitas e ilícitas.

De aquí nuestra insoslayable responsabilidad generacional respecto de lo que transmitimos como valores o disvalores, conscientemente o no, a la generación que nos sigue, porque:

- si le transmitimos agresión y violencia, tendremos una generación de seres descontrolados y sin capacidad de respeto por los demás ni por sí mismos;
- si le transmitimos facilismo, tendremos una generación superficial, lábil e irresponsable;
- si le transmitimos lascivia, pornografía e hipererotismo, tendremos una generación de descontrolados sexuales o en la que los instintos prevalecerán sobre el amor, los sentimientos, la comunicación heterosexual y la ternura;
- si le transmitimos degradación de la dignidad humana, en cualesquiera de sus manifestaciones, tendremos una generación de seres para quienes la ética es una ilusión y el hombre un número, una abstracción o una marioneta.

Entre esos menesteres que manejan las personas grandes, un comentario aparte merece la *publicidad* principalmente televisiva, ciertamente artística y con mensajes positivos en muchos casos, pero que en una importante proporción de ellos, no escatima en caer en excesos que trasgreden, no sólo la ética y la estética, sino lo que constituye una elemental exigencia de buen gusto.

En efecto, en alguna de sus manifestaciones, la publicidad cumple un triste papel condicionante de muchas conductas sobre todo juveniles, hacia terrenos decididamente enfermizos, algunos de los cuales tienen consecuencias graves para su integridad física y no pocas veces conducen a serios riesgos de vida.

Piénsese en la influencia malsana que ejercen, en esas tiernas e hiperreceptivas mentes, los tan frecuentes mensajes publicitarios respecto —por ejemplo— de la figura que hay que tener o conservar para tener éxito en sociedad o ante el sexo opuesto, y toda una secuencia interminable de mensajes sobre comidas, bebidas, dietas que, naturalmente, el joven —y sobre todo la joven— toman al pie de la letra. ¿No hemos llegado así a instalar, entre otras, *la idolatría de la estética del cuerpo* como una pauta cultural?

Por eso, quizás no haya que buscar tanto y solamente en el consultorio psicológico o del médico la solución de los ya masivos y ciertamente preocupantes casos de anorexia, bulimia y depresión que sufren muchos de nuestros adolescentes y jóvenes, sino en el control autorizado que deberá ejercerse sobre esa publicidad. No debemos olvidarnos que la publicidad no está hecha para educar —como escuchaba decir al profesor Barilko hace un par de días— sino para vender. Y, si la publicidad es algo que se vende y, por lo tanto, que se consume, ¿no vale también en este caso la vigencia de los derechos del consumidor? Sin embargo, cabe preguntarse: ¿hay alguien que defienda esos derechos? ¿Las autoridades? ¿Los medios de comunicación? ¿La propia comunidad debidamente concientizada?

Estos interrogantes son fruto de un hecho comunicacional concreto: las imágenes y mensajes televisivos —incluidos los de la publicidad— están casi siempre apoyados por una metralla implacable de estímulos que impiden o dificultan en la joven generación el poder discernir, optar y sobre todo evaluar la diferencia y los límites que existen entre lo ético y lo antiético, entre lo conveniente y lo inconveniente, entre lo saludable y lo perjudicial, entre lo artístico y lo estéticamente de bajo nivel, entre el sano humor, comicidad y buenas ondas y lo que muy a menudo, lamentablemente, no es otra cosa que ironía, burla y golpes bajos.

No resulta superfluo, en este punto, recalcar que no puede haber buen humor, diversión y buenas ondas, cuando los mismos se basan en ridiculizar y denigrar públicamente a las personas, en invadir con sorna y malicia su intimidad y en degradar su fama. O, peor aun, cuando, directa o indirectamente se promueve y difunde la trasgresión lisa y llana, como vemos a menudo en la televisión y en muchos espectáculos supuestamente artísticos. Hay ciertamente muchas formas de hacer reír, de divertir y de estimular las buenas ondas sin necesidad de poner en escena la grosería, la chabacanería y la vulgaridad e indecencia en el lenguaje, sin zafarse en los gestos, en el diálogo subido de tono, en la expresión soez y sin necesidad de apelar al sarcasmo y la ironía que denigran a los demás o, por lo menos, hieren y mortifican su susceptibilidad.

Respecto de esta última afirmación, nunca se insistirá demasiado en que se puede ser cómico y humorista sin necesidad de distorsionar y ridiculizar el sentido de muchas realidades humanas que por su propia naturaleza se rebelan a perder su identidad de ser esencialmente cosas serias, tales como la vida privada, la fama, el sexo, el amor, el matrimonio, la religión, las anormalidades físicas y psíquicas, la raza, la nacionalidad, la buena fe de la gente y hasta el mismísimo Dios, entre otras.

Y esto no sólo es válido para los espectáculos en general, sino que es perfectamente aplicable a lo cotidiano, en donde ocupa un lugar preponderante la vida de familia. No raramente ocurre que en el propio hogar se festejan y aplauden los chistes subidos de tono o de doble sentido que el nene o la nena cuentan, para alegrar las reuniones. ¿Qué estima y respeto por las cosas serias de la vida se les puede pedir el día de mañana a quienes tan tempranamente han aprendido a despreciarlas, con la aprobación y el beneplácito familiar?

De todos modos, es en ciertas manifestaciones pseudoartísticas en donde con mayor frecuencia e inescrupulosidad se apela

a la trasgresión. Obviamente, resulta mucho más fácil y cómodo para esos artistas recurrir al lugar común del zafarse, que apelar a un humor sano y creativo, que implica hasta un cierto toque de distinción en el saber encontrar con originalidad el lado risueño de las cosas, como vemos en quienes hacen reír sin ofender, degradar ni trasgredir.

Por otro lado, y desde el punto de vista psicológico, hay que tener en cuenta que, lejos de demostrar una supuesta libertad interior, como siempre afirman sus promotores teóricos y prácticos, la trasgresión como instrumento de comicidad, profesional o no, supone subjetivamente en sus protagonistas una falta de control, de sentido ético y de un elemental reconocimiento de los límites que tiene toda conducta humana que merezca el apelativo de *normal*.

Pese a lo que se empeñan en sostener sus detractores teóricos y prácticos, el buen gusto, las buenas maneras y todo lo que nuestras abuelas llamaban buena educación, nunca pasan de moda, nunca envejecen, nunca están fuera de época, como nunca pasan de moda, nunca envejecen y nunca están fuera de época el respeto mutuo, la consideración y estima por el prójimo, el lenguaje apropiado, la delicadeza en el trato y todo lo comunitariamente saludable que deriva del buen comportamiento, de una serena y constructiva interacción social, de una equilibrada autoestima y de una cada vez más reconocida dignidad de la persona.

La trasgresión implica, además, una necesidad compulsiva de llamar la atención a toda costa y un obnubilante depender de la frivolidad y ligereza que caracteriza a las modas antisociales. Y la trasgresión como moda, como algo que no puede faltar en ciertos espectáculos y en muchas manifestaciones de la vida cotidiana, para hacerlos supuestamente alegres y divertidos, conlleva el peligro de relativizar valores humanos esenciales, como los que más arriba hemos considerado.

Pero, en la actualidad, la *trasgresión como moda* está dando lugar a la *trasgresión como avance tecnológico*. Hoy asistimos impávidos —y hasta impotentes, en algunos casos— sobre todo los que somos padres y madres de familia, a la posibilidad de que las veinticuatro horas del día, nuestros hijos tengan a su entera disposición —además de otras cosas no menos degradantes— con sólo marcar un número telefónico, el humor trasgresor en su propio hogar.

Por otro lado, resulta oportuno destacar que el humor, el chiste y todo lo que pertenece al mundo de lo cómico a menudo no se adoptan como una sana manera de poner de relieve el lado jocoso de la realidad —que, afortunadamente, existe— sino, por el contrario, se instrumenta como un sutil recurso para no tener que reconocer ni hacerse cargo de su lado *serio* y *esencial*. Sabido es que, por ejemplo, en una conversación, en un cambio serio de opiniones o frente a quien está diciendo un discurso no hay mejor arma para desarmar su argumentación, por fundamentada y lógica que fuere, que la salida chistosa y sorpresiva de alguien que está escuchando. Es lo que un muy querido profesor de filosofía llamaba: *el temible poder de la ridiculización*.

Luego de este intento de análisis crítico, volvamos a nuestro escritor, para seguir regocijándonos con la inagotable riqueza de sus *asombros*.

En *Tierra de hombres*, encontramos claras expresiones de esta actitud perceptiva que se prolonga y enriquece en *El Principito*:

> *Agua: no tienes gusto, ni color, ni aroma; no se te puede definir, se te gusta sin conocerte. No eres necesaria para la vida: eres la vida misma. Nos penetras de un placer que no se explica por los sentidos... Por tu gracia, se abren en nosotros todas las fuentes secas de nuestro corazón... No*

aceptas mezclas, no soportas alteración, eres una espantadiza divinidad.[27]

Este texto —como tantos otros de Saint-Exupéry— implica asombro, pero además implica poesía.

¿No son los poetas, acaso, quienes desde un ver bien a través del asombro descubren y realzan como figura las realidades que, para el discurrir cotidiano de las horas todas iguales, son solamente fondo? ¿Y no es acaso la poesía ese cielo de niñez espiritual, en el que, junto a una fecunda atmósfera de creatividad emotiva, se regocija de infinito la belleza del saber decir?

Pero la poesía no es solamente cuestión de belleza en el saber decir: hay quien ha asimilado la palabra del poeta a la del santo, en función del perfeccionamiento de la condición humana. Héctor Mandrioni, en su libro ya citado, nos dice muy significativamente:

Si la palabra del poeta y la palabra del santo prosperaran, la humanidad comenzaría a entrar en la senda de la comprensión de lo gratuito y del sentido del servicio. Ambas palabras abren espacios celebratorios y despiertan ritmos sacrales, cada una a su modo. El hombre que entra en ellos se despoja de la voluntad de dominio y aprende a mirar su poder con otros ojos: no los del dominio, sino los del servicio.[28]

En 1921, desde Casablanca, Saint-Exupéry escribe una extensa carta a su madre. En esa tierna misiva, el asombro fluye con la misma emoción que sentía san Francisco ante la más simple de las criaturas:

Mamita, siéntese usted bajo un manzano en flor... Y mire por mí, atentamente a su alrededor. Debe

estar verde y encantador, debe haber hierba.
Me falta el verde. El verde es un alimento, moral,
el verde conserva la suavidad de las maneras y
la quietud del alma.[29]

En *El Principito* fluye por doquier el asombro, página tras página, frente a las cosas más pequeñas e insignificantes como fluye de un manantial la cristalina emoción del agua: *una flor a la vera del camino, adornada con una sola hilera de pétalos*; las *semillas invisibles*, que *duermen en el secreto de la tierra*..., o una trémula y cálida lágrima sobre el rostro de un niño. Hasta las realidades más sublimes y a la vez, más sencillas: desde el saber aspirar el aroma de las flores y desde un poder transformar los *campos de trigo*, que no recuerdan a nada, en un: *Y amaré el ruido del viento en el trigo*, hasta el comprender *que el tiempo que perdiste por tu rosa hace que tu rosa sea tan importante*, o aquel: *lo que veo aquí es sólo corteza; lo más importante es invisible.*

Ese asombro, que en su hijo literario predilecto, Saint-Exupéry nos regala en cada una de sus páginas, en la última de ellas es una invitación a contemplar lo que yo llamo: el último paisaje.

Este es para mí el más bello y triste paisaje del mundo. Es el mismo paisaje de la página precedente, pero lo he dibujado una vez más para mostrárnoslo bien. Aquí fue donde el Principito apareció en la Tierra y luego desapareció. Mirad atentamente este paisaje, a fin de estar seguros de que habréis de reconocerlo (epílogo).

Se trata de un dibujo simple y elemental: dos segmentos oblicuamente trazados sobre el horizonte, como una mira proyectada hacia el infinito. Encima de ellos, una estrella solitaria, ex-

pectante testigo de unos tenues pasos sobre la arena, ya borrados por la mano de la brisa crepuscular. Y el encanto invisible de un pequeño príncipe, que no pudo vencer su nostalgia por una rosa indefensa, que espera en un lejano y diminuto asteroide un amanecer de asombros, ante el eterno rito cósmico de la luz...



VI. "Saber esperar" para "saber ver"

En el planeta del Principito no había abundancia, pero tampoco escasez, excepto de espacio. Pero, para él esto era en realidad una ventaja:

> *Sobre tu pequeño planeta te bastaba mover tu silla algunos pasos. Y contemplabas el crepúsculo cada vez que lo querías.*
> *Un día vi ponerse el sol cuarenta y tres veces*
> (cap. VI).

Como consecuencia de esto el Principito no sentía en absoluto la dependencia del tiempo. No sabía lo que significaba *esperar*. Por eso, al invitar al piloto:

—*Vamos a ver una puesta de sol,*

y al responderle aquel:

—*Pero, tenemos que esperar,*

el Principito pregunta, entre molesto y perplejo:

—*¿Esperar qué?*

Más sorprendido aun se queda, cuando el Piloto le dice:

—*Esperar a que el sol se ponga.*

El niño reflexiona. El piloto lo vuelve a la realidad:

—*Al principio pareciste muy sorprendido. Luego te reíste de ti mismo y me dijiste:*

—*¡Me creo siempre en mi casa!* (cap. VI).

Es como si el pequeño hubiera dicho:

¡Qué torpe soy! No me había dado cuenta de que estoy en otro planeta, en donde todos esperan y todo espera.

De esta manera, el Principito empezó a comprender lo que significaba el tiempo en este extraño planeta Tierra, donde todo tiene —o debería tener— su turno.

Primero era el turno de los faroleros de Nueva Zelandia y de Australia. Una vez alumbradas sus lamparillas, se iban a dormir. Entonces entraban en el turno los faroleros de China y de Siberia (cap. XVI).

Y así aprendió a esperar, no sin esfuerzo. *Saber esperar* es algo esencial en nuestra vida de pasajeros circunstanciales y renovables de esta gran nave espacial que se llama Tierra. Sin embargo, saber esperar no es precisamente uno de los hábitos o estilos conductuales que el Principito pudo percibir en los seres que la habitan.

No le fue difícil comprobar al simpático y tierno personaje que allí se vive corriendo y "apretando continuamente el acelerador". Todo llega, pasa y se va velozmente: desde los vehículos, en la locura desenfrenada del tránsito, hasta la noticia, en la vorágine informativa; desde el oleaje humano de los subterráneos de las grandes ciudades, hasta la mezquina y espantadiza imagen de los videoclips, sobre la pantalla chica.

El Principito se dio cuenta de que había llegado al planeta del vértigo y la velocidad. Así se lo manifestó al guardabarreras, en el jugoso diálogo que entabló con él:

Y un rápido iluminado, rugiendo como el trueno, hizo temblar la cabina de las barreras.

—Llevan mucha prisa —dijo el Principito—. ¿Qué buscan?
—Hasta el hombre de la locomotora lo ignora —dijo el guardabarreras.
Y un segundo rápido iluminado rugió, en sentido inverso.
—¿Vuelven ya? —preguntó el Principito.
—No son los mismos —dijo el guardabarreras—. Es un cambio.
¿No estaban contentos donde estaban?
—Nadie está contento donde está —dijo el guardabarreras.
Y rugió el trueno de un tercer rápido (cap. XXII).

La opción por la velocidad es una especie de pauta cultural. Todos se apuran, todos continuamente miran ansiosamente el reloj, que se ha convertido en un pequeño y portable tirano electrónico. Por eso, todo es fugaz, instantáneo; nada es permanente o estable, nada queda. No hay memoria, ni pasado, ni recuerdo. *No hay nada más viejo que el diario de ayer...*

Pero la velocidad es también un signo de los tiempos. En la actualidad los cambios en todo sentido son mucho más veloces que en épocas pasadas. La ciencia y la tecnología avanzan en progresión geométrica con las consiguientes e innegables ventajas para un progreso acelerado en todos los órdenes del bienestar y la calidad de vida. Sin embargo, esa misma velocidad en los progresos y en los cambios, tiene sus lados críticos. Hace poco un amigo me decía:

—Hoy comprás esta computadora, pero debés saber que mañana ya estará vieja y que su precio habrá bajado considerablemente.

Las generaciones ya no distan una de otra veinte o veinticinco años, como en otras épocas. En la actualidad, el lapso de tres, cuatro o cinco años que separa en edad, por ejemplo, a dos hermanos, marca significativas diferencias entre lo que "ha visto" el que tiene 18 años y lo que ya empieza a ver el que acaba de cumplir 15.

Sin embargo, y pese a la abofeteante realidad de que todo envejece mucho más rápido que antes y, sobre todo, de que uno envejece, nadie quiere perder la supuesta batalla contra el tiempo. Y allí está el *lifting*, las siliconas y sus mágicos poderes con los que se pretende preservar una juventud eterna, invadiendo el mundo publicitariamente condicionado del sentirse bien, desde una renovada percepción de la propia imagen.

¡Como si la figura fuese lo esencial! ¡Como si la súbita y artificial desaparición de las arrugas exteriores pudiese reemplazar la necesidad de crecimiento y madurez interiores, que nos permitan asumir serenamente el inevitable curso de la temporalidad sobre nuestra realidad personal!

Bien nos alecciona al respecto Saint-Exupéry en *Ciudadela*:

> *El tiempo no es un reloj que consume su arena, sino un cosechador que ata su gavilla.*[30]

Para que no nos quedemos en la simple gratificación estética que nos pueda producir esta bella metáfora, en otro párrafo de la misma obra, nuestro escritor nos aclara:

> *Pues bueno es que el tiempo no nos dé la sensación de gastarnos y perdernos, como al puñado de arena, sino de realizarnos. Bueno es que el tiempo sea una construcción. Así, voy de fiesta en fiesta y de aniversario en aniversario, de vendimia en vendimia, como iba cuando niño de la sala del consejo a la sala del reposo en la anchura del*

palacio de mi padre, donde todos los pasos tenían un sentido.[31]

Y allí está también la tan universalizada promoción del sentirse eternamente joven, sin que se tenga en cuenta que la juventud no es una cuestión de estados de ánimo, sino de *estados del alma*.

Más allá de este bosquejo de reflexión existencial, lo cierto es que la velocidad se ha convertido en casi todos los órdenes de lo cotidiano, en una extraña condición de supuesta eficiencia, de poder y de estratégica preeminencia. Así, generalmente no gana el mejor, el más apto, el más preparado, el más maduro, sino *el que llega primero*. De la misma manera, no tiene más valor lo que está bien hecho, sino lo que se hizo más rápido. *Lo urgente* tiene prioridad sobre *lo importante*, como dice Saint-Exupéry en *Ciudadela*.

Siempre he sabido distinguir lo importante de lo urgente. Porque, por cierto, es urgente que el hombre coma, porque si no se nutre no es hombre y no se plantea ningún problema. Pero el amor y el sentido de la vida y el gusto de Dios son más importantes. Es urgente que una escalera permita el acceso al templo, si no, permanecerá casi desierto. Pero solamente el templo es importante. Es urgente que el hombre subsista y halle a su alrededor los medios para crecer. Pero esto es sólo la escalera que conduce al hombre. Así, pues, yo os condeno, no por favorecer lo cotidiano, sino por tomarlo como fin.[32]

A propósito de este no saber esperar, recuerdo una anécdota personal que se ubica en épocas de mi niñez.

Debo haber tenido diez u once años.

En esa época, años 45 o 46, mi padre compró un lote en la zona norte de la sexta sección de mi ciudad, en la calle Exequiel Tabanera. En aquel entonces, naturalmente, había muy pocas casas construidas en lo que es hoy uno de los barrios más cotizados y hermosos de Mendoza.

En ése terreno mi buen padre —que Dios lo tenga en la gloria— había hecho una hermosa huerta, en la que, entre otras verduras, había plantado dos hileras de ajos.

Pasaron varios días y el brote de los ajos no asomaba. Eso me ponía muy nervioso e impaciente. No podía soportar la espera.

Por eso, una tarde en horas de la siesta, para que mi padre no se enterara, corrí ansiosamente hasta la huerta que distaba unas pocas cuadras del Barrio Cano, en donde yo vivía. Por supuesto, llegué exhausto, pero feliz de lo que estaba por hacer.

Para darle la sorpresa a mi progenitor de que los ajos ya estaban brotando, pero más para satisfacer mi inquietud, no bien llegué a la pequeña quinta me puse sin más a escarbar la tierra que los cubría, de manera que unos dos o tres centímetros del brote quedaran al descubierto. En pocos minutos, mi genial obra estaba terminada. Los dos surcos mostraban una larga fila de escuálidas lengüitas vegetales que quedaron perfectamente visibles, pero también a merced de las temibles heladas.

Yo me sentí realizado y volví a mi casa contento de haberle ganado una importante partida al tiempo.

Al día siguiente, por la mañana bien temprano y como era sábado, acompañé a mi buen padre para ayudarlo a regar la huerta.

No bien entramos en nuestra propiedad noté cómo el rostro de mi progenitor se ponía rojo, verde y de todos colores, cuando vio el espectáculo de las dos hileras de ajos, milagrosa y repentinamente brotadas.

Luego de un corto, lacónico y fulminante: "¿Vos hiciste esto?" y de mi aterrorizado y temblequeante: "Sí..., papá...", se vino la tormenta.

Prefiero dejar al lector imaginar con qué retahíla de epítetos —irreproducibles aquí, naturalmente— mi padre me hizo bajar bruscamente a la realidad y me puso al instante a cubrir uno por uno esos nada agradecidos brotes a los que yo hubiera hecho aparecer a la luz antes de tiempo. Este *no saber esperar* implica no sólo forzar los procesos que necesaria y providencialmente se dan siempre en la cósmica dimensión de la temporalidad —como en el caso de mi travesura de infancia—, sino, y lo que es más grave aun, no saber proyectar, planificar, prever y evaluar medios y cursos de acción, respetando procesos y etapas.

Lamentablemente, el resultado lógico y concreto de este *no saber esperar* el curso del tiempo es la necesidad de improvisar, de hacerlo todo a la ligera y a último momento.

Pero, precisamente, porque no se sabe esperar, porque se improvisa y se hace casi todo a la ligera, es muy común que se hagan las cosas mal, a medias y para salir del paso, como lamentablemente solemos hacerlas por estos lares.

Teniendo en cuenta esta reflexión y lo que hemos leído en el capítulo anterior, podríamos concluir que nuestro *no saber esperar* es una pauta de conducta que habría que agregar a la larga serie de manifestaciones de una cultura en que *lo serio* —como veremos más adelante— brilla en importante medida por su ausencia.

Es sabido que a los argentinos se nos suele catalogar en el exterior como buenos improvisadores. Y nosotros nos vanagloriamos de lo que consideramos una valiosa prerrogativa de nuestra idiosincrasia. Personalmente, me sentiría mucho más gratificado si se nos estimara porque somos buenos planificadores.

En efecto, saber improvisar, que naturalmente es útil en algunas situaciones, conduce básicamente, entre otras ventajas, a *saber ganarle tiempo al tiempo*, pero no siempre esto es garantía de eficiencia, excelencia o éxito definitivo ni estable, ni mucho menos indicio de una previa y sólida contracción a la tarea.

La planificación —que en el fondo es saber esperar activa y organizadamente un resultado— implica ganarle a la necesidad de tener que improvisar y, a su vez, es disponer del tiempo como de un valioso aliado, lo cual es garantía de responsabilidad y eficacia en la tarea y, sobre todo, de una mayor seguridad de éxito en la misma y la consecuente permanencia de sus efectos constructivos. Es también, además, evitar los riesgos de tener siempre o muchas veces que empezar de nuevo. Y este siempre o casi siempre tener que empezar de nuevo, ¿no califica la obra realizada con el indigente sello de *lo provisorio*, cuando debería mostrar la transparente identidad de *lo definitivo*?

Yo diría que hacer las cosas improvisadamente y, parafraseando a Aguinis, es, en general, optar por la *salvación* rápida, pero fugaz, en vez de trabajar duro por la *solución* lenta, pero eficaz. Y esta es una pauta de conducta tan nuestra, que hasta la hemos caracterizado en una canción popular que dice, muy alegre y vanagloriosamente: *¡Lo atamo' con alambre*!

Pero también hay una expresión muy común en nuestro lenguaje cotidiano, que habla a las claras de este apuro —yo diría, casi genético— que tenemos a menudo: *¡Vamos, vamos ...terminemos ya con esto y a otra cosa!*

Me pregunto:

¿Alguien alguna vez ha hecho algo que valga la pena, a las corridas, pensando en otra cosa, más que en lo que está haciendo? ¿No es, acaso, la concentración en la tarea que se está realizando lo que demuestra en los resultados, la eficiencia, el cuidado y hasta el amor que se pone en llevarla a cabo?

"Tómese su tiempo para pensar."
"Tengo todo el tiempo del mundo para atenderlo."
"Dele tiempo al tiempo y verá que la cosa se aclara."

"Seguramente el tiempo lo ayudará a encontrar una solución más estable y definitiva para este problema."

No cabe duda de que expresiones como estas nos ayudan a sentirnos comprendidos y aliviados en nuestra ansiedad por solucionar las cosas lo más rápido posible, porque nos enseñan a saber esperar para saber ver.

¡Qué lejos estamos de la mentalidad que tenían los antiguos para quienes el tiempo era una condición de continuidad de la herencia cultural y artística; nunca un límite, una presión, un condicionamiento o un obstáculo! Así, por ejemplo, erigir un templo en aquellas épocas era una tarea que se realizaba durante varias generaciones. Para esa gente, lo más importante no era terminar la obra, sino haber participado en su proceso de construcción.

Y esas mismas cosas, hechas con el apuro de sacárselas de encima lo antes posible, son las que luego se vuelven contra sus hacedores para decirles, desde sus avergonzadas realidades:

No te asombres, ni te enojes, ni rezongues: soy nada más que uno de los tantos rostros de tu recalcitrante incapacidad de saber esperar.

Hay que aprender a saber esperar, pero también es necesario tomar conciencia de que hay cosas que no pueden esperar. Son las cosas urgentes que a la vez son importantes, es decir, aquellas en las que su calidad de urgencia se identifica con su calidad de importancia. Y cuando lo urgente se identifica con lo importante, ¿no estamos frente a lo esencial?

Es urgente e importante, por ejemplo:

- que los padres aprendan a dialogar con sus hijos;
- que todo educador sepa en su tarea armonizar el conocimiento, el amor y la sabiduría;

- que tomemos conciencia de que debemos reinstalar el imperio de los valores.

Porque:

- el diálogo acorta y proyecta etapas;
- la educación enseña pero también y fundamentalmente cree y crece dinámicamente con el otro;
- porque sin conciencia y sin valores, el hombre no es hombre y la vida no es vida.

Así, hay realidades en la vida frente a las cuales saber esperar es condición ineludible para saber ver lo esencial y otras en las que el ver lo esencial obliga a desechar la espera. Porque el fruto madura con el tiempo, pero, cuando ya está maduro y se tarda en cosecharlo, el tiempo lo transforma en desecho y olvido.

En nuestra época, no raramente todo proceso de competencia se resuelve en una encarnizada batalla contra el tiempo.

Así para cierta clase de periodismo una información no vale por su contenido en función de formar opinión, de despertar solidaridades dormidas o de instruir sino porque es lisa y llanamente "primicia", o sea, porque pudo llegar primero al lector, televidente o radioescucha.

Sin embargo, ¡cuántas veces una primicia, no sólo no es provechosa en alguno de esos sentidos, sino que, precisamente por el apuro que manifiestan los medios en detentar la primacía temporal en su propalación resulta perjudicial para sus propios destinatarios!

Voy a relatar un hecho que seguramente podrá echar luz sobre esta temática.

Hace unos días se realizó en las primeras horas de la mañana un vasto operativo antidroga en una barriada del Gran Buenos Aires. El accionar policial, afortunadamente, tuvo éxito, pero, he aquí que, debido a la noticia que como primicia propaló ese día muy temprano una radio local acerca del operativo que se esta-

ba realizando, tal éxito no fue el que se esperaba. Varios malvivientes lograron desaparecer del lugar, muy agradecidos por la primicia que difundió esa emisora y que, de hecho, fue un cómplice más —impune, por cierto— de aquel delito.

Otro signo característico del estilo de vida y del nivel cultural de una comunidad determinada, en donde no se sabe esperar, es la locura que se refleja en el tránsito vehicular, por la velocidad alienada y alienante a la que se conduce.

No se sabe esperar que el semáforo se ponga en verde o ante una señal que dice claramente PARE; que haya más espacio en la ruta o en la calle para pasar el vehículo que va delante nuestro, sin poner en peligro la integridad de las máquinas y de las personas; que el automóvil que nos precede pueda estacionar o entrar por el puente de la casa de su dueño, maniobrando con tranquilidad; que el tránsito congestionado a causa de un accidente se descomprima poco a poco, sin recurrir compulsivamente al aullar de las bocinas que, además de ser un recurso absolutamente inútil y fastidioso, hace más intolerable y descontrolada la espera.

Nadie ignora, por otra parte, que el exceso de velocidad es una de las principales causas de accidentes fatales. Nuestro país detenta tristes récords en esta problemática.

Habría que preguntarse por qué manejamos nuestro vehículo como si los demás no existieran, como si fuéramos los únicos seres que transitan por las calles de la ciudad o por las rutas, o como si todo el mundo nos estorbara y el tránsito fuese más un campo de batalla y no lo que debería ser: una pauta civilizada de comportamiento.

Entre otras causas, dentro de las que, lógicamente, se encuentra la carencia de un control constante y severo por parte de la autoridad, está aquella que deriva ciertamente del no saber esperar. Pero, a su vez, este no saber esperar, tiene un origen psicológico evidente y es el hecho de que se vive sin paz interior, sin

sosiego y sin respiro para el pulmón del control emocional. De ahí que, la aceleración en el pie, en realidad no es otra cosa que la más directa y lógica consecuencia de la aceleración que por distintos motivos estimulamos en nuestra cabeza.

Por eso, cabe pensar que, además de requerir la intervención de otros niveles preventivos y correctivos, el exceso de velocidad en el tránsito es un problema a cuya solución puede ciertamente contribuir el esclarecimiento psicológico, tanto público como privado, dado el claro contenido de tendencias autodestructivas, de descontrol emocional, de agresión indiscriminada y de pérdida del sentido de realidad y de sus límites que en este endémico mal se manifiestan como síntomas neuróticos— y no raramente psicóticos— más significativos.

Pero es en nuestra propia vida, en donde esta alocada tendencia a correr se demuestra con sus efectos más perniciosos.

No raramente sucede que, por condicionamientos exteriores y, en la mayoría de los casos, por nuestro propio desasosiego y prisa interiores, nos sumamos a la atropellada caravana de los que pasan por la vida mirando sin ver oyendo sin escuchar y percibiendo sin admirar.

Y la vida se nos escabulle como un pez que queremos atrapar con la mano en medio de la corriente, sin poder disfrutar los tiempos del balance después de la tarea realizada, de la cosecha después del arado y siembra del campo, del amplio diálogo con la gratuidad, del encuentro y reencuentro con los seres queridos, del silencio, de la reflexión, de la contemplación, del arte, del trabajo manual, del deporte, de la cultura, de la oración, de la presencia y diálogo con el amigo, del contacto filial con el Padre... Por la aceleración de nuestros ritmos psíquicos por no saber esperar que

- "hay un tiempo para cada cosa" —como dice el Eclesiastés— y que
- "a cada día basta su afán", como dice Jesucristo.

Se suele decir: *Es que hoy no hay tiempo para nada.* En alguna medida esto es cierto, por el ritmo y los esclavizantes requerimientos de la época hiperacelerada en que vivimos. Pero, pese a ello, hay que saber darse y tener tiempo. Y, si no podemos lograrlo cuantitativamente, como lo hubiéramos deseado, habrá que saber intensificar cualitativamente sus efectos. Porque, una cosa es hacer tiempo y otra, muy diferente, crearlo. Se hace tiempo, cuando simplemente se emplean recursos de distinta clase para que pase lo antes posible; se crea tiempo, cuando se sabe inventar su proyección vivencial desde una esclarecida escala de opciones.

Hace unos días, un amigo muy querido, que se mostró sumamente interesado en lo que yo estaba escribiendo, me obsequió con un escrito anónimo que me place reproducir en estas páginas, porque sintetiza y enriquece todo lo que hemos dicho:

Tener tiempo para jugar, es el secreto de la juventud.
Tener tiempo para pensar, es la fuente del poder.
Tener tiempo para leer, es el fundamento de la sabiduría.
Tener tiempo para la amistad, es la fuente de la alegría.
Tener tiempo para reír, ayuda a aliviar las cargas.
Tener tiempo para soñar, ata el alma a las estrellas.
Tener tiempo para la familia, es la única inversión duradera de la vida.

A lo que yo agrego:

Tener tiempo para Dios, es hacer de Dios nuestro propio tiempo.

Introduzcámonos un poco más en profundidad en este crucial tema, haciéndonos una pregunta: ¿Qué es esperar, en la significatividad existencial en la que nos coloca *El Principito?*

No se trata de una actitud pasiva o estática, como la de quien aguarda la llegada de un tren, de una carta, de una noticia o de una puesta de sol. En estos casos, el tiempo es una circunstancia de alguna manera limitante y con cierta carga de frustración.

Con el término *esperar*, entendemos más bien una actitud dinámica, activa, como cuando aguardamos que asome, tímido aún, hacia la vida el primer brote de la semilla que hemos depositado con amor y esperanza en el surco. Aquí el tiempo ya no es una circunstancia limitante, sino todo lo contrario: un amigo, un aliado, un fiel testigo y la mejor garantía de una espera felizmente recompensada.

Esta es la misma clase de espera que reclaman los proyectos que apuntan a objetivos esenciales. Por eso, la educación es la *gran espera creadora.*

Ese *saber esperar activamente los tiempos de todo* —porque hay un tiempo para cada cosa, como dice la Biblia— tiene sus cimientos en el *respeto,* la *fe,* el *asombro* y la *creatividad.*

- Respeto por el estilo armoniosamente temporal de la Creación;
- fe en el hombre que es, hace, piensa y siente en distintos ritmos y etapas;
- asombro ante el nacimiento, crecimiento y maduración de toda vida, en la universal paciencia de los ciclos;
- creatividad que sabe convocar a las energías del pensamiento y la emotividad a emprender la aventura de estimular los procesos de inspiración que nos transforman en hacedores de lo original.

En esta perspectiva, el tiempo no solamente tiene sentido de medida y distancia entre la permanencia y el cambio; entre la

partida y el retorno; entre dos momentos de una misma transformación. El tiempo es también ese espacioso mirador de la existencia, desde donde todo ser humano puede observar, controlar y evaluar obras y resultados, intentos y logros, pruebas y reencuentros, presencias y recuerdos.

Suele suceder que a veces no estemos dispuestos o preparados para esta clase de espera dinámica y activa. Por eso, hay realidades esenciales, que se nos escapan cuando, encandilados por el imperio de lo urgente, lo importante se torna invisible.

Así, por ejemplo, es posible que no percibamos el tiempo personal e irrepetible del crecimiento de cada uno de nuestros hijos. Como aquel amigo que días atrás, apesadumbrado y perplejo, luego de mi observación acerca de lo desencajado que percibía su rostro, me confesaba:

> — *Mirá, lo que pasa es que me siento mal, porque mi nena va a cumplir quince años el sábado que viene, y he caído en la cuenta de que no la conozco ni sé en qué momento ha crecido tanto.*

Ante lo triste y dramático de esta confesión y toma de conciencia, vale esta reflexión:

¡Cuánto más gratificante y, sobre todo, cuánto más eficaz y humana sería nuestra misión educativa, tanto de padres como de maestros, si tratáramos de asomarnos delicada, atenta y cotidianamente al irrepetible mundo interior que viven nuestros hijos y nuestros alumnos! Tal vez podríamos darnos cuenta de que, aunque *esencial*, es menos *invisible* de lo que parece, si lo miráramos con los ojos del corazón...

Puede suceder también que ya entrados en edad, constatemos —a veces no sin cierta angustia— que las arrugas sobre nuestro rostro son más los pliegues de nuestra rebelión al paso del tiempo en nuestra vida, que honrosos surcos donde pueden

abundar los cultivos de etapas cumplidas, de metas logradas, de experiencias atesoradas y, sobre todo, de lazos creados.

¿Qué es, en definitiva, este no darse cuenta del paso del tiempo a nuestro alrededor y en nosotros mismos?

Es *no saber esperar* las revelaciones, los mensajes, las preguntas, las respuestas, los anuncios, las inspiraciones y los descubrimientos que cada instante de la vida trae consigo, como un tesoro escondido que está muy cerca, en nuestra propia casa. Sin olvidar que: Yo me encuentro en el interior de la casa y tengo la llave, escribía Charles Fletcher Lummis. Y en *El Principito,* leemos:

> *Cuando era muchachito vivía yo en una antigua casa y la leyenda contaba que allí había un tesoro escondido. Sin duda, nadie supo descubrirlo y quizá nadie lo buscó. Pero encantaba toda la casa...* (cap. XXIV).

El saber esperar siempre descubre tesoros escondidos. Y esto nos sucede en la vida diaria:

- descubrimos un tesoro escondido en el paisaje cuando, luego de detener nuestro automóvil a la vera del camino, admiramos serenamente una puesta de sol, con su teoría de nubes que encienden el espacio;
- descubrimos el tesoro del mundo interior de nuestro hijo, cuando de pronto nos dice: Papá, me gustaría charlar con vos y nosotros apagamos inmediatamente el televisor o dejamos a un lado el periódico y nos disponemos apaciblemente al diálogo;
- descubrimos un tesoro escondido en nuestra propia interioridad cuando sabemos darnos tiempo para pensar y para reflexionar, en el ámbito de nuestro silencio de afuera y de adentro.

Saber esperar es también:

- dejar hablar a nuestro interlocutor hasta que se haya expresado acabadamente;
- respetar el ritmo de pensamiento, de entendimiento y de respuesta emocional, que vemos o vislumbramos en el otro;
- fundamentalmente, confiar en los insondables designios del Padre en nuestra vida, porque siempre actúa en el tiempo justo, aunque nuestro reloj esté adelantado o atrasado, aunque el apuro y la urgencia no nos dejen ver que sus ritmos no son los nuestros y sus tiempos no concuerdan con nuestras etapas y nuestras metas.

Él sabe esperar y siempre nos espera...



VII. Lo "serio": figura y fondo de la verdad

Para que podamos explicarnos el porqué del título que he puesto a este capítulo, debemos remitirnos a algunos conceptos de la Psicología de la Forma.

Esta teoría psicológica dice —entre otras cosas— que en toda percepción visual se distinguen dos planos: en el primero, es decir, el más cercano, la imagen se adelanta y se destaca del resto. Es la *figura*. En el segundo, la imagen del entorno se retira hacia atrás de aquella, la envuelve totalmente y le proporciona sostén perceptivo. Es el *fondo*.

Lo entenderemos mejor con un ejemplo: cuando miramos la cumbre del Aconcagua desde la laguna de los Horcones, la cima del coloso andino es *figura* y todo el paisaje que la rodea es *fondo*.

Evidentemente, en la resonancia emocional que provoca el *ver* y el *mirar* ese espectáculo imponente, lo más importante es la cumbre del Aconcagua, la figura; el paisaje, en su totalidad, pasa a segundo plano; por eso es *fondo*. Pero, desde el punto de vista de la visión, ambos, la *figura* y el *fondo*, tienen la misma importancia perceptiva. La razón es muy simple, sin el fondo, a la figura le faltaría todo el entorno de imágenes, formas y colores que permiten que aquella se apoye visualmente —por decirlo así— en un plano que le da perspectiva, tridimensión y profundidad. Por este motivo, en un buen cuadro la figura y el fondo constituyen un todo coherente.

En la realidad humana, no siempre la *figura* concuerda con el *fondo*. Es decir, no siempre hay coherencia, complementariedad y

armonía entre ambos. Cuando en una persona hay coherencia, complementariedad y armonía entre *figura* y *fondo*, estamos ante la *verdad* de esa persona, porque es lo que parece ser. Por el contrario, cuando no hay concordancia entre la *figura* y el *fondo*, esa persona es una contradicción: no es lo que parece ser, es una mentira. En el primer caso, estamos frente a una persona seria; en el segundo, frente a una que no lo es.

Para entender mejor qué es *figura* y *fondo*, con referencia a las personas, consideremos un ejemplo, muy plástico e incisivo, en el propio *El Principito*:

Mientras el piloto está enfrascado en la tarea de arreglar su avión, el niño le hace algunas preguntas que lo ponen incómodo y lo fastidian:

> —*Entonces, las espinas ¿para qué sirven?*
>
> . . . .
>
> —*¿Y tú, tú crees que las flores...?*

Esa última pregunta quebró el límite de tolerancia:

> —*¡Pero no! ¡Pero no! ¡Yo no creo nada! Te contesté cualquier cosa. ¡Yo me ocupo de cosas serias!* (cap. VII).

Entonces, el Principito, ofendido, desilusionado y dolorido, asociando esa situación con la que vivió en el planeta del hombre de negocios, manifiesta no sólo su *shock* emocional, sino el rostro de una realidad que resulta paradigma de la contradicción que existe entre la figura y el fondo, es decir, entre lo que alguien aparenta ser en un primer plano perceptivo y lo que realmente es, en relación con su auténtica realidad personal:

> — *Conozco un planeta donde hay un Señor carme sí. Jamás ha aspirado una flor. Jamás ha mirado una estrella. Jamás ha querido a nadie. No ha hecho*

más que sumas y restas. Y todo el día repite como tú: ¡Soy un hombre serio! ¡Soy un hombre serio!

Se infla de orgullo. Pero no es un hombre. ¡Es un bongo! (cap. VII).

Ya me ocupé de analizar este texto en *El Principito y su revolución psicológica*. Aquí profundizaré y completaré ese análisis, desde el punto de vista que me he propuesto.

En este texto de *El Principito*, la figura, o sea, el primer plano de la impronta vivencial que muestra el "señor carmesí" es el trazado por su propia afirmación:

¡Soy un hombre serio! ¡Soy un hombre serio! (ibidem).

Es como si dijera:

Mi imagen es la de un hombre serio. ¡Y realmente lo soy!

Para el Principito, sin embargo, esa figura y ese convencimiento son totalmente inconsistentes. La razón es sencilla: ¿Cómo puede ser serio un hombre —menos aun, simplemente un hombre— que jamás ha aspirado una *flor*, jamás ha mirado una *estrella, jamás ha querido a nadie* y no ha hecho más que *sumas y restas?* ¿Cómo puede pretender alguien mostrar su figura como reveladora de una identidad personal unívoca, cuando aquella choca a las claras con su fondo?

Hay, para el Principito, una evidente contradicción entre el *parecer* y el *ser*, del señor carmesí; entre lo que es su apariencia, y lo que es su *realidad*. Por eso el pequeño personaje recalca con evidente disgusto:

Y todo el día repite como tú: ¡Soy un hombre serio! ¡Soy un hombre serio! Y se infla de orgullo. Pero no es un hombre: ¡es un bongo! (ibidem).

No ser serio, para el Principito, entonces, no significa simplemente tratar de mostrarse como alguien que no se es o, lo que es lo mismo, sin coherencia en su estructura de personalidad y sin objetividad en su autovaloración, sino, peor aun, bajar de nivel en el orden de jerarquía de los seres. Por eso el niño golpea:

¡Es un hongo!

El Principito no elige al azar este curioso apelativo, porque el hongo es fundamentalmente un parásito. Por eso, *no ser serio* y, al mismo tiempo pretender serlo es, en definitiva, ser un parásito del no saber ver de los demás, que suelen alimentar, en algunos casos con su buena fe, ingenuidad e ignorancia y en otros, con su conveniencia sólo la figura, sin un sustrato que le dé sentido, sin un fondo, es decir, sin un auténtico *ser*.

Este hecho resulta muy común en la vida política, en la que se suele mostrar al ciudadano una figura hecha a menudo a imagen y semejanza de lo meramente publicitario o declamatorio, mientras lo esencial, el fondo, o sea: *qué se le ofrece concretamente al pueblo, con qué medios y con qué sustancia de madurez política y humana*, resulta invisible, ya sea por su ambigüedad como por su inexistencia.

Sin embargo —gratificante es reconocerlo— a medida que crecemos en libertad y en democracia, la gente, el hombre de la calle, está aprendiendo a superar los espejismos de la figura, no se deja deslumbrar ni encandilar tan fácilmente por las trampas perceptivas de las imágenes y los mensajes seductores, pero vacíos, y empieza a demostrarse ávido de sustancias, de *cosas esenciales*, es decir, de fondos coherentes, concretos y reales.

Es útil hacer notar que la gente sensata en la vida cotidiana distingue perfectamente lo que significa figura y fondo cuando dice, por ejemplo:

— Ese tipo es bastante charlatán y pesado, pero en el fondo es buena persona.

Es como si se dijera:

— *Hay un aspecto en la imagen que da a primera vista esa persona que resulta desagradable, pero en su contexto vivencial es valioso.*

De esta apreciación extraída de la vida cotidiana se puede deducir que, para establecer el valor de una persona, la gente que tiene sentido común se fija más en su fondo (contexto vivencial, vida de familia, relaciones en general, trabajo, moralidad, concepto y aceptación social, etc.) que en su figura, o sea, lo que ella muestra aquí y ahora.

La *verdad* de alguien, entonces, no es nunca sólo su imagen, su *figura*, sino su *fondo*, del cual aquella es un fiel espejo. Por esa dificultad en conocer el fondo vivencial de alguien, tan a menudo comprobamos, muy a pesar nuestro, que no es lo que parece ser, en sentido positivo o negativo. Y de improviso aparece claramente ante nuestros ojos que su fondo concuerda muy poco con la imagen o figura que habíamos percibido en algún momento de él.

De aquí también la necesidad de conocer el *fondo* de una persona, para poder tener una idea aproximada acerca de cómo es realmente. Y de aquí también que continuamente nos equivocamos respecto del concepto que alguien nos merece, porque por lo general nos quedamos en la *figura*, que es tan sólo un *flash*, una impresión, un impacto fugaz y pasajero. Hasta que en alguna medida no conozcamos su fondo, no podemos decir: *conozco a esa persona*. Ante una visión no seria del otro, no puede haber una conclusión cognoscitiva que sea igualmente seria.

Por todo esto, resultan falaces expresiones tales como: *Amor a primera vista* o *la primera impresión es la que cuenta* y otras parecidas.

No puede haber amor a primera vista, sino, en todo caso, enamoramiento o atracción a primera vista, porque el amor su-

pone por su propia naturaleza complementación, armonía, encuentro y maduración integrada de fondos humanos. Todo eso supone espera y tiempo y la espera y el tiempo siempre suponen un proceso. Y todo proceso, para que dé frutos positivos supone, a su vez, *saber ver bien* que nunca se logra a primera vista, no sólo en el amor, sino en todos los órdenes de la vida que valgan la pena ser vividos.

En cambio, en el así llamado amor a primera vista —y pese a la desilusión que el saber esto cause a muchos, sobre todo jóvenes— normalmente sólo hay un impacto emocional que produce la *figura*, o sea, la imagen externa de alguien: su belleza física, su prestancia, su cultura intelectual y otras manifestaciones conductuales.

Aquí no hay complementación, no hay verdadero encuentro, no hay maduración integrada de fondos y, finalmente, no hay proceso de conocimiento mutuo, porque no hay tiempo, ni espera activa y reveladora, que son ingredientes insustituibles en el amor. Hay sólo un impacto, todo lo fuerte que se quiera, pero nada más.

En el consultorio psicológico se suelen oír expresiones como estas:

- "Yo me enamoré de una persona, pero en la convivencia matrimonial me di cuenta de que era otra."
- "Nunca imaginé que realmente esta persona fuese así; cuando la conocí me impactó en forma distinta."
- "Estaba convencida de que lo conocía, pero me equivoqué."
- "¡Pensar que yo creía que, con el tiempo, podría haberlo cambiado!"

Es evidente que en todos estos casos, el conocimiento de la otra persona no alcanza el fondo de la misma, sino que se queda en la superficie, a menudo egocéntricamente idealizada.

Eso no significa que aquella realidad de la primera impresión se dé siempre de esa manera y la misma tenga muy poca o nin-

guna proyección afectiva estable. Hay casos en que posteriormente a un primer impacto surge luego el encuentro, el diálogo; se estimula el mutuo conocimiento y finalmente, con el tiempo se llega a un amor auténtico. Pero todo ello está mucho más allá de aquella primera y fugaz experiencia y de un pretendido amor a primera vista. La razón es muy sencilla: ese primer impacto puede ser semilla; nunca árbol y mucho menos fruto.

En cuanto a la otra expresión: *la primera impresión es la que cuenta*, puede caber muy bien en el léxico publicitario que por su propia naturaleza se dirige más a la *impresión*, o sea, el impacto perceptivo puntual que produce la *figura* —por lo general una imagen acompañada de un mensaje estratégico— que a la *convicción* —el fondo— que necesariamente lleva a reflexionar y a darse tiempo para decidir la mejor compra.

En muchos avisos y tandas, el mensaje subyacente es *Compre ya y no piense*. Por eso la propaganda apela generalmente a la *primera impresión*, porque necesita rapidez de decisión en el eventual cliente. Pero, si queremos aplicar, lisa y llanamente, esta expresión al conocimiento de las personas, resulta una falacia cognoscitiva, porque *conocer* verdaderamente a alguien requiere mucho más que una impresión: requiere diálogo, atención, presencia, reflexión, tiempo y muchas otras condiciones que están muy lejos de lo que puede recabarse de las meras impresiones, que son, casi siempre, efímeras y superficiales.

Precisamente, una de las características más sobresalientes de lo que ha sido en llamar —con exactitud— la cultura *light* de nuestra época, es que tiende a hacer vivir de impresiones o, mejor dicho, de sensaciones, tal como bien lo describe Enrique Rojas, en su libro *El hombre light*. Por eso, la cultura *light* es la cultura de lo inestable, de lo pasajero, de lo ocurrente, de lo fácil y de lo incomprometido intelectual, emocional y vivencialmente. Por eso es, en definitiva, la cultura de lo *no serio*.

¿Y cuál es el resultado lógico de todo ello? Lo que el mismo Rojas denomina la "indiferencia por saturación", que así describe en la obra citada:

> *Hay de todo en exceso, y el hombre indiferente no se aferra a nada, no tiene verdades absolutas ni creencias firmes... Estamos ante una vida-cóctel devaluada: una mezcla de verdades oscilantes, una conducta centrada en pasarlo bien y consumir, en interesarse por todo y, a la vez, no comprometerse en nada.*[33]

En *El Principito* el concepto y la vivencia de *lo serio* tiene otras connotaciones que resulta imprescindible destacar.

Cuando el Principito dice:

> *¿Y no es serio intentar comprender por qué las flores se esfuerzan tanto en fabricar espinas que no sirven nunca para nada?* (ibidem),

no se está refiriendo a la seriedad que supone ceño fruncido, solemnidad en el ademán y en el gesto, observancia de las formalidades sociales y ni siquiera a esa conducta que se contrapone al buen humor. Seriedad en *El Principito* no es nunca lo contrario de hilaridad, alegría, dicha. Más bien es lo contrario de superficialidad, frivolidad, chabacanería y trivialidad.

Ser serio es, en definitiva, cumplir fielmente lo que el zorro sentenció al Principito:

> *Eres responsable de lo que has domesticado* (cap. XXI).

o sea:

> *Debes saber responder, consciente, coherente e irrenunciablemente a los vínculos que creaste con tu realidad y la que te circunda.*

Esa realidad es el hogar, la esposa, los hijos, la profesión, el estudio, el trabajo, la amistad, el poder, la autoridad, la educación, el arte, la cultura, la religión, entre muchos otros roles y menesteres.

Y esos vínculos no son otra cosa que los *lazos creados* de que habla el Zorro al Principito.

¿De qué depende la consistencia de esos lazos? Precisamente de la seriedad con que uno los ha asumido.

En la experiencia diaria, se manifiesta claramente este hecho cuando se dice:

> *"Te pido que tomés más en serio tu estudio."*
> *"Obviamente, ese funcionario no toma en serio su cargo."*
> *"¡Si tomaras un poco más en serio el matrimonio...!"*

Tomar en serio algo es comprometerse, involucrarse, responsabilizarse, hacerse cargo de, porque los vínculos creados con ese algo hacen que los roles que suponen y su contrapartida: la función que protagonizan, se necesiten mutuamente. Como la casa necesita un *dominus*, o sea, un señor; como el río, un cauce; como los pasos, una senda; como la vida, un *yo*; como las alas, una inmensidad azul; como el templo, una oración.

Tomar en serio las cosas importantes de la vida es ante todo conocerlas y, a menudo, reconocerlas para que no nos olvidemos de que alguna vez las hemos domesticado, es decir, recibido en nuestra casa, en nuestra *domus* —de donde proviene la palabra domesticar— como algo que nos es familiar, cercano y que pertenece al mundo de nuestras opciones libremente asumidas.

¡Qué distinto sería el mundo si cada ser humano fuera responsable de lo que ha *domesticado*, o sea, si simplemente cada uno fuera *responsable de su rosa.*

El zorro —que sin duda es el gran pedagogo de *El Principito*— lo previene y alecciona:

Los hombres han olvidado esta verdad —dijo el zorro—. Pero tú no debes olvidarla. Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa... (ibidem).

Y el Principito repite, íntimamente convencido:

Soy responsable de mi rosa...

No existe individuo ni comunidad que haya llegado a un nivel de *seriedad* en el logro de sus metas y en la realización eficaz de sus proyectos que no haya tenido que transitar previamente las etapas que maduran el *ser responsable de lo que se ha domesticado.* Ello supone: la superación de todo facilismo, de toda frivolidad, de toda concepción *light* de la vida, de toda improvisación, de toda autosugestión veleidosa y de toda autosuficiencia y autocontemplación narcisística.

Precisamente, esta autosuficiencia, cuya más clara señal es *ocuparse sólo de sí mismo,* es lo que el Principito, cuando visita —entre otros— el planeta del Rey percibe como una conducta muy poco seria, o más bien, ridícula. Por eso, de todos esos personajes escoge al Farolero como paradigma de lo serio. De todos ellos, sólo este modesto hombre de trabajo merece su estima y admiración:

Este, se dijo el Principito, mientras proseguía su viaje hacia más lejos, sería despreciado por todos los otros... Sin embargo, es el único que no me parece ridículo. Quizá porque se ocupa de una cosa ajena a sí mismo (cap. XIV).

Simbólicamente considerado, el planeta del Rey es el que describe la órbita del poder político y de la autoridad en general.

Podríamos decir, entonces que para el Principito este poder y esta autoridad no son serios, cuando sus órbitas sólo tienen

sentido de dar vueltas y vueltas sobre ellos mismos, como sucedía con el Rey, para quien: *todos los demás son solamente súbditos*. Es decir, cuando están más ocupados y preocupados por la figura que por el fondo, por mirarse continuamente como a fines, más que como a medios, todo lo jerarquizados que se quiera, pero medios al fin. Cuando están pendientes de las reglas de juego de sus propios narcisismos, más que de las que emergen esencialmente de su primordial deber de *ocuparse de algo que es ajeno a ellos mismos*, o sea, de servir al hombre que hay detrás de cada ciudadano o de cada subalterno.

Resulta útil traer a colación, como ejemplo de lo que decimos, lo que sucede en algunos países cuyo grado de crecimiento actual, tanto económico como cultural, habla a las claras de un largo y difícil proceso de maduración coherente de su figura y de su fondo, como fruto de una armónica y complementada relación entre el parecer y el ser. Nadie puede discutir que, más allá de sus limitaciones de distinto tipo, han podido granjearse el enorme atributo de *serios*. Así los ven desde afuera y así se sienten ellos por dentro.

En *El Principito* lo serio es, en términos de principios rectores de vida: fidelidad consigo mismo, responsabilidad y veracidad; en términos de actitudes hacia los demás: interés, respeto y atención y, si apuntamos más alto en la escala de valores, es sinónimo de grandeza de alma y lo contrario de mezquindad.

Con estos criterios, y teniendo en cuenta los ejemplos y consideraciones explicitados más arriba, podríamos tratar de analizar cuál es el nivel de seriedad que hemos logrado los que vivimos en este hermoso y rico país, en donde hay tantas cosas por hacer —y es posible y necesario hacer—. En otras palabras, qué grado de desarrollo hemos alcanzado en lo que hemos denominado, inspirados en *El Principito*: *la cultura de lo serio*.

Aunque pueda sorprender o incomodar por lo que podemos descubrir, creo que es sumamente necesario hacer una

autocrítica sin tapujos, sin condicionamientos, sin falsos autoconvencimientos, sin complejos de ninguna clase y sin el lastre de un nacionalismo pegado con alfileres y, como tal, sin proyección, grandeza ni visión de futuro.

El saber reconocer nuestras propias deficiencias es un paso que tendremos que decidirnos alguna vez a dar, para poder corregirlos y así lograr avanzar raudamente en el camino de un progreso global, en donde lo cualitativamente humano esté por encima de lo meramente cuantitativo, como decíamos en capítulos anteriores. Esa decisión nos conducirá a un ver bien que sabrá vencer la *invisibilidad de lo esencial* y aquel: *pero los ojos están ciegos* del Principito, será para nosotros sólo un mal recuerdo.

Mucho nos puede ayudar en este cometido lo que Marcos Aguinis dice en el capítulo III de su estupendo libro *Un país de novela*:

> *Admirando nuestros valores, más ganas tengo de sacarle la máscara a los disvalores.*[34]

Y hablar de disvalores es hablar de nuestros déficits y nuestras deudas en la cultura de *lo serio*. Ello —insisto— no significa bajo ningún concepto negar o desconocer lo que hemos caminado y estamos caminando en esa dirección, sino tratar de ver todo el trecho que aún nos queda por recorrer.

En definitiva, esa valiente actitud de *sacarle la máscara* a los propios desvalores, es una de las manifestaciones más auténticas del *amor por sí mismos*, de que habla Jesucristo, porque sólo quien se sabe querer, sabe esforzarse por mejorar y para poder mejorar es indispensable conocerse y juzgarse, aunque ello lo conduzca a sentir un poco de vergüenza propia. Porque, en un mundo en donde pareciera que nadie o muy pocos sienten vergüenza por algo, ¡cuánto bien hace al hombre tomar conciencia de que es sólo eso: un ser humano que puede caer como necio, pero siempre

puede levantarse como sabio! Es lo que, con diferente matiz, manifiesta al Principito el Rey del primer planeta:

> — *Te juzgarás a ti mismo —le respondió el rey—. Es lo más difícil. Es mucho más difícil juzgarse a sí mismo que juzgar a los demás. Si logras juzgarte bien a ti mismo, eres un verdadero sabio*
> (cap. X).

¿Y cómo se podría dar ese paso en un primer y elemental intento por *sacarles la máscara a nuestros disvalores?* Hay un recurso muy sencillo: basta con saber tomar distancia de nuestra lógica y elemental autoestima como hijos de esta tierra —a la que ciertamente amamos, a pesar de que a veces quisiéramos que fuese distinta en algunos aspectos— y nos hagamos frontalmente algunas preguntas.

Luego de haberlas respondido, nos podríamos encontrar con la triste realidad de comprobar que, en general, somos *poco serios*. Pero poco serios, no como una pauta circunstancial de nuestro cotidiano coexistir e interrelacionarnos, sino como una *verdadera mentalidad*, como un *modo de ser* o un *estilo de vida*, es decir, como una cultura que hemos denominado, precisamente: la *cultura de lo no serio.*

Esta especie de balance surge de la necesidad de reflexionar acerca de cuánto de realidades *de fondo* —y por lo tanto, no fácilmente visibles— hay en muchos hechos de la vida cotidiana, en casi todos los órdenes del acontecer social: desde lo institucional hasta lo simplemente comunitario y en los que se ponen en evidencia principios, actitudes, costumbres y pautas de conducta negativos que, por su recurrencia en el tiempo y en el espacio, hacen pensar en un llamativo déficit en lo que respecta a cultura de la seriedad. En otras palabras, no se trata de pretender juzgar hechos negativos —que, por otro lado, no nos corresponde— sino

de tratar de analizar su posible y más remoto origen en una arraigada y común forma de *ver* la realidad y de actuar frente a ella. Precisamente, por lo de arraigado y común que tienen estos hechos, es de suponer que obedecen a lo que en sociología se denomina como un fenómeno cultural.

Esas preguntas, en líneas generales, podrían ser las siguientes:

- ¿Es el nuestro un país en donde se percibe una elemental tendencia a la observancia de la legalidad, al orden y al respeto por lo que son las reglas de juego en todas las instancias de la vida comunitaria, institucionales y no institucionales, como pautas *internalizadas* de conducta?
- ¿Se podría decir que nos caracterizamos por la inclinación y la contracción al trabajo, por una responsabilidad elemental en el desempeño de nuestros roles, como pauta espontánea y generalizada de conducta?
- ¿Somos más propensos:

  -a la improvisación que a la planificación;

  -al lucro rápido y suculento, en vez de a aquel que se obtiene proporcionalmente al esfuerzo y la dedicación;

  -al facilismo *light*, que a la excelencia costosa;

  -al cumplimiento de la palabra dada, que a su ocurrente y fácil violación;

  -a lo inmediato, que a lo que requiere espera;

  -a quedarnos en la figura y en la imagen, que ir al fondo y la sustancia de la realidad;

  -a lo importante que a lo trivial;

  -a lo ostentoso, que a lo simple y austero;

  -al respeto por convenios, horarios y acuerdos, que a su tranquilo y alegre no tomarlos demasiado en *serio*;

  -a tener que estar continuamente dando marcha atrás, porque a menudo hacemos las cosas a la que le haga y toma-

mos decisiones a las apuradas o por compromisos baratos, que a tomar decisiones maduras y definidas;

-a juntar la leña caída del árbol, que a hacer leña del árbol caído?

- ¿Somos más proclives a admirar, promover, imitar y valorar a los ídolos de todos los cuños, que a los modelos de vida?
- ¿Qué lugar han ocupado y ocupan en nuestro estilo de vida, dentro y fuera del país, las estrategias malsanas —aunque popularmente muy cotizadas— de la viveza criolla?
- Ante los problemas que se nos suelen presentar, ¿buscamos la solución costosa y a menudo lenta o fugamos hacia la fácil y rápida salvación, o viceversa —como dice Marcos Aguinis?
- Cuando tenemos que explicar un falla, error o falta, ¿solemos enfrentarlos con responsabilidad personal o rápidamente dirigimos nuestra mirada hacia otro u otros —como dice el mismo escritor?
- Si se trata de tener que enfrentar fracasos, ¿tendemos más a la serena reflexión y a la autocrítica, que nos permiten reaccionar enérgica y constructivamente, que al llanto, el derrotismo o la agresión indiscriminada, que son las formas más cómodas de dejar que las cosas sigan siempre igual?
- Cuando se trata de ponerle el cascabel al gato, ¿buscamos la forma concreta de hacerlo o perdemos lastimosa e inútilmente el tiempo buscándole las cinco patas? ¿Somos más amigos de la acción eficiente y callada, que del verso y la verborragia y más apegados a la realidad posible y concreta, que al "como si..." de lo ilusorio. ¿Qué objetividad le asignamos a Enrique Santos Discépolo, cuando decía que el nuestro es un país que tendría que salir de gira?
- ¿Se nota entre nosotros y en qué medida una tendencia al crecimiento cualitativo en todos los órdenes y un rechazo espontáneo a todo lo que significa mediocridad y medianía?

- ¿Predominan entre las motivaciones que rigen nuestras actividades los valores que hacen al respeto y consideración de unos a otros en las distintas manifestaciones de la vida de relación y a un sentir que todos somos responsables, en alguna medida, de hacer crecer y madurar a este bendito país?
- Siendo la nuestra una tierra tan rica en recursos físicos de toda clase y sobre todo humanos, ¿cuál consideramos que, en última instancia, es la causa fundamental por la cual nos ha costado y nos cuesta tanto "salir adelante" como país?
- ¿Tendrán alguna conexión con este lamentable y crónico mal entre otras causas —naturalmente— los lados negativos de nuestra forma común de ver y de enfrentar la realidad?
- ¿Somos conscientes de que no podemos ni debemos ser pasivos ni conformistas ante todo lo potencialmente positivo que en esa misma idiosincracia existe y puja por hacerse meta, proyecto, realidad, trabajo y vida?

Podríamos ampliar este cuestionario, pero creo que estas pocas preguntas pueden ser suficientes para el objetivo que nos hemos propuesto.

Las respuestas, naturalmente, dependerán de nuestro grado de sinceridad y objetividad y, sobre todo, de un coherente y sólido deseo de *evaluar* para *poder mejorar*, porque ... ¡se puede! Siempre se puede, cuando se sabe llegar a un esencial reconocimiento de fallas y errores, pero, a su vez, cuando se tienen profundas ganas de superarlos, partiendo de una clara fe en el hombre, es decir, en nosotros mismos.

Y esa *fe en el hombre* es lo que nos lleva a ver que una de las condiciones básicas de la existencia es la de ser responsables:

- de lo que uno es y no es,
- de lo que uno hace bien y hace mal,

- y de lo que uno hace y no hace,
- de lo que uno dice y no dice,

sin desplazar en nada ni en nadie esa responsabilidad.

Habría que tener muy en cuenta lo que dice Saint-Exupéry en *Tierra de hombres:*

> *Ser hombre es precisamente ser responsable. Es conocer la vergüenza frente a una miseria que no parece depender de uno. Es estar orgullosos de una victoria que los camaradas han obtenido. Es sentir, posando uno su piedra, que se contribuye a construir el mundo.*[35]

Y cuando la comunidad en su conjunto es seria como estilo de vida, estamos frente a un fenómeno social en cuyo seno cualquier exceso, cualquier escándalo público y cualquier inconducta en el terreno privado o institucional, no son otra cosa que excepciones totalmente aisladas, y no ya emergentes comunes y cotidianos que tienen su origen en una realidad cultural negativa de fondo que, como tal, necesariamente hay que poner en crisis en sus propios cimientos.

Sólo revisando y reformulando en profundidad nuestra forma básica de ver la realidad y de actuar frente a ella, podremos preparar a las nuevas generaciones a vivir en una cultura en donde *asumir la seriedad como modo normal de vida* sea tan natural como comer y respirar.

¿Cuál es el camino?

Si se trata de corregir o modificar aspectos éticos y culturales de conducta, la respuesta no puede ser sino una: *la educación.*

Ahora bien, si hablamos de educación, no estamos refiriéndonos a una realidad cuyo proceso y resultados van a durar sólo hasta las próximas elecciones o hasta la finalización del siglo. Edu-

car es esencialmente un proyecto que tiene que perdurar para siempre.

Ya los antiguos chinos, en su milenaria cultura, nos prevenían:

¿Proyectas para un año? Cultiva flores.
¿Proyectas para diez años? Planta árboles.
¿Proyectas para toda la vida? Educa hombres.

Porque educar es básicamente desarrollar indefinidamente en el tiempo a través de la sucesión de las generaciones, los bienes y valores del conocimiento y la sabiduría.

No hablamos aquí, naturalmente, de una educación enciclopedista y libresca, basada en la cultura de la información, que le da más importancia a la *instrucción* que a la *formación global del hombre*; más trascendencia a los *datos, números y noticias* que a la *vida*, y más preponderancia al *intelecto* que a la *persona*.

Más bien nos referimos a una Educación esencialista como es la que promueve *El Principito* y casi todos los libros de Saint-Exupéry. Una educación en donde el asombro por todo lo bello, lo bueno y lo verdadero que tiene la vida sea descubrimiento, no sólo de las cosas, sino del sentido que tienen las cosas, como dice nuestro escritor.

¿No será el hecho de que, desde siempre, en nuestra educación sistemática —es decir, la escuela— no hay asombro por las *cosas esenciales*, la misma causa por la que el Piloto cuando el Principito le pidió con insistencia que le dibujara un cordero se lamentara amargamente?

Las personas grandes me aconsejaron que dejara de lado los dibujos de serpientes boas abiertas o cerradas y que me interesara un poco más en geografía, la historia, el cálculo y la gramática (cap. I).

Y más adelante, recuerda con verdadera amargura:

Recordé entonces que había estudiado principalmente geografía, historia, cálculo y gramática, y dije al hombrecito (con un poco de mal humor) que no sabía dibujar (ibidem).

El enojo y verdadera frustración del Piloto que *no sabía dibujar* no se explican simplemente por el hecho de su imposibilidad de satisfacer en ese momento el inocente y sencillo requerimiento del Niño. Más bien, se explica por la repentina toma de conciencia de su impotencia ante la realidad de comprobar que él había sido uno de los tantos seres que alguna vez, en su niñez y adolescencia, habían sido encasillados en un sistema educativo institucional, frío y esquemático.

En ese sistema hay mucho lugar —aunque hay que reconocer que no siempre está bien ocupado— para el desarrollo intelectual, pero muy poco para la imaginación creadora, el diálogo generacional abierto y constructivo, la alegría de vivir, de convivir y de descubrir los gestos de la vida en todas sus formas; muy poco espacio para pensar con profundidad, sentir con autenticidad y expresarse con libertad responsable y muy pálidas ocasiones para un encuentro verdaderamente humano con el *otro-educador* y con el *otro-coeducando*.

Por cierto, si nuestro escritor viviera hoy no notaría demasiada diferencia entre el estilo institucional educativo de aquella época y el que está vigente en la nuestra. Más aun, tal vez sería más cáustico en sus cuestionamientos, por la tremenda desproporción que habría encontrado entre el avasallante progreso material que ha tenido lugar en estos últimos cuarenta años y la pobreza del desarrollo cualitativamente humano que se ha alcanzado durante ese lapso, como consecuencia directa de una culpable carencia de pautas educativas esencializantes.

Saint-Exupéry pretende estimular pistas pedagógicas que conduzcan a una educación que no sea asimilable a la tarea del pintor, que coloca color sobre color, sino a la del escultor, que extrae la estatua desde las entrañas del mármol, *quitándole a este lo que tiene de más*, como decía Miguel Ángel: *La estatua está ahí, sólo hay que sacarla.*

Pero el contenido de la *pedagogía esencialista* de Saint-Exupéry va mucho más allá de lo que se pueda expresar analógicamente mediante una metáfora. En *Ciudadela*, nos advierte con trascendente perspectiva:

> *Importa primero, en la construcción del hombre, no instruirlo, lo que es banal, si sólo se logra a través de un libro que discurre; sino de educarlo y conducirlo a las etapas donde ya no existen cosas, sino rostros nacidos del mundo de las cosas.*[36]

Y en otro lugar de la misma obra, insiste sobre esa idea:

> *Porque hay más inteligencia escondida en las cosas tal como son, que en las palabras. Pero le pediréis que reconstruya el mundo por la sola lectura del librito, con imágenes y reflexiones ineficaces y vacías, delante de la suma de las experiencias.*[37]

En *Tierra de hombres*, puntualiza con notable agudeza:

> *Si se los instruye bien, no por eso se los cultiva más. Tiene de la cultura una pobre opinión quien cree que ella consiste en la memoria de las fórmulas. Un alumno del curso de Ciencias Biológicas sabe más sobre la naturaleza y sobre las leyes naturales que Descartes y Pascal. Pero, ¿sería capaz de las mismas andanzas del espíritu?*[38]

Después de haber leído estas citas de Saint-Exupéry, es fácil concluir que estas *andanzas del espíritu* de que escribe nuestro escritor no tienen sentido sino dentro de una cultura y de una educación, en donde *lo serio* como principio, instrumento y objetivo, nos permita distinguir perfectamente entre el ser y el parecer, entre lo que es sustancia y lo que es meramente imagen, entre lo que es fondo y lo que es sólo figura.

Nadie ignora que en nuestro país, en estos días, se está haciendo mucho por mejorar la calidad de la educación desde todo punto de vista. ¡Enhorabuena! Pero, en la ya muy próxima puesta en acto de la Reforma Educativa, es dable esperar que, junto con una importante y urgente mejora en los contenidos conceptuales y procedimentales *(saber pensar* y *saber hacer)* se ponga mayor énfasis en los contenidos actitudinales: *saber ser*, que es el objetivo esencial del proceso educativo, porque sin él, los otros dos contenidos son sólo corteza, superficie y figura decorativa.

Debido precisamente a la seriedad con que se está trabajando en esta Reforma en los distintos estamentos educativos es posible pensar que esa esperanza tiene sólidos fundamentos.

Ya desde las primeras páginas de *El Principito*, su autor nos previene acerca de que no quiere que se lea su libro "a la ligera". Y cuando el Principito se ríe sonoramente cuando el piloto le confía que también él "ha caído del cielo", se siente molesto y dice:

> *Deseo que se tomen en serio mis desgracias* (cap. III).

Por otro lado, en todo el libro hay expresiones aquí y allá, que no dejan lugar a dudas acerca de la *seriedad* de su contenido, en general, y de su mensaje, en particular.

No podría ser de otra manera, porque en *El Principito* aparecen escenas, surgen circunstancias y vibran relaciones humanas

en cuyo *fondo* está latente el drama, el conflicto, la contradicción, la culpa, el arrepentimiento, el dolor, la reparación, que son cosas serias. Pero también vibra la felicidad, el reencuentro consigo mismo y con el otro, el crecimiento en el *ver*, la madurez en la esperanza, el logro del sosiego y la paz interior, la dicha de aspirar una flor, de mirar una estrella, de querer a alguien y de poder ver mucho de lo esencial que tiene la vida, que también son cosas serias.

Sin embargo, tanto en el Principito como en su amigo esa *seriedad* en el estilo de ver la realidad no fue un regalo de las circunstancias, sino una conquista cuyo costo fue un proceso interior lleno de vicisitudes contradictorias y, como tales, estímulo de igualmente opuestos estados de ánimo, de disímiles reacciones ante la realidad y ante el otro, en lo que podríamos llamar la multiforme dialéctica del ver.

En esa dialéctica, es serio:

- no ver,
- ver imperfectamente,
- ver las apariencias,
- ver lo que no vale la pena,
- ver lo transitorio,
- ver sólo con los ojos;

y poder llegar a:

- ver,
- ver bien,
- ver la realidad,
- ver lo importante,
- ver con el corazón y a ver lo esencial.

¿Y, acaso, no es este el camino de superación que los seres humanos deberíamos recorrer para alcanzar el objetivo de una

coherencia y armonía entre nuestra figura y nuestro fondo, entre nuestro parecer y nuestro ser, que nos haga vivir con alegría, caminar siempre y en todo lugar con la frente alta, en paz con nosotros mismos y con los demás, y, sobre todo, como leíamos recién en una cita de Saint-Exupéry:

> *...sentir, posando uno su piedra, que contribuye a construir el mundo?*



VIII. "Interrogar sobre lo esencial": una opción reveladora

Etio sabía interrogar sobre lo esencial.

Cuando su patrón le dijo que iba a alquilar la propiedad como coto de caza, Etio no preguntó: *¿cuántos hombres vienen?, ¿cuánto tiempo van a estar aquí?, ¿cuántos animales podrán cazar?*, sino:

— *¿Va a dejar, patrón, que la diversión destruya la vida?*

Es una pregunta que va a lo esencial, porque no interroga por cosas, por cantidades ni por datos meramente informativos, que muy a menudo sólo satisfacen curiosidades pasajeras. No pregunta por lo cuantitativo, sino por lo cualitativo.

En *El Principito*, ya desde las primeras páginas, aparece claramente que el *interrogar sobre lo esencial* es algo muy poco común entre las personas grandes. Esta es la causa de que en la órbita en que ellas se mueven las cosas importantes sean invisibles. De aquí el interés de nuestro escritor por poner en temprana evidencia este hecho:

Si os he referido estos detalles acerca del asteroide B 612, y si os he confiado su número, es por las personas grandes. Las personas grandes aman las cifras. Cuando les habláis de un nuevo amigo, no os interrogan jamás sobre lo esencial. Jamás os dicen: "¿Cómo es el timbre de su voz? ¿Cuáles son

los juegos que prefiere? ¿Colecciona mariposas?"
En cambio, os preguntan: "¿Qué edad tiene?
¿Cuántos hermanos tiene? ¿Cuánto pesa? ¿Cuánto
gana su padre?" Sólo entonces creen conocerle.

Etio no pregunta por la *figura*, por lo que aparece, por lo circunstancial, por lo visible; sino por el *fondo*, por lo *invisible*. Pregunta por la vida, por esa vida que, mientras para los cazadores era solamente un agradable entorno para su diversión, para Etio significaba un mundo de realidades tan simples como llenas de sentido.

Etio pregunta con sabiduría.

No podría ser de otra manera, porque la *sabiduría* es la ciencia de la vida. Sólo que esta ciencia no se enseña en la escuela y no se aprende en los libros de texto, ni en las enciclopedias, ni en cursos acelerados. No requiere elucubraciones especiales, cálculos, estrategias ni complejas teorizaciones filosóficas, sino simplemente *saber vivir*.

Parafraseando a Machado, se podría decir:

Viviente, no hay vida; se hace vida al vivir.

Por eso, quienes como la madre Teresa de Calcuta han sabido desarrollar y engrandecer en grado excelso una de las actitudes esenciales que tiene la vida, como es el espíritu de servicio, han podido regalarnos reflexiones tan bellas y profundas, como las que escribió en la colonia de leprosos de un pueblo indio, a orillas del Ganges:

La vida es una oportunidad, aprovéchala.
La vida es belleza, admírala.
La vida es beatitud, saboréala.
La vida es un sueño, hazlo realidad.
La vida es un reto, afróntalo.
La vida es un deber, cúmplelo.

La vida es juego, juégalo.
La vida es preciosa, cuídala.
La vida es riqueza, consérvala.
La vida es amor, gózala.
La vida es un misterio, desvélalo.
La vida es promesa, cúmplela.
La vida es tristeza, supérala.
La vida es un himno: cántalo.
La vida es un combate: acéptalo.
La vida es una tragedia: domínala.
La vida es una aventura: arróstrala.
La vida es felicidad: merécela.
La vida es vida: defiéndela.

Pero, ¿qué significa interrogar sobre lo esencial en *El Principito*?

Al término "*interrogar*" no hay que entenderlo aquí con la acepción que comúnmente tiene en la vida cotidiana. No se trata simplemente de preguntar, de inquirir o de averiguar, sino más bien de: *interesarse particularmente por "prestar" especial atención a* o *"ir al fondo de"*.

¿Y qué significa, a su vez, este *interesarse particularmente por "prestar especial atención a"* e *"ir al fondo de"*?

Significa bucear en el origen, significado, identidad, importancia e íntima realidad de las cosas. Significa, además, investigar el sentido de los *qué*, los *cómo* y los *porqué* de esa realidad.

Todo ello implica un ir siempre más allá de las apariencias, de la figura, de lo que simplemente se ve y un siempre adentrarse más decididamente en los bosques vírgenes de la esencia de las cosas.

- Es también un intento por correr velos, aclarar misterios, iluminar oscuridades.

- Es un recurso eficaz para desenmascarar la mentira, la ambigüedad y el equívoco que suelen aflorar en la conversación y, sobre todo, en la discusión y en la polémica.
- Es colocar en plena luz las verdades ocultas, confusas o simplemente cubiertas por el polvo de la cotidianidad, que todo lo torna opaco y gris. Como la lluvia de cenizas, que convierte el huerto en un erial.

Por todas estas características, podemos decir que *interrogar sobre lo esencial* es interrogar por el *ser* de las cosas. En el diálogo, ese ser coincide con el significado auténtico de las palabras, es decir, con su definición y su esclarecimiento.

¡Cuántos equívocos, malas interpretaciones, pérdidas de tiempo, enojos y desencuentros nos evitaríamos, si nos supiéramos poner de acuerdo, antes de discutir o simplemente de cambiar opiniones acerca de un determinado tema, en el significado de los términos que están en juego! Sólo de esta manera se puede conseguir hablar de lo mismo, con la consiguiente posibilidad de construir lógica y racionalmente el intercambio de opiniones e ideas.

De esto, precisamente, hablábamos en el capítulo segundo de esta obra, cuando nos referíamos a la necesidad de reactualizar el auténtico valor de las palabras.

El lector se preguntará por qué insistimos en esta necesidad de remozar la esencia de las palabras. Entre otras cosas, porque en este mundo hay muchos charlatanes de todo cuño que instrumentan falazmente el lenguaje, y con la estrategia verbal consiguen hacer pensar a los más ingenuos —y no tan ingenuos— que lo blanco es negro y lo negro es blanco; que lo primero está en último lugar y viceversa; que la realidad es una fantasía y que la fantasía es la auténtica realidad.

De esta manera, de su dignidad de ser un fundamental elemento de la comunicación humana, la palabra desciende a la degradada categoría de ruido.

En este punto de nuestro análisis, cabe hacer una disgresión acerca de la responsabilidad especial que tienen todos aquellos profesionales que deben hacer de la palabra el principal instrumento de su accionar: docentes, educadores, psicólogos, psicopedagogos, consejeros en general, sacerdotes y muchos otros.

Sabido es que un consejo, una sugerencia, una insinuación o una simple expresión probabilística, de acuerdo a las expectativas, actitudes y sobre todo estructura de personalidad que tiene el otro —educando, paciente o simplemente amigo o admirador— podrían sonar para él a orden, directiva, dato cierto o verdad indiscutible.

Así como una palabra oportuna y atinada puede ayudar al otro, entre otras cosas, a elegir libre y esclarecidamente entre varias opciones, a ver claro un problema, a tomar una decisión acertada o a encontrarle un más valioso sentido a la vida; una palabra inoportuna y desatinada puede llevarlo a elegir sin libertad y sin discernimiento, a que su problema resulte más confuso y difícil de solucionar, a tomar una decisión desacertada y a degradar el sentido de su vida.

Por eso, los que emplean la palabra como herramienta profesional y todos aquellos que de alguna manera son conscientes de que pueden influir sobre otros por medio de ella, deberían tener muy presente esa tan sabia sentencia que dice:

Habla, cuando tus palabras sean mejores que el silencio.

El Principito —que en este terreno se demuestra muy poco niño y, en cambio, muy maduramente adulto— no tolera que su interlocutor exprese un vocablo que le llama la atención, sin que antes explique qué significa. Especialmente cuando esa persona habla con ambiguedades o generalidades o simplemente pretende que el significado de sus palabras se acepte como obvio, no titubea en insistir en que le aclare qué se quiere decir con ellas.

Los diálogos con los personajes con los que tuvo oportunidad de relacionarse en los planetas que visitó, antes de llegar al nuestro, constituyen una clara demostración de este hecho.

El segundo planeta estaba habitado por un vanidoso.

—¿Me admiras mucho verdaderamente? —preguntó al Principito.
—¿Qué significa admirar? —preguntó a su vez el niño.

En el diálogo con el hombre de negocios del tercer planeta, el Principito insiste con tal persistencia en que su interlocutor aclare sus expresiones ambiguas, que este se pone nervioso. Así suele suceder en la vida cotidiana, cuando en una discusión cualquiera alguno de los intervinientes en ella se descontrola ante la agudeza de la requisitoria del otro, que no deja lugar a que las palabras que aquel emplea queden flotando en el ambiente, sin que dilucide claramente su significado.

En su diálogo con el geógrafo, el Principito no deja pasar ningún término que no sea convenientemente explicado por aquel.

Con el sencillo expediente de preguntar una y otra vez, el Principito logra que su interlocutor —que no ha prestado demasiada atención a su pregunta— satisfaga su inquietud.

—No anotamos las flores —dijo el geógrafo.
—¿Por qué? Es lo más lindo
—Porque las flores son efímeras.
—¿Qué significa "efímera"?

Lo que cuenta para nosotros es la montaña. La montaña no cambia.

—Pero, ¿qué significa "efímera" —repitió el Principito, que en toda su vida, no había

renunciado a una pregunta, una vez que la había formulado.

—Significa que está amenazada por una próxima desaparición (cap. XV).

Interrogar sobre lo esencial en las relaciones humanas casi siempre tiende a provocar una cierta especie de *shock*, porque induce a su destinatario, en primer lugar, a tener que hacer un esfuerzo por aclarar sus propias ideas y conceptos, y, en segundo lugar, porque provoca en él una crisis emocional como la que vivió el patrón de Etio, cuando este le hizo aquellas cruciales preguntas o como la que experimentó el piloto, cuando el Principito lo increpó severamente:

¿Y no es importante que yo conozca una flor única en el mundo, que no existe en ninguna parte, salvo en mi planeta y que un corderito puede aniquilar una mañana, así, de un solo golpe, sin darse cuenta de lo que hace? (cap.VII).

En el caso del patrón de Etio, las palabras de su fiel peón provocan en él una irruptiva necesidad de toma de distancia de su propia decisión. Por eso, se queda unos instantes en silencio. Es la prueba fehaciente de que ha acusado el golpe. No podría ser de otra manera: el cuestionamiento que le hace el pastor apunta directamente a su conciencia. Se trata para él de decidir entre la vida y la muerte, entre la paz y el desasosiego ambiental, entre el camino más cómodo e inmediato para obtener dinero o tratar de buscar otra alternativa que no perjudique al habitat.

La pregunta lo obliga a reflexionar, a volver de alguna manera sobre sus pasos, a tener que seguir firme en su decisión o a cambiarla. Está en la encrucijada a la que suelen llevar las preguntas esenciales.

En el caso del piloto, el *interrogar sobre lo esencial* del Principito desata en él una verdadera angustia existencial. Y tan profunda es esa crisis, que suscita en él un verdadero cambio o más bien una verdadera revolución en sus actitudes. En definitiva, estimula la transformación profunda de su perspectiva humana, tal como lo traté de describir en *El Principito y su revolución psicológica*, en su último capítulo.

Hasta ese momento, el niño que se le había aparecido en medio del desierto no era nada más que eso: un niño, un tanto cargoso quizás, a quien responde desasosegadamente, como responden quienes dicen cosas, sin tomar conciencia de lo que están expresando y mucho menos sin medir sus consecuencias en la mente y el ánimo de aquél con quien están dialogando.

—¡Pero no!
¡Pero no! ¡Yo no creo nada!
Te contesté cualquier cosa.
Yo me ocupo de cosas serias! (cap. VII).

Pero, cuando el Principito lo interroga sobre lo esencial, el piloto se descalabra interiormente o, más bien, se humaniza, porque toma bienhechora conciencia de que él también, como el hombre de negocios del cuarto planeta que visitó el pequeño en su corto pero provechoso viaje interplanetario, podría llegar a merecer el para nada halagador apelativo de *hongo*, por parte de quien ahora se ha transformado repentinamente en persona.

Tanto en el caso del patrón de Etio como en el del piloto, ese interrogar sobre lo esencial tiene una consecuencia común: ambos interlocutores son imprevista y abruptamente sacados de sus esquemas conceptuales o actitudinales rutinarios y en ambos se produce, con distintos resultados —obviamente— un insólito encuentro consigo mismos.

Todas las formas de interrogar sobre lo esencial sobre las que hasta ahora hemos reflexionado, son directas. Pero existe

también una forma indirecta. Es el caso en que no se interroga al otro con una pregunta frontal, sino que se lo estimula con una estrategia concientizadora a que él se interrogue a sí mismo. Las preguntas esenciales que algunos interlocutores de Jesucristo se sentían estimulados a plantearse, merced a lo que él sabiamente les decía, son un ejemplo insuperable de este hecho:

El que de vosotros esté libre de pecado, tire la primera piedra, seguramente obligó a cada lapidador a preguntarse: "¿Estoy en condiciones de ser yo quien arroje la primera, la segunda o la tercera piedra?".

Si alguno de vosotros quiere ser mi discípulo, tome su cruz y sígame, es una afirmación ante la que cada Apóstol debió preguntarse: "¿Estoy realmente dispuesto a asumir mi cruz como condición insustituible para seguir a Cristo?".

Nadie puede servir a dos señores..., estimula al cristiano a preguntarse: "¿A qué señor estoy sirviendo?".

Resulta obvio que es en el ámbito educativo —en el sentido más global del término— y en todas aquellas circunstancias en las que pretendemos que el otro aprenda a ser sí mismo y encuentre sus propias respuestas vivenciales, donde esta forma indirecta de interrogar sobre lo esencial encuentra su campo más fértil.

Es claro que, para que este recurso realmente alcance sus objetivos formativos, aquel que pretenda estimular en el otro algún interrogante esencial debe él previamente saber ver lo esencial, haber captado su sentido y fundamentalmente haber aprendido a vivenciarlo en carne propia, porque nadie da lo que no tiene.

Precisamente, siguiendo la pista que nos despliega esta última reflexión, podemos afirmar que no hay —sobre todo en educación— un interrogar sobre lo esencial indirecto más eficaz e irresistible, en cuanto a la urgencia y calidad de opciones que despierta, que el que proviene de los buenos ejemplos.

La explicación de esta realidad es simple.

Los buenos ejemplos que damos o recibimos, por su propia naturaleza de ser auténticos paradigmas de lo vivido como bien, verdad u otros valores, nos permiten medir y acrecentar, merced a los interrogantes esenciales a los que ellos nos estimulan en forma subyacente, nuestra estatura cualitativamente humana en la escala del deber o poder ser.

Lamentablemente, así como la proliferación de los buenos ejemplos centraliza la visión interior en los campos en donde se iluminan los rostros de la emulación, de la toma de conciencia, de la necesidad de crecimiento y superación, su déficit es una de las causas fundamentales de que lo esencial sea invisible y, por consiguiente, de que no sea fácil avizorar soluciones estables y definitivas a los graves problemas con que las carencias en el progreso ético, cultural y educativo castiga a la sociedad postmoderna.

Es evidente que en nuestra sociedad sobran los ídolos, pero faltan los modelos de vida.

Si estos faltan, faltan los buenos ejemplos. Y si faltan los buenos ejemplos es imposible vislumbrar que, como dice Mandino en su libro *La elección: hay una mejor forma de vida.* La vigencia de la figura del ídolo es tan efímera e inestable como el fantástico y cotizante halo de fama que lo mimetiza y lo vende. La presencia vital del modelo de vida es tan permanente y activa, como la nutriente energía de los ejemplos que lo anuncian y lo identifican.

Si a todo ello agregamos que, no sólo faltan buenos ejemplos, sino que sobran los inconfesables, los equívocos y los malos, sobre todo por parte de quienes están más obligados a darlos —institucional, social y privadamente hablando— tendremos una percepción más clara de la difícil tarea que tiene el hombre de hoy, en vistas de recuperar y rehacer lo mejor y más auténtico de su condición humana.

Ello no será imposible, por cierto, si, como afortunadamente está aconteciendo en alguna medida y en muchos órdenes de la vida, todos quienes nos sentimos responsables de construir, tomemos conciencia de que cada piedra de buen ejemplo que aportemos para erigir el edificio de un mundo más humanizado, por más pequeña que fuere, se abrazará vitalmente a muchas otras, en el regazo de una sólida amalgama hecha de valores esenciales definitivamente recuperados.

En la vida cotidiana, no cualquiera ni en cualquier circunstancia sabe, puede o se anima a interrogar sobre lo esencial a otra persona, cuando esto resulta útil o necesario, porque ello implica conocer perfectamente a dónde se quiere llegar y hay que estar preparados para no dejar en el otro lugar para los desplazamientos y la racionalizaciones que le permitan escaparse argumentalmente del centro de la cuestión.

Este hecho se suele dar a menudo en épocas preelectorales, especialmente en programas de opinión, tanto televisivos como radiales, sobre todo en aquellos en los que el conductor demuestra una relativa sagacidad y profundidad para interrogar sobre lo esencial.

Cuando el periodista atina a hacer a algunos candidatos entrevistados un cuestionamiento que va a lo esencial, como podría ser, por ejemplo:

—Usted acaba de hablar de educación. ¿Me podría decir qué entiende usted o su partido por educación?, o:

—Usted dice que para ser legislador basta con tener idoneidad, ¿me podría explicar qué significa para usted el término idoneidad?

No resulta infrecuente que algunos candidatos empiecen a divagar, a hablar de cualquier cosa y a tratar de eludir verborrá-

gicamente lo que no pueden ni saben enfrentar racional y concretamente, porque, en realidad, no tienen conceptos claros sobre las distintas realidades de las cuales se llenan la boca, pero que, en el fondo, son muchas veces nada más que fórmulas o términos estratégicamente rebuscados o lugares comunes aprendidos de memoria, que no resisten el menor cuestionamiento lógico que apunte a lo esencial.

Otro —y no menos significativo— es el caso de aquellos programas televisivos en vivo, en los que los participantes son adolescentes y jóvenes y en los cuales el interrogar sobre lo esencial, por parte de quien o quienes los dirigen, no sólo no aparece en el texto ni en el contexto del diálogo, sino que resulta totalmente opacado por una irresponsable apelación a lo superficial, a lo absolutamente secundario y hasta soez, que se transforma, en definitiva, en lo central y en lo definitivo, tanto para los chicos que intervienen en el programa como, muy probablemente, para gran cantidad de jóvenes televidentes que miran esa clase de entrevistas grupales.

En uno de esos programas emitido por un canal de la Capital en el que se pretendía hablar de *sexo* se intercambiaron opiniones y puntos de vista y los chicos aportaron testimonios de experiencias personales —de las cuales sus padres se habrán sentido seguramente horrorizados, si no profundamente avergonzados— únicamente acerca de lo que es lisa y llanamente *sensualidad* y *genitalidad*, con el agravante de que la improvisada coordinadora hacía las preguntas con una evidente carga de lascivia y morbosidad.

Ciertamente, tanto la sensualidad como la genitalidad son ingredientes de la sexualidad humana, pero de ninguna manera pueden considerarse, ni de hecho son, lo esencial en el sexo.

El tema que se debía tratar en ese programa era el sexo, pero nunca se habló, por ejemplo, del sentido humano de la sexua-

lidad; nunca se lo trató de definir de alguna manera; en ningún momento se lo ubicó en el contexto del amor, de la complementación entre el hombre y la mujer; nunca se habló de la ética sexual, de los tiempos de la sexualidad; en ningún momento se ubicó a la sexualidad madura como uno de los ingredientes más importantes de la normalidad de la persona.

La conclusión es muy simple: en ese programa no sólo no se intentó aportar ideas o pistas formativas ni de esclarecimiento, sino que se deformó, se trivializó y se empañó una realidad esencial de la vida, como es el sexo.

Por ahí se pretende amortiguar la responsabilidad de quienes compaginan y dirigen ese tipo de programas en vivo, diciendo, por ejemplo: *Lo importante es que se hable del tema.*

¡Gran eslogan para todos aquellos periodistas y comunicadores en general que nunca entendieron que la palabra es simplemente un medio y que puede ser más mortífera que la más letal de las armas!

Por eso, es absolutamente absurda esa afirmación y demuestra una total ignorancia, subestima y hasta desprecio por la cultura y por la gente. Lo importante no es que simplemente se hable, sino que se lo haga con seriedad, con conocimientos, con profundidad, con respeto por la función comunicacional masiva que se está cumpliendo y, sobre todo, por estima y consideración hacia esa masa joven de adolescentes que siguen ávidamente esos programas, en busca de pistas hacia una orientación en temas tan importantes como el que hemos considerado y acerca de los cuales poco y nada les suelen ofrecer el hogar y la escuela.

Afortunadamente, ese programa fue oportunamente levantado.

He traído a colación este caso, porque, aunque particular y local, resulta paradigmático el bajo nivel cultural que suelen demostrar algunos conductores o programadores televisivos cuando, en programas como el citado, no tienen noción alguna acerca

de la importancia y trascendencia que tiene la palabra en un medio de comunicación masivo y lo que implica el saber y deber interrogar sobre lo esencial, en temas que a todas luces lo requieren.

Esa elevación cultural, en lo que concierne a los medios de comunicación, se logra solamente si quienes son responsables de proyectar la imagen y el mensaje, sobre todo cuando abordan una problemática como la que hemos citado, lo hacen con la preparación, el asesoramiento, el apoyo profesional específico necesario, y con la no menos afianzada actitud de estima y respeto por las expectativas sanas y normales de la comunidad.

Solo de esta manera *lo esencial* de la condición humana no sólo no será *invisible*, sino que quedará absolutamente desplegado en toda su verdad y su transparencia ante los ojos de quienes disfrutarán con asombro de que *Dios todo lo hizo bien*, como cantaba en épocas pasadas el padre Alejandro en una de sus más bellas canciones.

Luego de esta necesaria mirada a lo cotidiano, cabe preguntarnos: *¿Quién o quiénes saben interrogar sobre lo esencial?*

Para el Principito, no las personas grandes, porque aman las cifras, toman muy pocas cosas en serio, no saben crear lazos y porque, hacinados en el tren del viaje por la existencia, no persiguen absolutamente nada, nadie está contento donde está porque los ojos están ciegos y porque llevan mucha prisa.

Y agrega:

> *Sólo los niños aplastan sus narices contra los vidrios.*
> *Sólo los niños saben lo que buscan* (cap. XXII).

Yo completaría la afirmación de nuestro autor, diciendo: *Sólo los niños tienen capacidad de asombro.* Y solamente con esa luz en el espíritu se pueden iluminar y destacar los perfiles de lo esencial.

Si es así, resulta muy fácil responder a aquella pregunta, no sólo desde el punto de vista saintexuperiano, sino desde una perspectiva definidamente humana:

Sólo los niños saben interrogar sobre lo esencial.

A nadie escapa que en el término *niño*, Saint-Exupéry involucra simbólicamente a todos los seres humanos a quienes les toca vivir la primera etapa de su vida, es decir, la nueva generación.

Es precisamente esta generación joven la que sabe, puede y debe interrogar sobre lo esencial a las personas grandes que somos los padres de familia, los educadores, los sacerdotes, los políticos, los gobernantes, los legisladores, los comunicadores sociales y todos aquellos que por función, misión o profesión, tienen la irrenunciable responsabilidad de dar respuestas claras al cuestionamiento generacional y más aun de ofrecerle modelos, imágenes, mensajes y ejemplos de vida, para que esas respuestas sean fruto de la coherencia y no de la oratoria prefabricada o de la manipulación estratégica e interesada.

Pero este saber, este poder y este deber interrogar sobre lo esencial de la juventud, lamentablemente cuenta con muy pocas posibilidades de estimular la atención y despertar el interés de las personas grandes. El motivo es claro: su palabra no es rentable ni para la televisión, ni para el periodismo en general ni para la publicidad.

Por otro lado, se trata de un interrogar que siempre molesta, incomoda, interrumpe brutal y abruptamente la indiferencia, el paso acelerado, el discurso encumbrado o la cátedra aguda. Y ello es así, porque se trata de un interrogar que nace del derecho a la vida, a ser feliz y a vivir en un mundo más civilizado, más seguro y más humano, que son realidades esenciales.

Por todo eso, con palabras que no tienen ni voz ni voto, con gestos y actitudes que por lo general no son interpretados o se interpretan mal; con miradas que quedan suspendidas de la propia avidez por encontrar un poco más de luz, en medio de tantas sombras de perplejidades, conflictos de personalidad, también causados por la época que les toca vivir; con la impotencia de

comprobar que muchas veces tienen que caminar solos, cuando a menudo sienten la necesidad de que unos pasos maduros y cercanos les señalen rumbos ciertos, esperanzados y creativos, esos niños interrogan sobre lo esencial a la generación que los antecede y lo hacen más o menos así:

- ¿Qué mundo nos han dejado y cómo lo han dejado?
- ¿Qué han hecho de la naturaleza, de la vida, del equilibrio ecológico y del paisaje?
- ¿Qué han hecho del aire puro, del silencio, de los espacios habitables?
- ¿Qué imagen de futuro han logrado que nuestros ojos vislumbren?
- ¿Qué valores auténticos y permanentes nos legan como herencia?
- ¿Con qué restos de cultura y civilización nos largan a reconstruir todo lo que han deteriorado y destruido en la humanidad y en nuestro planeta?
- ¿Con qué jerarquía de prioridades han manejado y manejan la economía, el poder, la ciencia, la tecnología y las comunicaciones?
- ¿Sobre qué bases éticas y humanitarias han construido la justicia distributiva, para que desaparezca o por lo menos disminuya la pobreza en el mundo?
- ¿Qué cimientos han cavado para que nosotros podamos construir sobre ellos el edificio de una paz universal y duradera?
- ¿Qué ejemplos y testimonios de vida nos han propuesto?
- ¿Qué ideales, proyectos y esperanzas nos han contagiado?

Para poder responder a estas preguntas que apuntan a lo esencial, en su más trágica y universal trascendencia y que son sólo algunas de las muchas que la joven generación podría hacer a

la que le antecede, ¿estaremos en condiciones las personas grandes, pretendidamente serias y razonables, de *recordar que también nosotros alguna vez hemos sido niños?*

> *Todas las personas grandes han sido niños antes.*
> *Pero pocas lo recuerdan.*

Naturalmente, no se trata de un recordar que simplemente involucra un cierto ejercicio de la memoria, con toda la carga de imágenes y emociones que lleva consigo.

En Saint-Exupéry, recordar es fundamentalmente *hacer consciente* o más bien: asumir con responsabilidad actual el más importante e irrenunciable de los roles que tiene una generación con la que le sigue y que no es otra cosa que saber preparar los espacios y los tiempos para dejar a ella la *heredad en el amor*, como dice nuestro escritor en *Ciudadela*:

> *Al tesoro interior no lo transmite las palabras, sino la heredad en el amor.*

Y de amor en amor se lega esa heredad.

En lo que bien podría denominarse un alerta generacional esencializante, completa la idea con estos electrizantes párrafos:

> *Y vosotros hacéis del hombre una bestia primitiva y desnuda, al olvidar que la humanidad en su desarrollo es cual un árbol que crece y que se continúa el uno con el otro, como el poder del árbol dura a través de sus nudos, sus retorcimientos y la división de sus ramas.*[39]
> *Pero si separas las generaciones, es como si quisieras recomenzar al hombre mismo, en medio de su vida, y luego de borrar en él cuanto sabía, sentía y comprendía, deseaba y temía, reemplazarás esta suma de conocimientos, convertida en carne, por*

las magras fórmulas extraídas de un libro,
habiendo suprimido toda la savia que subía a
través del tronco y transmitiendo a los hombres
sólo cosas codificadas.[40]

No hay que pensar, sin embargo, que cumplir con este rol generacional es una tarea abstracta y utópica. Todo lo contrario, es vital y concreta, siempre y cuando la comencemos por nuestra propia casa.

Es allí en donde podemos comenzar a interrogarnos a nosotros mismos sobre lo esencial, en la sinceridad de nuestro mundo interior. Allí figura y fondo se identifican y el ojo íntimo, como el que estimulaba el ejercicio perceptivo del piloto, aprende poco a poco a *ver médulas* en vez de simples *cortezas*.

Pero este *saber interrogarnos sobre lo esencial* desde nuestra interioridad esclarecida depende del grado de libertad interior que hayamos logrado. Porque no puede haber autoanálisis y esclarecimiento interior, sin lograr —por lo menos ocasionalmente— liberarnos de las ataduras y los condicionamientos psicosociales derivados del ritmo vertiginoso de vida de nuestra época y del estilo incomprometido de vida al que pretende conducirnos la visión posmodernista de la realidad.

Y al hablar de libertad interior, no me refiero, naturalmente, a ese logro supremo que Saint-Exupéry, en *Tierra de hombres*, descubre en el viejo negro cautivo Bark, del cual dice:

Era libre, pero infinitamente, hasta el punto de no
sentirse pesar ya sobre la tierra,[41]

sino a la elemental opción de atreverse a ser uno mismo, con la actitud que contribuye simplemente a devolver a un hombre su dignidad de tal, como escribe nuestro autor en el libro citado.

Para lograr esa libertad interior, quizás sea necesario detenernos por algunos momentos a la vera del camino, dominar la

prisa que nos aliena y obnubila, acallar el ruido que nos aturde y superar la rutina que nos deshumaniza.

Sólo cuando habremos logrado ese entorno de paz y armonía, podremos tratar de internarnos en una saludable reflexión acerca de:

- las realidades a las cuales estoy dando valor en mi vida;
- las cosas, hechos, personas, vivencias e ideales que merecen la inversión de mis energías físicas y psíquicas, de mi tiempo, de mi trabajo, de mi esfuerzo, de mis afectos, de mi preocupación, de mis proyectos y de mi dinero;
- la jerarquía de valores de que se nutren mis opciones importantes.

Es obvio que esta saludable reflexión implica preguntas esenciales que, naturalmente, van mucho más allá del cometido que tienen los cuestionamientos que hacen a sus entrevistados ciertos periodistas. Mientras allí de lo que se trata en general —y más allá de que el objetivo se alcance— es de un intercambio de opiniones en función del esclarecimiento de una determinada problemática, en la realidad personal, de lo que se podría tratar es de *redefinir*, *reevaluar*, *reorientar* y *replantear*, si fuere necesario, todo un sentido de vida.

En medio de este por cierto nada fácil enfrentamiento con uno mismo, tal vez caigamos en la cuenta —por ejemplo— de que la crisis de identidad o falta de autoestima que está viviendo nuestro hijo adolescente, o la falta de diálogo, comunicación y entendimiento que se palpa en nuestro ambiente hogareño resultan para nosotros mucho menos importantes y esenciales que los resultados de los partidos de fútbol que se juegan en la semana.

Quizás esa bienhechora concientización nos indique que el tiempo y la preocupación que nos absorben los amigos, las rela-

ciones públicas, el deporte y el propio ejercicio profesional pueden ser desproporcionados y excesivos respecto de los que, por ejemplo, destinamos al encuentro y reencuentro en familia.

O tal vez tomemos conciencia de que nos preocupamos en exceso por nimiedades; que nos escandalizamos y nos rasgamos las vestiduras por hechos intrascendentes; que estamos continuamente a la defensiva contra actitudes ajenas que nuestra propia fantasía ha cargado de agresión y peligrosidad; que vivimos quejándonos de todo y de todos, porque no sabemos ver y ser conscientes de nuestras propias limitaciones, fallas y deficiencias.

Por eso, como frecuente recurso de higiene actitudinal y conductual, deberíamos aprender a interrogarnos sobre formas cotidianas de relacionarnos con los demás, tales como: tolera, si quieres ser tolerado; respeta, si quieres ser respetado; escucha, si quieres ser escuchado; espera, si quieres que te esperen, calla acerca de tu prójimo, si pretendes su discreción; comprende, si quieres ser comprendido; perdona, si quieres ser perdonado; ama, si quieres ser amado.

O, en el orden de prioridades en relación al objeto del gasto, tanto económico como de energía vital, tal vez tomemos conciencia de que en nuestra vida hay mucho espacio para lo cuantitativo y muy poco para lo cualitativo y los multiformes espacios de vida que ofrece la gratuidad. Muy plástica y significativamente dice con respecto de ello el Principito:

> *Yo, se dijo el Principito, si tuviera cincuenta y tres minutos para gastar, caminaría muy suavemente hacia una fuente* (cap. XXIII).

Nadie podría sostener que este interrogar sobre lo esencial en nosotros mismos sea una empresa fácil de cumplir. En realidad, quizás sea una de las más difíciles aventuras que nos pueda presentar nuestro efímero paso por este mundo. Sin embargo, algu-

na vez habrá que intentarla, para poder descifrar los secretos que cada día de vida trae consigo:

> *Cuando el misterio es demasiado grande, no es posible desobedecer* (cap. II).

leemos en *El Principito.* Y la madre Teresa de Calcuta —como leíamos en el capítulo VI— nos alecciona con una frase que encierra todo un programa de vida:

> *La vida es un misterio, desvélalo.*

Si ese interrogar sobre lo esencial en nuestra propia vida es voluntario y espontáneo, encontraremos respuestas llenas de sentido y de sereno esclarecimiento. Cuando no sucede de esta manera, es la propia vida la que a veces se encarga por su propia cuenta de *interrogarnos sobre lo esencial* con un estilo que casi siempre resulta tajante y conflictivo en tiempos que comúnmente son imprevisibles. Es el golpear de la crisis a nuestra puerta. (De ello hablaremos en profundidad en el próximo capítulo.)

De cualquier manera, no es tan importante el camino por el que lleguemos al objetivo, como el que finalmente lo alcancemos. En definitiva, lo importante es que crezcamos en sabiduría respecto de comprender que lo esencial no es algo que hay que buscar demasiado lejos, como si fuese una entidad extraña a nuestras experiencias y a nuestro entorno cotidiano.

Todo lo contrario, es un tesoro escondido que podría ser descubierto en cualquier rincón de nuestro propio mundo interior, de nuestra propia casa o en los gestos del rostro, del corazón o del espíritu de cualquiera de sus habitantes, si aprendiéramos a interrogar sobre lo esencial.

Seguramente nos resultará gratificante y provechoso reflexionar y meditar sobre lo que Saint-Exupéry escribió en *Tierra de hombres*, en el capítulo "Oasis":

La pared de un jardín de nuestra casa puede encerrar más secretos que la Muralla china... ¡Ah! Lo maravilloso de una casa no es que nos abrigue o nos caliente, ni que uno posea sus paredes. Sino que haya lentamente depositado en nosotros esas provisiones de dulzura. Que ella forme, en el fondo del corazón, el oscuro macizo donde nacen, como las aguas de una fuente, los sueños...![42]

IX. El mensaje "esencial" de la "crisis"

A poco de haber comenzado la lectura de *El Principito*, nos convertimos en testigos de una escena en la que se describe una situación de crisis: un avión ha caído en el desierto:

> *Viví así, solo, sin nadie con quien hablar verdaderamente, hasta que tuve un accidente en el desierto de Sahara, hace seis años... Era para mí cuestión de vida o muerte. Tenía agua de beber apenas para ocho días...* (cap. II).

Por la concisión con que el episodio está narrado, se podría decir que más que una escena, se trata de un *flash*. Precisamente, para que esa escena no quede en nuestra fantasía como una imagen fugaz y para ubicarnos más estratégicamente ante lo que considero constituye una circunstancia básica para entender el marco de referencia dentro del cual el zorro transmite el secreto al Principito, es conveniente que consideremos ese gesto del relato.

Pero, antes de ello, nada mejor que acercarnos un poco a algunos aspectos de la vida de nuestro escritor, para que podamos entender el sentido global que tiene la crisis, es decir: el conflicto, el sufrimiento y hasta la tragedia en *El Principito*.

Durante muchos años, para Saint-Exupéry, el desierto de Sahara fue su casa, su lugar de trabajo y el gran escenario de vivencias que calaron profundamente en su vida. Conoció muy de cerca y sufrió en carne propia lo que significaba precipitarse

con el avión en medio de la inmensidad amarilla en una época (los años 30) en que la aviación estaba en sus primeros pasos y tanto los aeroplanos como su equipamiento resultaban muy precarios.

Apenas tenía cuatro años cuando falleció su padre, en 1904. Trece años más tarde murió su único hermano varón, François, hecho que lo sumió en una profunda depresión. En 1919 fracasó en el examen de ingreso a la Escuela Naval y resultó efímero su paso por la Escuela de Arquitectura. En 1930, su entrañable amigo Guillaumet sufrió un gravísimo accidente de aviación en la cordillera mendocina, tragedia cuyos dramáticos detalles quedaron para siempre grabados en su memoria y de la cual dejó un patético testimonio en el capítulo II de *Tierra de hombres*.

Tanto en su vida amorosa, como en algunas empresas comerciales que emprendió, siendo joven aun, tuvo serios reveses y desilusiones. Por otra parte, alguno de sus libros no siempre fue aceptado con beneplácito y fue objeto de críticas destructivas, por parte de un grupo que, aunque minúsculo, hirió el amor propio y la autoestima de Saint-Exupéry.

Por sus ideas políticas, totalmente contrarias a De Gaulle, sufrió constantes roces con los otros exiliados franceses en los Estados Unidos y con sus compatriotas en general —como escribe Ernesto Schóo—. Hasta se lo acusó de ser un realista que conspiraba para que regresara la monarquía a Francia.[43]

Su unión con Consuelo Saucin no resultó lo que se suele decir, un matrimonio avenido, sino más bien —como acota el mismo Schóo—- una *pareja abierta, cada uno en sus asuntos, incluyendo sobre todo los amorosos.*[44] Entre sus mayores frustraciones y dado el amor que sentía por los niños, el no haber tenido hijos seguramente ocupó un lugar preponderante.

Al respecto, alguna vez escribió a su madre que le hubiera gustado *tener la casa repleta de Antoñitos.*

Durante su vida de piloto sufrió siete accidentes, uno de los cuales, el de Guatemala en 1937, casi lo llevó a la tumba.

No resulta superfluo este rápido repaso cronológico de aspectos, hechos y circunstancias conflictivas y dolorosas de la vida de nuestro escritor. Ello nos puede llevar a una más profunda comprensión de su obra literaria, signada, en casi su totalidad, por un verdadero protagonismo de la *crisis* como realidad inherente, en mayor o menor grado, a toda existencia humana.

De aquí el realismo que palpita en cada página de sus libros, sobre todo en las de *El Principito* y las de *Tierra de hombres*, y que llevara a los editores franceses del primero de ellos, Gallimard, a afirmar que Saint-Exupéry fue un *escritor jamás desencarnado.*

En este punto, cabe hacernos una pregunta que es fundamental:

¿Qué rol cumple en *El Principito* la realidad de la crisis, que aparece aquí y allá, en el desarrollo de la bella historia?

Creo que la crisis en nuestro Pequeño-Gran Libro no está encuadrada dentro de un sentido cotidiano, ni está ubicada dentro de lo obvio o esperable, en lo que a literatura narrativa se refiere.

La crisis en *El Principito* tiene función de estímulo esclarecedor. Esto significa que la experiencia crítica no está ubicada en el cuento, en función de despertar en el lector alguna clase de impacto sensacionalista o de suspenso, como de hecho suele suceder en algunos cuentos y novelas de otros autores.

Mucho menos tiende a estimular impactos emocionales o asombros estrategicos, que ciertos escritores —con toda licitud, por cierto— ubican sagazmente en distintos rincones de sus narraciones, para mantener vivo el interés en la lectura, para hacer más fácil e inmediata la identificación del lector con los personajes o simplemente para dar mayor patetismo a la obra.

La crisis en *El Principito,* se resuelve en lo que podría denominarse *shock* positivo, por cuanto sus personajes viven la expe-

riencia trágica o conflictiva como un verdadero trampolín existencial que, desde distintas perspectivas, los elevan a esclarecedoras alturas de comprensión, tomas de conciencia y, consecuentemente, a nuevas y más maduras formas de ver la realidad y de verse a sí mismos.

Caer en avión en medio del desierto en aquellos tiempos era ciertamente una circunstancia límite, por las terribles sensaciones anímicas y físicas que producía: sentimientos de impotencia, de abandono, de soledad absoluta, de aislamiento inconmensurable, de desesperanza en el rescate, de infinito paso del tiempo. A lo que hay que agregar, naturalmente, la sed y toda la serie de trastornos concomitantes.

En 1935, junto a su mecánico Prévot, nuestro piloto cae en pleno Sahara, en un *raid* hacia Indochina. En el capítulo VII de *Tierra de hombres* desgrana con bella plasticidad esa odisea:

> *Prévot viene a sentarse junto a mí y me dice:*
> *—Es extraordinario que estemos vivos.*
>
> . . . .
>
> *Crece el calor y con él vienen los espejismos. Pero no son aún sino espejismos elementales. Grandes lagos se forman y se desvanecen cuando avanzamos. El valle de las arenas, a nuestros pies, desemboca en un desierto de arena, sin piedras, cuya luz resplandeciente quema los ojos.*
>
> . . . .
>
> *Pero yo no experimento ningún hambre. Sólo experimento sed. Y me parece que desde ahora, más que la sed, experimento los efectos de la sed. Esta dura garganta. Esta lengua de yeso. Esta aspereza y este espantoso gusto en la boca... La*

sed se convierte cada vez más en una enfermedad y menos en un deseo.[45]

El desierto no es en *El Principito* un simple recurso de la fantasía que, por otra parte, hubiera sido perfectamente apto y conveniente, de haberse tratado de una creación pura, sino un inmenso escenario cuya imagen el escritor extrajo de su experiencia personal. Por otro lado, no podría haber habido mejor encuadre, en su inspiración, para su insólito encuentro con el Principito, por cuanto para *hablar verdaderamente* con alguien hace falta, de alguna manera: silencio, soledad y aislamiento de todo aquello que implica ruido, rutina, tumulto y agitación, como escribí en mi ensayo anterior:

Ese silencio, esa soledad y lejanía fueron las condiciones por las que nuestro viajero se encontró con el Principito y por las que pudo hablar verdaderamente con él.[46]

Por otra parte, Saint-Exupéry amaba el desierto, pese a que ese mar de arena y soledad le jugó tantas malas pasadas. Así lo dice en *Tierra de hombres:*

He amado mucho el Sahara. He pasado noches en terreno rebelde. He despertado en esa extensión rubia donde el viento marca su oleaje como sobre el mar.

. . . .

¿El desierto? Un día me fue dado abordarle por el lado del corazón.[47]

Sin embargo, no siempre fue así. En algún momento, la vida en el Sahara le resultó extraña:

Esta noche es Navidad. Realmente no se nota en toda esta arena. Aquí el tiempo corre sin referencias. Extraña manera de pasar la vida en semejante mundo.[48]

Nos podríamos preguntar el porqué de ese amor y admiración de nuestro escritor por el desierto. Quizás haya que buscar la respuesta simplemente en el hecho de que el Sahara, para él, llegó a ser el símbolo más significativo de la crisis como maestra de vida.

Pero en *El Principito*, la crisis es protagonista, no sólo como circunstancia límite o como gran escenario, sino que ella se presenta en forma de conflictos cotidianos, como los que solemos vivir los seres humanos en la prosaica realidad de nuestro diario existir.

Uno de esos conflictos cotidianos es el agudo desencuentro que enfrentan ambos personajes, en el diálogo en que el Principito pregunta al piloto *para qué sirven las espinas*, en donde el contenido crítico de la situación se demuestra como uno de los más impactantes y emotivos del libro, como hemos visto en páginas anteriores.

Otro momento de crisis emocional es vivido por el Principito, cuando, casi al terminar su visita al planeta del Geógrafo experimenta *su primer impulso de nostalgia por su rosa*, que siente *amenazada por una próxima desaparición*, porque es *efímera*.

La crisis más grave que vivió nuestro simpático personaje, acaeció cuando, luego de descubrir el jardín en el que mostraban su esplendoroso delirio de color cinco mil rosas y, consecuentemente, que su rosa —la que dejó en su planeta— no era la única en el universo, como ella le había dicho, se sintió profundamente desdichado. Esta es precisamente la crisis central de la narración, el pivot alrededor del cual gira todo el sentido y profun-

didad del secreto que le regalará el zorro. Tan es así que, gracias a ella, el Principito aprenderá a superar la misteriosa *invisibilidad* de *lo esencial*:

> *Luego se dijo aun: "Me creía rico con una flor única y no poseo más que una rosa ordinaria. La rosa y mis tres volcanes que me llegan a la rodilla, uno de los cuales quizá esté apagado para siempre. Realmente, no soy un gran príncipe..." Y tendido sobre la hierba, lloró* (cap. XX).

Por otra parte, en *El Principito*, la crisis es un elemento tanto estructural como dinámico que aparece en la narración con una funcionalidad que no solamente colorea la trama con una especial tonalidad emotiva, sino que cumple una función muy específica en lo que podría llamarse el juego de los *contrastes reveladores*.

Para entender este concepto, resulta conveniente recurrir, analógicamente, al arte de la pintura.

Un principio básico en esta estupenda manifestación de la estética, dice que mientras más contrastes muestran los colores de un cuadro, tanto más se destacan la figura central (el tema), más se adelantan y se alejan los planos (perspectiva) y más significativo aparece el contexto (fondo).

Este contraste entre tonos y colores no sólo cumple la función descripta, sino que hace que quien mira el cuadro, se pueda meter más fácilmente en la atmósfera pictórica en la que quiso el artista envolver su obra y, por lo tanto, poder entender más acabadamente su mensaje y captar su estilo, tal como sucede —por ejemplo—, en los cuadros de Caravaggio o de Velázquez.

En *El Principito*, analógicamente hablando, sucede algo muy similar. Allí también se destacan colores contrastantes que realzan el tema central, dan coherencia y unidad al fondo y una mayor identidad a la obra. Esos colores contrapuestos, en el libro, no son

otra cosa que los momentos y episodios de crisis. Ellos surgen aquí y allá como pinceladas cargadas, no sólo de la maestría propia de quien maneja a la perfección el oficio, sino de los toques de esa iluminada inspiración que alberga solo el espíritu y el corazón de quien es un verdadero artista.

En mi cuento "Color tiempo" he querido dejar plasmado algo del sentido de esta realidad, en el diálogo que los *siete genios del color* del primer Arco Iris, ya integrados al cuadro de la existencia humana, protagonizan desde una recuperada identidad tonal, luego de haber pasado por una crisis de despersonalización cromática:

> *Hablan de los tonos contrastantes que componen la dicha y el dolor, el amor y el odio, la angustia y la alegría, la realidad y la ilusión, el temor y la esperanza, la ira y la mansedumbre, el bien y el mal; la felicidad y la tristeza, la vida y la muerte... Y comentan asombrados que siempre son trazos de un mismo pincel, sobre un mismo cuadro... Así aprendieron que allí la luz se siente compañera de las sombras.*[49]

Parafraseando este texto, se podría decir:

Ante los contrastes entre las tonalidades que muestra el cuadro de la vida, trazados por el pincel de la *crisis*, el hombre está en condiciones de aprender que en su existencia, los colores luminosos y claros pueden llegar a sentirse amigos y complementarios con los apagados y oscuros.

Esto significa, simbólicamente, que las crisis grandes y pequeñas, coyunturales y permanentes, previstas y no previstas, pueden enriquecer nuestra vida con tal variedad de trazos y colores contrapuestos, que la hagan pródiga en planos y perspectivas, en una armónica y siempre original unidad compositiva.

•

Quizás sea por esta innegable verdad que, en determinadas condiciones existenciales, tanto más y mejor puede crecer y madurar una persona, cuanto más crisis haya tenido que enfrentar y podido superar en su vida o cuanto mayor discernimiento y sentido de realidad haya podido desarrollar frente a ellas.

De todos modos, es una verdad axiomática que nada que tenga valor y trascendencia en la vida puede ser alcanzado sin tener que superar crisis de distinto tipo. Todo afianzamiento vivencial supone alguna clase de sufrimiento, incomodidad, desgaste o angustia.

En *Ciudadela*, Saint-Exupéry expresa este hecho con una bella imagen:

> *¿De dónde deduces que el cedro ganaría al evitar el viento? El viento lo desgarra, pero lo funda... Si algo se opone a ti y te desgarra, déjalo crecer, que así afianzas tus raíces y te renuevas. ¡Bienvenido el desgarramiento que te impulsa al parto de ti mismo!... Y de esto proviene que el sufrimiento te engrandezca, cuando lo aceptas.*[50]

Por el contrario, la vida fácil y monocromática, en la cual toda forma de crisis resulta ser tan sólo una vivencia intrusa que *hay que negar y rechazar*, no tiene planos en los cuales se puedan percibir profundidades, ni perspectivas desde las que sea posible descubrir nuevos horizontes o proyectar inéditas formas de recrear la figura y el fondo de la vida.

Saint-Exupéry, que indudablemente sabía mucho respecto de superación de crisis tiene autoridad moral para decirnos en *Tierra de hombres*:

> *El hombre se descubre cuando se mide con el obstáculo.*[51]

Al leer esta sabia afirmación, seguramente recalarán espontáneamente en la mente del lector, imágenes de ejemplos concre-

tos, lejanos y cercanos, que confirman, la veracidad de esas palabras. Y tal vez él mismo, desde el propio crisol de su experiencia, pueda dar fehaciente testimonio de que la crisis, conscientemente asumida y adecuadamente superada, puede ser una oportunidad y una opción que suele ofrecernos la vida para que aprendamos a realizarnos como personas y a proyectarnos en ella más creativa, serena, audaz, segura y esperanzadamente.

Esto no quiere decir, naturalmente, que la superación de una crisis no suponga dudas, vacilaciones, descreimientos, interrogantes, lágrimas, indecisiones, desalientos, desesperanzas y toda una pléyade de estados de ánimo que muchas veces nos hacen tocar fondo.

Si así no fuera, no seríamos personas, sino zombis, robots o ángeles.

¿No gritaban los Apóstoles, poco menos que desesperados: *¡Sálvanos, Señor, que perecemos!*, cuando parecía que la tempestad hacía naufragar la nave? ¡Y eran los Apóstoles! ¿No oraba Jesús en el Huerto de los Olivos, reclamándole al Padre que *pasara de él* ese *cáliz?* ¡Y era el propio Salvador!

Pocas cosas pueden dignificar más a un hombre, que sentirse verdaderamente tal, cuando, a través del mensaje que siempre trae consigo la crisis, logra descubrir, asumir y agradecer el esencial privilegio de ser simplemente un ser humano. Más aun, ¿no es, acaso, el tocar fondo una forma de comprender que no hay otro rumbo o dirección, para poder salir, que yendo o tendiendo hacia arriba?

Pero, de hecho, no todos y no siempre estamos en condiciones, por causas externas e internas, de lograr esa ubicación valorativa, ante la circunstancia de tener que enfrentar una crisis.

Esa capacidad o posibilidad de asumir y superar la crisis depende, en primer lugar, del momento y la forma en que se presenta y, en segundo lugar, de cómo nos encuentre preparados para enfrentarla.

Naturalmente, no es lo mismo que una crisis aparezca en la vida de una persona, cuando es apenas adolescente, que cuando es madura o entrada en años. Por ejemplo, la muerte del progenitor. En el caso del adulto, esa crisis naturalmente es dolorosa, pero lo encuentra relativamente armado para superarla con cierta entereza y resignación. No es así en el caso de un niño o de un adolescente, para quien su progenitor significa, normalmente hablando, su figura de identificación, su modelo, su interlocutor más válido, su amigo más entrañable, su fuerza de todos los momentos, su más esencial imagen de seguridad. Por eso: para poder asumir y superar la crisis, resultan decisivas las condiciones psicofísicas y espirituales en que nos encuentra. De ello depende, en gran medida, que la crisis sea una *oportunidad para crecer y avanzar* o, por el contrario, una *experiencia que nos hace involucionar y retroceder.*

Así, una misma crisis puede producir efectos opuestos en distintas personas, según el grado de equilibrio, de paz y armonía interiores, de la fe en Dios y en ellas mismas, de la autoestima, de las ganas de vivir, de luchar, de no dejarse vencer; de saber esperar que ellas hayan logrado desarrollar. Y también depende del grupo humano que las rodea y acompaña en esos difíciles momentos.

En algunos, la crisis los hunde en depresión, en desesperanza, en la pérdida de las ganas de vivir, en quejas y lamentos contra Dios, contra la vida, contra sí mismos y contra los que los rodean. En otros, los hace reflexionar serenamente sobre los valores de la vida y de los seres que los acompañan o conviven con ellos; los hace recapacitar respecto de actitudes ante la vida que hasta ayer les parecían inobjetables y, en definitiva, los hace evolucionar psíquica y espiritualmente.

Hay personas para las cuales, hasta los inconvenientes y dificultades más comunes de la vida cotidiana se transforman en

verdaderas tragedias, frente a las cuales reaccionan desproporcionadamente. Es la gente que vive quejándose de todo y de todos, lamentándose ante los demás y ante sí mismos de su malaria, de su mala suerte y de lo duro que resulta vivir en este mundo.

Comúnmente se trata de seres que no han crecido ni mucho menos madurado, merced, quizás a una educación *light* es decir, suave, edulcorada, mimada y sobreprotegida. O tal vez porque en sus vidas no ha habido tiempo ni espacio para una saludable toma de distancia de sí mismos, que les permita ver, en su justa dimensión, los límites y condicionamientos que tiene nuestra existencia. En general, se trata de seres humanos cuya interioridad está llena de ruido y no han sabido —o podido— encontrar ese plácido e iluminado entorno interior, en donde la propia verdad se revela: el silencio de todos y de todo.

En *Ciudadela*, nuestro escritor ha dejado verdaderos tesoros espirituales respecto de este silencio esclarecedor y trascendente. He aquí dos de sus joyas:

> *Porque sólo en el silencio, la verdad de cada uno se anuda y echa raíces.*[52]

> *Silencio: puerto del navío. Silencio en Dios, puerto de todos los navíos.*[53]

Quizás sea este el punto clave de la necesidad de una sólida preparación, tanto psíquica como espiritual, próxima y remota, que nos permita asumir y superar, en alguna medida o totalmente, las pequeñas y grandes crisis que a cada individuo reserva la vida.

Lamentablemente, no siempre padres y educadores sabemos desarrollar en nuestros hijos y en nuestros alumnos esa suerte de aprovisionamiento de energía y esclarecimiento que les sirvan para enfrentar toda clase de crisis, conflictos o meras dificultades que jalonan el diario existir.

Esa preparación podría conducir, entre otras cosas, a que, ya desde muy jóvenes, nuestros hijos y nuestros educandos aprendan a ver con ojos que sepan distinguir:

- lo importante, de lo secundario;
- lo trivial, de lo serio;
- la totalidad, del detalle;
- lo trascendente, de lo intrascendente;
- lo permanente, de lo efímero;
- lo profundo, de lo superficial;
- lo valioso, de lo banal;
- lo esencial de lo accesorio;
- el dolor y el sufrimiento, de su sentido proyectivo de vida.

Hay distintas formas de lograr esa visión esencializadora.

En primer lugar, hay que colocar la *fe*, a la luz de la cual todo tiene *explicación, trascendencia y sentido*. No cabe duda de que es muy distinto enfrentar una crisis con los criterios de la fe, que con una visión meramente humana y naturalista. Y, a propósito de fe, habría que tener muy en cuenta lo que Pascal afirmaba:

> *La fe dice lo que los sentidos no confiesan, pero jamás lo contrario. Está por encima de ellos, pero no en contra.*

Eso no significa que sólo con la fe, todo se soluciona y todo tiene explicación. Ya vimos que una sólida y sana estructura de personalidad resulta una condición básica, una especie de cimiento sobre el cual se pueden construir las murallas del imperio interior. Y cuanto más sólidamente estructurado es ese imperio interior, tanto más fructífero es su recurso a la trascendencia y al misterio.

Más allá del aspecto formal interpretativo que ofrece el ropaje literario de *El Principito*, tratemos de internarnos en el pen-

samiento del autor, en cuanto a sus propias convicciones respecto del sentido de la crisis en la existencia humana. Ello podrá enriquecer, seguramente, todo lo que hasta aquí hemos reflexionado y nos servirá, a su vez, de pistas para un análisis más afinado.

Se podría decir que, para Saint-Exupéry, la crisis fue en su vida, lo que el desierto en sus vuelos. Siempre estaba allí, como compañera inseparable, como testigo omnipresente, como opción, como un inmenso escalón que probaba en él la energía para encarar la aventura de la ascensión y el crecimiento.

Muy pocos como él, pueden llegar a decir, luego de superar una crisis tan crucial, como fue la de su caída en el desierto:

> *¡Ah, no hay duda, he descubierto ya esta evidencia! Nada es intolerable. Aprenderé mañana y pasado mañana que nada, decididamente, es intolerable. Sólo creo a medias en el suplicio. He hecho ya esta reflexión. He creído un día, que me ahogaba, prisionero en una cabina y no he sufrido mucho. He creído a veces romperme la cara y no me ha parecido un acontecimiento considerable. Tampoco aquí conoceré apenas la angustia. Mañana sabré a ese respecto, cosas más extrañas todavía.*[54]

No sería superfluo, en este punto, tratar de calcular la distancia a que podríamos estar en la valoración de nuestras propia capacidad de enfrentar las crisis personales, comparándola con la experiencia que nuestro escritor pudo atesorar y que ha dejado bellamente tallada en ese texto.

No es ciertamente fácil ni simple poder llegar a ese grado de aceptación de la crisis. Es que no se trata, en su caso, de una simple aceptación, que es sinónimo de conformidad, de tolerancia o de paciencia, sino de una verdadera superación del dolor, la

frustración, el conflicto y la adversidad, desde un fecundo saber ver lo esencial.

De todos modos, creo que su actitud frente a la crisis encierra una enseñanza que lleva un mensaje profundamente humano y realista: la íntima decisión de inscribirse voluntaria y definidamente en la escuela de la vida y de ser un dócil, sereno y humilde alumno de esa maestra cuyo rostro y maneras no siempre resultan agradables, pero nos puede enseñar a ver las cosas importantes, nuestro transitorio, limitado y frágil ser en el tiempo y, a su vez, nuestra posibilidad de trascender esa transitoriedad, esas limitaciones y esa fragilidad, hacia un ser más y un poder mejor.

Por eso, se podría afirmar que, en nuestra vida, los éxitos y los aciertos alimentan positivamente nuestro *yo* y nuestras energías productivas; pero son las crisis superadas las que verdaderamente nos hacen *ver lo esencial.*

Recuerdo, en este momento, a los jóvenes deportistas uruguayos cuyo avión se accidentó en la cordillera, allá por 1972.

¡Qué hermoso ejemplo de fortaleza interior, de sentido de grupo, de constancia en la adversidad, de profunda fe en Dios y en sí mismos! Ellos no sólo crecieron humana y cristianamente, sino que nos dejaron un maravilloso ejemplo de cómo se puede superar una crisis que aparece como límite.

Ciertamente, Saint-Exupéry no hubiese llegado a ser un pensador y un escritor tan profundo, realista y humano, si en su vida no hubiese cabido la crisis como cotidiano y fecundo crisol de sabiduría.

Y ello es así, porque la visita de la crisis, cuando llega a nuestra vida como un golpe intempestivo, que nos saca abruptamente de lo común y cotidiano, cumple una providencial y paradójica función: la de *interrogarnos sobre lo esencial.*

Digo *providencial,* porque para quienes creemos en un Dios Padre, que se ocupa de nosotros, que nos ama entrañablemente,

y que no permite que *un solo cabello de nuestra cabeza caiga sin que él lo permita,* esa crisis es, de alguna manera y por *caminos que no son los nuestros*, una prueba de su amor.

Por otra parte, ¿no nos dice Jesucristo en su Evangelio:

Quien quiere ser mi discípulo, tome su cruz y sígame?

No es fácil aceptar y menos vivir esta realidad cristiana central. Para los mismos santos, la crisis, que se podía manifestar, como en el caso de Santa Teresa, en la experiencia de una prolongada aridez espiritual o, como en el de San Juan de la Cruz, en una noche oscura, no fue casi nunca una iluminación, como le sucedió a San Pablo, sino tan sólo una llave con la que ellos pudiesen abrir dificultosamente el cofre de algún tesoro escondido con que el Buen Padre quería sorprenderlos.

Seguramente no siempre fue fácil aun para ellos ver lo esencial. Sin embargo, aun sin poderlo ver ni vislumbrar en esos momentos de crisis, supieron ser responsables del amor que habían sabido domesticar, en la filial confianza del: *¡Sí, Padre...!*

Y para nosotros —que no somos santos— ¡qué difícil resulta el ver de la fe! Sin embargo, ¡qué reconfortante, aleccionador y lleno de sentido es tratar de que su luz, aunque pequeña, frágil y mortecina, nos ayude a realzar tonos, planos y perspectivas, para que podamos percibir la coherencia interna que tiene el cuadro de nuestra vida, pese a los tonos contrastantes que el pincel de la crisis suele trazar sobre él.

Y digo *paradójica* porque mientras la figura de la crisis, o sea, su rostro y sus gestos, se nos imponen desde el afuera con su ruda presencia, su fondo, es decir, su sentido, es algo que necesariamente hay que descubrir y elaborar en nuestro desierto interior.

Es allí, en la claridad atenta del espíritu, donde podremos alcanzar a ver que si, como decía la madre Teresa, es cierto aquello de que:

- la vida es un reto que hay que enfrentar,
- un misterio que hay que desvelar,
- una tragedia que hay que dominar y
- un combate que hay que aceptar,

también es cierto que:

- la vida es una oportunidad que hay que aprovechar,
- una riqueza que hay que conservar,
- un himno que hay que cantar y
- una felicidad que hay que merecer..., como agregaba la misma religiosa.

La crisis forma parte insoslayable de todo aquello que denominamos vivencias, y a las enseñanzas que ellas nos suelen dejar las llamamos experiencia. Pero, para que esas *vivencias* se transformen en *experiencias*, hace falta un *saber ver lo esencial*, para que, como sucede cuando miramos un cuadro, sepamos distinguir planos, ubicar profundidades y descubrir mensajes invisibles, más allá de su fondo y su figura.

Por eso, *haber vivido más tiempo*, no significa *tener más experiencia*, sino, en todo caso, *haber acumulado más cantidad de vivencia.*

Es precisamente la crisis la circunstancia vital que, con mayor eficacia suele hacer —en general y en determinadas condiciones— que una vivencia se transmute en experiencia. Y, si existe la posibilidad de toma de distancia, de reflexión, de silencio, de fe y del consiguiente reeencuentro con esa verdad interior de que habla el Divino Maestro, esa crisis no sólo no nos frustra, no nos inhibe y no nos arroja brutalmente en la temible ciénaga de la desesperanza, la tristeza o la depresión, sino que, por el contrario, nos hace evolucionar psíquica y espiritualmente y nos estimula a la saludable opción de cambiar rumbos, de corregir derroteros, de esencializar asombros, de reencontrarnos con lo mejor y me-

nos visiblemente positivo de nosotros mismos, de la gente y de nuestras circunstancias y de descubrirle nuevos y más valiosos sentidos a la vida.

Para que no nos equivoquemos en asignar causas a las crisis que nos puedan sobrevenir hay que tener en cuenta que ellas no siempre nos son impuestas por el azar, la mala intención o el descuido, la omisión o la inoperancia ajenos o, en general, por circunstancias que están en el afuera, es decir, más allá de nuestra voluntad y de nuestra posibilidad de prevenirlas o de vislumbrarlas.

Hay crisis que son producto de nuestra propia imprevisión, de nuestra falta de objetividad, de experiencia, de sentido común; crisis que tienen directa conexión con nuestras propias deficiencias, defectos, ineptitudes; con nuestros cálculos fantasiosos, con nuestra ingenuidad, con nuestra incapacidad de saber esperar, con nuestra omnipotencia, imprudencia y temeridad y con otras causas que dependen, en general, de nuestra básica debilidad e imperfección.

A menudo nos quejamos de que la vida o los demás o la mala suerte o el destino nos han hecho un daño o nos han jugado una mala pasada, aunque no es infrecuente que sea el mismísimo Dios quien, en definitiva, sea el que deba pagar los platos rotos, cuando la causa del conflicto puede estar en nosotros mismos.

La vida está llena de ejemplos que avalan estas afirmaciones. Nos lamentamos a veces de que "¿Por qué me debe tocar a mí esta desgracia?" "¿Qué hice yo para vivir esto?" "¿Por qué Dios me castiga con este mal?", y cosas por el estilo, como si esa crisis por la que atravesamos fuese totalmente ajena a nuestras propias limitaciones y deficiencias, innatas o adquiridas, culpables o inculpables.

Es el caso, por ejemplo, de ciertos accidentes automovilísticos en los que muy poco o nada tiene que ver la fatalidad, el azar o las fallas mecánicas, sino simplemente el no haber sabido respe-

tar las reglas de tránsito, el ir a demasiada velocidad o el manejar cansados, con sueño o con algunas copas de más.

En otro orden de cosas, puede acontecer que tengamos, como padres, un grave desencuentro con nuestro hijo adolescente que comienza a demostrarse muy rebelde, arisco y no hay forma de volverlo a la normalidad. Pero eso puede suceder —y no raramente es así—, no porque Dios nos manda un mal que no merecemos, sino porque muy probablemente no hemos sabido educar a ese hijo desde que era pequeño —sobre todo con el ejemplo— en el diálogo, en la confianza familiar mutua, en una razonable puesta de límites y en un amor de hogar que sea un eficaz continente de toda la problemática que ese chico ha vivido y vive como alguien que está pasando por una crisis de identidad y de desarrollo psicofísico en una época sumamente compleja y difícil para todos.

Al respecto, Linneo, el padre de la Botánica moderna, nos prevenía: La naturaleza no da saltos, es decir:

> *La naturaleza no improvisa, sino que produce resultados en forma evolutiva.*

Por eso es tan actual y verdadero lo que le decía el gran San Juan Bosco a sus discípulos educadores: "Hay que saber prevenir, para tener poco o nada que reprimir."

Pero este prevenir no debería limitarse a un mero ver oportunamente lo amenazador y peligroso y luchar por neutralizarlo o corregirlo, sino proyectarse a construir a tiempo y con solidez definitiva lo prioritario. De esta manera, la paz, que es fruto del orden, alejaría a los enemigos y haría innecesaria esa lucha.

¡Cuánto ganaría la eficacia de nuestra educación hogareña y escolar y cuántas menos crisis educativas tendríamos que enfrentar, si tuviéramos más en cuenta estos conceptos ¿Los consideran seriamente las autoridades, los legisladores, los medios de comu-

nicación y los agentes educativos asistemáticos y sistemáticos, en general?

Ese deber construir a tiempo y con solidez lo prioritario choca muchas veces con el tan cómodo recurso de desplazar en el afuera la responsabilidad que se tiene en el adentro.

Es el clásico caso de ese profesor que se queja, por ejemplo, de los bajos resultados que comprueba en el rendimiento de su curso y se plantea el problema de este modo:

> —*Mi curso anda mal. Más del setenta y cinco por ciento de los alumnos se llevan la materia a diciembre y marzo. ¡Estos chicos no saben estudiar o vienen totalmente impreparados de cursos o niveles anteriores!*

En realidad, ese profesor tendría que reconocer que, si esos chicos no aprenden, no estudian o no le dan importancia a esa materia, en ese tan elevado porcentaje —y aun menos— lo más probable es que, en gran medida la culpa sea suya, porque no sabe dar su clase, porque no la prepara bien, porque sus exigencias son irracionales, porque no sabe despertar el interés de sus alumnos, porque su manera de ser resulta espontáneamente rechazada por ellos y por varias deficiencias más que no tienen nada que ver con un problema grupal por el que supuestamente está atravesando el curso.

Ese docente tendría que aceptar que esa crisis se debe casi exclusivamente a su falta de formación pedagógica y psicológica y, fundamentalmente, a su inmadurez tanto profesional como humana.

El caso de este profesor es el paradigma del *no saber ubicar la crisis en el ámbito preciso*, en cuanto a su origen, por desplazamiento de la propia responsabilidad y su consiguiente *poner en el afuera o en el otro* la propia culpa o el propio error, como veíamos, nos

previene Aguinis en su libro *Un país de novela*. Ello resulta, naturalmente, más fácil y cómodo, pero no ayuda a solucionar el problema concreto, ni mucho menos a su protagonista a un *ver bien*.

Naturalmente, en estos casos y en otros por el estilo, la crisis no es un trampolín, sino un tobogán; no es una oportunidad que nos otorga la vida, sino una sutil trampa que nuestro divorcio perceptivo con la realidad y con nuestro propio *yo*, nos pone en el camino; no es una opción que nos ayuda a crecer y a madurar, sino un pretexto con el que pretendemos negar nuestras responsabilidades ante ciertos problemas que nosotros mismos creamos o estimulamos.

El amor propio, la omnipotencia, la falta de objetividad, de autocrítica y de reflexión y nuestra propia falta de sentido común, no permiten la toma de distancia que, a su vez, favorezca un ver más allá de lo que parece obvio y así poder leer los mensajes esenciales que la simple sinceridad con nosotros mismos nos ayudaría a descifrar y a entender.

Pero, ¿qué es ser sincero consigo mismo? Es tener en cuenta la propia verdad y estar atentos a sus dictados y a sus inspiraciones.

Muy a menudo, la crisis de una persona involucra al grupo al que pertenece: familia, trabajo, institución. Por ejemplo: en una familia equis, el jefe del hogar ha hecho una mala inversión de sus ahorros, por no haberse previamente asesorado como corresponde y ahora está en bancarrota. El hombre está profundamente afligido y no tiene más ganas de vivir.

Ante una situación semejante, la crisis puede derivar en un unir más a los miembros de esa familia, si saben afontarla solidariamente, en la convicción de que el peso de la misma puede y debe ser compartido por todos, y todos en conjunto deben tratar de solucionarla. Pero esto sucede solo en hogares en donde el amor, el diálogo asiduo y el respeto y estima mutuos hacen que el grupo humano sea una verdadera fortaleza dentro de la cual

cada uno de sus miembros se siente seguro, acompañado, estimulado y comprendido, sobre todo en circunstancias adversas.

Le hace muy bien a papá, naturalmente, que, en vez de escuchar recriminaciones, juicios críticos y reproches por parte de los suyos, ante lo que puede haber sido sólo una ingenua expectativa de su parte, pueda comprobar que, pese a todo, ellos están a su lado para animarlo, para encontrar juntos una solución al problema, con esperanza, con serenidad y sobre todo con amor. Y le hace muy bien a la familia sentirse una sola cosa con quien sufre directamente el conflicto.

Es bueno recordar aquellas sabias palabras de la Biblia:

Un hermano ayudado por otro hermano es como una ciudad fortificada.

Pero no siempre es así. En otro hogar, entre cuyos miembros no existe una sólida estructura de vínculos afectivos, de estima mutua y de diálogo y comunicación, esa misma crisis puede transformarse en una verdadera batalla campal, en donde la agresión verbal, el echarse las culpas indiscriminadamente y todo aquello que implica desencuentro, impide poder ver soluciones alternativas y posibles salidas inmediatas y mediatas al problema.

En vez de fortalecerse, el grupo pierde sus energías y cae en la anarquía o en la depresión. Surge así la crisis de la crisis, es decir, el caos. Es el clásico: "¡Sálvese quien pueda!", o aquel: "¿Él metió la pata? Entonces, ¡que se las arregle!", o peor aun: "Yo no pienso mover un dedo para solucionar un problema en el cual yo no he tenido nada que ver" y consideraciones por el estilo.

¡Qué lejos estamos aquí del: *A cada uno mandó Dios que cuidara de su prójimo*, como dice San Pablo!

Otras veces, la *crisis de la parte* se transforma, merced a nuestra tendencia a exagerar nuestros males y a nuestro derrotismo, en la *crisis del todo.*

Al respecto de este punto, recuerdo una anécdota de la que fui protagonista hace muchos años, cuando adquirí mi primer automóvil. Cierta vez lo tuve que llevar al mecánico, porque me "tironeaba".

—*Este auto anda mal— le dije.*

El buen hombre me miró de arriba a abajo y, con una serena sonrisa, corrigió:

—*Usted querrá decir que "algo anda mal" en su auto, ¿no? Vamos entonces a examinar ese algo que no anda, pero no tiene por qué tomárselas con el vehículo entero.*

No pude dejar de ponerme colorado y traté de disimular mi desenmascarada pusilanimidad con una sonrisa. Pero creo haber aprendido la lección que me dio, quizás sin saberlo, aquel rudo hombre de trabajo.

A menudo escuchamos decir —o nosotros mismos las decimos— cosas como estas: "Hoy es un día gris para mí." "Ando muy mal." "Mi vida es un desastre." "Ya no hay nada que hacer", cuando ese gris no tiñe las veinticuatro horas, sino que apenas es una fugaz pincelada que ha desentonado en el cuadro de la jornada; cuando no es que *uno anda muy mal*, sino que *algo anda mal en uno*; cuando la vida no es un *desastre*, sino que *hay hechos y circunstancias negativas en la vida*; cuando no sólo no es cierto que *ya no hay nada que hacer*, sino que siempre *hay mucho por hacer.*

Porque somos humanos, a menudo sentimos que nuestra crisis es drástica y totalizadora y no alcanzamos a darnos cuenta de que nos quedan aún muchas energías y posibilidades internas y externas intactas y de que, cuando es factible y necesario, podemos recurrir al juego de las compensaciones.

Creo que resulta muy adecuada, para simbolizar esta realidad, ese aforismo de la sabiduría popular que dice:

Cuando Dios cierra una puerta, siempre abre una ventana.

Me llamó mucho la atención hace unos días, en un noticioso televisivo, el testimonio de un deportista casi no vidente. Recuerdo con emoción sus expresiones, vertidas más o menos en estos términos:

—*La vida me hizo casi ciego. Casi no puedo ver. Pero físicamente estoy sano. Me dediqué a correr y a practicar atletismo y así compensé mi carencia visual con el deporte en el que ahora estoy como profesional, porque esto me hace sentir bien y me permite ser yo mismo, pese a aquella deficiencia física.*

He narrado este ejemplo —que es uno entre miles—, porque tal vez pueda ayudarnos a sentir un poco de saludable vergüenza y aprendamos por lo menos a llevar nuestra cruz con dignidad, como lo hacen y lo han hecho otros que han debido superar crisis mucho más graves que la nuestra.

Hablábamos recién de la relación que existe entre crisis y caos. Aclaremos un poco más este concepto. Hay mucha diferencia entre *crisis* y *caos*. La primera es el golpe, el *shock*, el conflicto, frente a los cuales siempre hay posibilidades de una reacción equilibrada que controle, disminuya, anule o sublime sus efectos. El segundo es la crisis sin posibilidad de control, debido ya sea al grado desestructurante en que se presenta, como al error, incapacidad de reacción en tiempo y forma y culpabilidades de todo tipo de quien o quienes la sufren.

Una crisis puede transformarse en caos: basta con que nos quedemos enfrascados en una actitud pasiva, deprimidos, confundidos, desesperanzados y con que demos rienda suelta a fantasías negativas, cuyas imágenes interiores no nos permiten distinguir

entre el mal del todo y el mal de sólo una parte; entre lo que se pierde en una esquina y lo que es posible reencontrar en otro ángulo de la ciudad; entre el fracaso de hoy y la posibilidad de recuperación o compensación de mañana, entre la sustancial finitud del hombre y la infinita bondad y sabiduría de los designios de Dios en nuestra vida.

Por eso, nunca hay que perder de vista la sabiduría popular, que nos advierte sabiamente que:

- Las estrellas sólo brillan después de la oscuridad.
- No hay mal que por bien no venga.
- Al mal tiempo, buena cara.

Pero tampoco hay que olvidar, sobre todo cuando la crisis nos visita de alguna manera, aquella lapidaria sentencia bíblica:

¡Guay de los que están solos!

En nuestra temática, podríamos parafrasear esa expresión así: ¡Pobres aquellos que, ante la crisis, no saben pedir ayuda a Dios ni a los hombres! ¡Pobres aquellos que, pudiendo recurrir a un sacerdote, a un profesional, a un amigo, para solicitar consejo, esclarecimiento o tan sólo compañía, en un momento difícil de sus vidas, no lo hacen! ¡Pobres aquellos que se sienten omnipotentes y piensan que solos pueden siempre resolverlo todo!

De todas maneras, cualesquiera sean las formas en que las crisis se presentan, cualesquiera sean sus tiempos, sus intensidades, sus consecuencias y sus concomitancias, siempre será cierto lo que Saint-Exupéry dejó sabiamente escrito.

El hombre se descubre, cuando se mide con el obstáculo, porque, cuando lo hace, descubre la distancia que hay en él:

- entre el no ser y el poder ser;
- entre el mirar y el ver;
- entre el crecer y el madurar;
- entre el existir y el vivir...

X. Epílogo de una imagen

Me apresto a escribir el final de este libro. Estoy sentado frente a mi computadora en cuyo monitor he visto aparecer, casi como en una película, uno tras otro, los capítulos que lo conforman.

Me siento sumamente gratificado de tener a mi disposición un medio electrónico tan idóneo, versátil y cómodo. ¡Qué lejos está el tiempo en que tipeaba los originales de mis libros con la vieja y noble Remington, para pasar luego a una máquina de escribir eléctrica y, finalmente, a una electrónica! Me parece casi increíble que hoy todas ellas sean tan sólo una grata y nostálgica historia.

Mucho ha progresado la humanidad desde que apareció la primera máquina de escribir manual, hasta la invención de estas increíbles PC. No puedo sino reconocer que es tan tremendo ese progreso, que en prácticamente todos los órdenes de la vida profesional vale aquello de: *Con la computadora todo, sin la computadora, nada.*

¡Cuánta investigación ha sido necesaria para conseguir este fenomenal salto en el progreso tecnológico! ¡Qué estupendo instrumento para el desarrollo, entre otras cosas, de la ciencia, de la enseñanza y del aprendizaje! ¡Qué futuro se vislumbra para el hombre a través de la evolución cada vez más acelerada de la informática, en función educativa! ¡Cuánto podrá ganar el desarrollo intelectual de las próximas generaciones con este maravilloso medio, si es usado como corresponde!

Estoy inmerso en estas reflexiones, cuando espontáneamente recala peregrina en mi memoria la figura de Etio, el pastor de la película *El Puma*. En un primer momento, no entiendo el porqué de esta asociación libre. Pero luego me doy cuenta de que se trata de una asociación por contraste, por oposición. Al fin y al cabo, nadie dijo nunca que las asociaciones libres deben manifestarse siempre en forma de analogías. Dejo, entonces, que esa fantasía cobre espacio en mi mente y que juegue su juego sin prejuicios, sin peros ni ningún otro ingrediente intelectual de mi parte que obstruya o condicione la percepción de esa imagen. Quiero que sea un simple y puro ejercicio de ver.

De pronto, compruebo que, de una atrapante reflexión sobre el progreso tecnológico y sus asombrosos logros, salto a una serena contemplación de verdes valles, cumbres nevadas, rumorosos cursos de agua y oscuras roquedades, inmersos en la soledad, rodeados de paz, de transparente inmensidad y de silencio.

Soy otra vez espectador de aquel significativo y emotivo filme, con cuya narración comencé esta obra.

Veo nuevamente ahora a Etio sentado a la vera del arroyo, en una tranquila noche de luna llena, debajo de una enorme roca que le sirve de refugio y escucho otra vez las palabras que le dice a Sita, la puma madre:

—*Así es la realidad, Sita. En la vida hay cosas que no podemos ver.*

En un fantasioso salto interactivo, me introduzco furtivamente en la escena, como un personaje más de la película. Puedo aspirar el compacto olor a hierbas silvestres y oigo el discurrir del agua que baja rumorosa hacia el valle. Ahora soy un solitario caminante que se acerca lentamente a ese enigmático individuo para preguntarle:

—*¿De dónde sacaste, buen hombre, esta verdad tan universal y tan real? ¿En qué libros la leíste, que maestros te la enseñaron? ¿En qué escuela la aprendiste?*

El sencillo y modesto hombre me mira amablemente, extrañado de mi presencia. Sonríe. Detrás de ese tenue gesto, creo descubrir un dejo de secreta tristeza. Pero no responde a mis preguntas. No insisto.

Con esa imagen en mi retina, que me place retener vívida y palpitante, vuelvo de mi corto viaje imaginario.

Estoy sentado nuevamente frente a mi computadora. La pantalla del monitor responde perfectamente a los mensajes que le envían, desde el teclado, mis inquietos dedos.

La reflexión surge espontánea.

Etio era analfabeto. Nunca había ido a la escuela. No tenía, por lo tanto, ni la más remota idea de lo que era un aula, una clase, un maestro, un profesor, una materia y sus correspondientes libros, cuadernos, carpetas, apuntes, evaluaciones y notas. Él ignoraba por completo el mundo de la cultura enciclopédica que se vive en un colegio. No poseía, en consecuencia, la más mínima noción de ese inmenso bagaje de datos, fórmulas, fechas, números, nombres, definiciones y todas las formas de instrucción con que se llena el intelecto de los educandos durante los largos años de enseñanza primaria y secundaria.

Nunca estudió Geografía, ni Gramática, ni Biología, ni Ciencias Naturales.

Nunca estudió Geografía, pero ubicaba perfectamente cada cumbre, cada arroyo, cada valle y cada peñasco de esa inmensa aula natural en la que había vivido siempre, y sabía orientarse perfectamente de noche, sin haber estudiado Astronomía, porque ha-

bía aprendido a leer los rumbos seguros que están escritos con letras de luz en las estrellas. Pero no sabía decir si Tokio era la capital de Alaska o de Japón o si el océano Atlántico baña las costas orientales u occidentales de América del Sur.

No sabía nada de textos de Biología o de Ciencias Naturales, pero consultaba a menudo las páginas de la naturaleza, en cada matorral, en cada flor del campo, en cada abeja que liba en los chañares, en cada nueva vida que asoma de los nidos, bien disimulados entre las ramas de las zarzas, en cada encuentro con Sita y sus cachorros... Pero no sabía nada de las partes que componen una flor, ni describir el papel de la clorofila en la fotosíntesis de las plantas, ni clasificar los distintos tipos de hojas.

No había estudiado Gramática ni Sintaxis, pero conocía e interpretaba perfectamente los tiempos de los verbos vitales que conjugan, en términos de palpitante presencia, los seres y las voces que pueblan el valle y la montaña.

Nunca desempeñó el papel de alumno, cuyo nombre y número de orden figura en una planilla y en una libreta de calificaciones. Pero, desde muy pequeño, había sido alumno de la vida, del aire libre, del sol, de los cielos estrellados, de la belleza del valle y de las cimas nevadas.

Etio no tenía instrucción, que es la *ciencia del saber* pero poseía sabiduría que es la *ciencia de la vida*:

- porque en su alma de niño había mucho tiempo y espacio para el *asombro*;
- porque sabía *interrogar sobre lo esencial*;
- porque su *ver con el corazón y con el espíritu* le permitió descubrir tesoros escondidos, en las realidades más simples y cercanas;
- porque supo enfrentar la *crisis*, como ineludible opción para proteger lo serio y lo importante;
- porque *amaba* lo que hacía y *disfrutaba* lo que tenía;

- porque *sabía esperar*, para *saber ver los signos de la nieve, los signos de la bruma, los signos de la noche bienaventurada*;
- porque vivía, feliz y agradecido, lo que era...

Reviso el texto que acabo de escribir. Lo envío al archivo, en donde permanecerá grabado como impulsos electrónicos latentes, en la tan fiel como fría e inerte memoria. Luego, apago la computadora, pero no apago en mi espíritu las ansias de emprender una nueva aventura de asombros por las fascinantes regiones del *secreto*... Será apasionante tratar de descubrir nuevos *tesoros escondidos* en los bosques vírgenes del secreto, luego de haber intentado aprender a *ver corderos a través de las cajas*...

Notas

1. A. FINKIELKRAUT, *La derrota del pensamiento*, Anagrama, Barcelona, 1990, 12. Cit. por G. A. OBIOLS Y SILVIA DI SEGNI DE OBIOLS, en *Adolescencia, postmodernidad y escuela secundaria,* Kapelusz, Bs. As., 1994.
2. A. SAINT-EXUPÉRY, *Tierra de hombres,* Troquel, Bs. As., 1957, 130.
3. H. D. MANDRIONI, *Pensar la técnica*, Guadalupe, Bs. As., 1990, 48.
4. A. SAINT-EXUPÉRY, *Ciudadela*, Goncourt, Bs. As., 1966, 76 ss.
5. *Ibidem.*
6. V. J. WUKMIR, *Psicología de la orientación vital*, Luis Miracle, Barcelona, 1960, 65.
7. A. SAINT-EXUPÉRY, *Tierra de hombres*, ob. cit., 46.
8. ID., *Ciudadela*, ob. cit., 126.
9. ID., *Tierra de hombres*, ob. cit. 115.
10. *Ibidem*, 150.
11. ID., *Ciudadela*, ob. cit., 35.
12. P. TEILHARD DE CHARDIN, *El fenómeno humano*, Taurus, Madrid, 1965, 47 ss.

13 A. SAINT-EXUPÉRY, *Cartas a su madre*, Goncourt, Bs. As., "Carta escrita en París", en 1924, 119.

14 ID., *Ciudadela,* ob. cit., 19.

15 ID., *Tierra de hombres,* ob. cit., 69.

16 *Ibidem*, 27.

17 *Ibidem.*

18 *Ibidem.*

19 *Ibidem,* 20.

20 J. PIAGET, *Seis estudios de Psicología*, Planeta Agostini, Barcelona, 1985, 95.

21 A. SAINT-EXUPÉRY, *Tierra de hombres*, ob. cit., 50.

22 ID., *Ciudadela*, ob. cit., 341.

23 ID., *Cartas a su madre*, Carta escrita desde Casablanca, 1941, 94.

24 *Ibidem*, 91.

25 ID., *Ciudadela*, ob. cit., 77ss.

26 Diario *LOS ANDES*, Mendoza, 17/5/1996; Artíc. "Realidad Virtual en Casa", Rev. *Doble Click*, 5.

27 A. SAINT-EXUPÉRY, *Tierra de hombres*, ob. cit., 108 y 109.

28 H. MANDRIONI, ob. cit., 47.

29 A. SAINT-EXUPÉRY, *Cartas a su madre*, ob. cit., "Carta desde Casablanca", en 1921, 91.

30 ID., *Ciudadela*, 21.

31 *Ibidem.*

32 *Ibidem*, 76.

33 E. ROJAS, *El hombre light*, Temas de Hoy S.A., Madrid, 1992, 89.

34 M. AGUINIS, *Un país de novela*, Planeta, Bs. As., 1989, 22.

35 A. SAINT-EXUPÉRY, *Tierra de hombres*, ob. cit., 42.

36 ID., *Ciudadela*, 90.

37 *Ibidem.*

38 ID., *Tierra de hombres*, 151.

39 ID., *Ciudadela,* ob. cit., 90.

40 *Ibidem.*

41 ID., *Tierra de hombres,* ob. cit., 94.

42 *Ibidem*, 59.

43 E. SCHÓO, Revista *First*, Septiembre 1992, "Un Príncipe en Nueva York", pp. 44-47.

44 *Ibidem.*

45 A. SAINT-EXUPÉRY, *Tierra de hombres,* ob. cit., 108 s.

46 E. R. SOSA, *El Principito y su Revolución psicológica,* 5a Guadalupe. Bs. As., 1990, 21.

47 A. SAINT-EXUPÉRY, *Tierra de hombres*, ob. cit., 96.

48 ID., *Cartas a su madre*, "Carta desde Juby" en 1927, 157.

49 E. R. SOSA, *Color tiempo*, Edición limit. prob. del autor, 1981, 35.

50 A. SAINT-EXUPÉRY, *Ciudadela*, ob. cit., 145.

51 ID., *Tierra de hombres*, ob. cit., 19.

52 ID., *Ciudadela*, ob. cit., 48.

53 *Ibidem*, 49.

54 ID., *Tierra de hombres*, ob. cit., 113.

EDGARDO RODOLFO SOSA (Mendoza, 1935-1996) fue profesor y licenciado en Psicología Educacional y realizó cursos de Teología en Viterbo, Italia.
Ejerció la docencia primaria, secundaria y universitaria. De su ensayo *El Principito y su revolución psicológica* (Guadalupe) se publicaron cinco ediciones en castellano y dos en portugués (Paulinas, San Pablo).
Es autor, además, de *Pedrín Canario*.
Sus cuentos fueron premiados en distintos concursos provinciales y nacionales.

Índice

Este libro se terminó de imprimir en abril de 2006
en Artes Gráficas Urano, Castro 928, (C1217AAJ) Ciudad de Bs. As.,
e-mail: uranoartesgraficas@speedy.com.ar



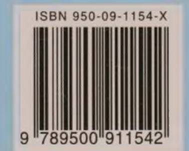
Colección **Humanizar la vida**

—*He aquí mi secreto* –dijo el zorro–. *Es muy simple: no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.*

—*Lo esencial es invisible a los ojos* –repitió el Principito, a fin de acordarse [...]

—*Los hombres han olvidado esta verdad* –dijo el zorro–. *Pero tú no debes olvidarla.*

El autor nos propone descubrir y gozar el preciado secreto que el zorro regala al Principito, a través de profundas y conmovedoras reflexiones a partir de la obra de Antoine de Saint-Exupéry. Un regalo que el propio destinatario debe desatar y desenvolver cuidadosamente.
Una temática amplia, profunda y fascinante, llena de valores, que ayuda a liberarse de la ceguera existencial y aprender a ver como ven los niños.


ISBN 950-09-1154-X



